

ENRIQUE GARZA GRAU

“Dos historias de amor en dos siglos diferentes,  
entrelazadas con los orígenes de la guerra civil española.”

# HISTORIA DE UN LEGAJO



# ***HISTORIA DE UN LEGAJO***

Enrique Garza Grau

*Dedico este libro a mi mujer María León Sanjurjo, sin ella no habría sido posible ni esta historia ni ninguna de las de mi vida. Y, con todo cariño, a mis hijas Alejandra y Lucía. También debo entregar mi afecto y agradecimiento a mi suegra Carlota Sanjurjo y mis cuñados Nuria, Ángel y Juan Carlos. Sin olvidar a mis padres, Tomás y Lola.*

## ***Historia de un Legajo***

© Enrique Garza Grau, 2017

Prólogo de José Nicas Montoto

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

# **ÍNDICE**

**PRÓLOGO**

**CAPITULO 1**

**CAPITULO 2**

**CAPITULO 3**

**CAPITULO 4**

**CAPITULO 5**

**CAPITULO 6**

**CAPITULO 7**

**CAPITULO 8**

**CAPITULO 9**

**CAPITULO 10**

**CAPITULO 11**

**CAPITULO 12**

**CAPITULO 13**

**CAPITULO 14**

**CAPITULO 15**

**CAPITULO 16**

**CAPITULO 17**

**CAPITULO 18**

**CAPITULO 19**

**EPILOGO**

**AGRADECIMIENTOS**

# PRÓLOGO

La primera vez que leí este relato experimenté una grata sensación de extrañeza. Ciertamente no me encontré con una de tantas narraciones al uso, llenas de extraños secretos que cuestan la vida a sus depositarios, ni conjuras judeomasónicas y similares, ni la historia de algún héroe anónimo — republicano, por supuesto— de nuestra Guerra Civil o las escabrosas aventuras de algún don Juan, adobadas, a ser posible, con escenas sadomasocas de dudoso gusto.

Entonces —dirá el lector al uso—, ¿nos presenta Enrique Garza en esta novela corta algo que merezca la pena? Nuestra respuesta es, obviamente, que sí, y, si se me permite, algo más valioso y profundo que el sin fin de injustificadas páginas impresas —junto a alguna gran obra, hay que decirlo— con que nos bombardean las editoriales. Vas a asistir aquí al despertar de Manuel, el protagonista, de una materialista e insatisfactoria forma de vida, a una dimensión más espiritual y una comprensión del prójimo como sujeto de dignidad y respeto, y no como mera objetivación en mercancía o dinero, algo, como ves, absolutamente ajeno a la concepción capitalista.

Porque el problema que subyace en este relato —tranquilícese el lector, porque no voy a destriparle los distintos episodios que lo jalonan—, es la búsqueda por parte de un individuo, que goza de una buena posición desde el punto social y material, pero que se siente profundamente insatisfecho de sí mismo, de su autorrealización como persona; de alguien que intenta, para emplear el tecnicismo heideggeriano, pasar de una existencia inauténtica a una auténtica.

El comienzo no puede ser más realista: corresponde a un auténtico otoño madrileño; pero no puede evitar estar cargado de simbolismo: las hojas que ha arrastrado el viento por el bulevar son un trasunto de la vida del protagonista, que, ante ellas, aunque de forma más mitigada, experimenta, como Antoine Roquentin, en *La Náusea*, un sentimiento acerca del carácter gratuito y absurdo de la existencia, pero los lejanos recuerdos de su



educación religiosa y la presencia providencial de Almudena van a reconducir esa sensación de vacío a una de las pocas formas de plenitud posible: sólo el vaciarse al servicio de los demás puede llenar y dotar de sentido ese vacío inmanente e insatisfactorio del egoísmo individualista.

Porque —y esto, además de sus valores literarios, es lo que hace destacar y justifica esta que tengo el honor de prologar—estás, querido lector, ante un relato centrado en los valores humanos de los que nuestra sociedad está cada vez más alejada. Manuel, ¿trasunto de nuestro Enrique Garza?, huye de ese materialismo viscoso que se empeña en traspasar todos los aspectos de la vida moderna, y los trasciende en una nueva síntesis, en una promesa de vida que el carácter abierto del relato nos hace sentir que se realiza plenamente. Los demás personajes correspondientes al presente del protagonista representan los obstáculos que se oponen a esta tarea, personajes que, por cierto, palidecen en su relativa sordidez ante la luminosa personalidad de Almudena, capaz de sublimar un fracaso inicial en un estímulo hacia lo mejor y más perfecto, y que arrastrará, mejor dicho, motivará y apoyará los nuevos propósitos de Manuel, mostrándole el camino a seguir.

He dicho del presente del protagonista, porque, como fondo, flota la historia de los últimos años del general Sanjurjo, cuya figura, de trágica grandeza, prescindiendo de las simpatías o antipatías políticas que nos suscite, aparece en todo su carácter de individuo familiar e idealista, capaz de sacrificar su vida por el bien de un país al que ama con toda su alma.

En fin, querido lector, podría llenarte tantas páginas o más de las que componen este relato, glosando cada uno de los episodios y personajes, o la admiración que me provoca la persona de Enrique Garza, a la que veo asomar en cada párrafo del libro, pero creo que cada frase que continúe lo dicho hasta ahora, sólo contribuirá a retrasarte el goce de las magníficas páginas que te aguardan. Disfrútalas y perdona si mi entusiasmo por Enrique Garza y su relato me han hecho ser demasiado prolijo.

**JOSÉ NICAS MONTOTO**  
Doctor en Filología y escritor.

*Miércoles, 29 de octubre de 2014.*

# CAPÍTULO 1

Algunas hojas pendían con sus ocre de bordes rojizos en los árboles del Paseo de la Castellana; otras, vencidas por la zarpa cruel del ardor agosteño, alfombraban con sus cuerpos crujientes y denostados las aceras del bulevar. Hojas de cuerpos inertes que en primavera fueron tallo, con las primeras caricias del sol, esplendor; en otoño, muerte abandonada al olvido. La naturaleza muestra el ineludible ciclo de la vida. No había ruido de fondo ni viento ni sombras, solo el cliqueo de la cucharilla de café girando lentamente entre la espuma del buen grano que muelen en *Embassy*. Crucé las piernas hacia un lado de la mesa de mimbre y me retiré las gafas de pasta con la mano izquierda para frotarme los ojos y descansar la tensión incesante que constreñía todos los rincones del cerebro. Dejé la cartera de marca con algunos expedientes que debía trabajar durante el día, sobre una de las sillas libres que orquestaban la mesa, exquisitamente integrada en la sinfonía de color creado por los duendes de la naturaleza en el bulevar otoñal madrileño. Tomar café en una terraza a las doce de la mañana de un miércoles en octubre, pesaba sobre mi conciencia como una losa. La idea de que mis compañeros de profesión a esa hora estuvieran produciendo: pasando vistas, recibiendo clientes en sus despachos, o machacando en las mesas que se vislumbran entre las ventanas de los fríos gigantes de cristal de esa misma calle, me hacía sentir haragán y fracasado.

Los griegos anidaban en los sótanos de la memoria mordisqueando mi desconsolado pensamiento. Son mis guardianes de la verdad. Me despiertan de la ignorancia bien disimulaba en cualquier conversación urdida en zonas comunes. ¡No puedo más! ¡No soporto esos ruidos! En lo más profundo de mi conciencia, viajan toda clase de imágenes y sentimientos en descenso entre los barrancos de un río de angustias desordenadas.

Lo oculto e inconfesable martilleaba las paredes de la razón. Aquello que la profesión y la vida me obligaba a esconder, conocer o abordar: ¿Por qué estoy aquí? ¿Me merezco más de lo que tengo? ¿Valgo para más de lo que hago o simplemente hago lo que debo? ¿Qué sentido tiene vivir rodeado de cosas que en algún momento dejaré de tener? Ya había alcanzado los

cuarenta y cinco años, con un cierto cuerpo como letrado y éxito profesional: suponiendo qué el éxito sea algo medible, encuadernable y tangible. Pasaron muchas mujeres por mi apartamento en Paseo de la Habana. Es cierto que poseo mucho de todo y nada de nada, pero también lo es, que la vida no me resulta agridulce como la mayoría de los mortales, sino amarga.

Saboreé el primer sorbo de café e inclinándome hacia la mesa tomé un bocado de mini-croissant. Mi mirada pendía en el espacio entre el café y el suelo, en ese momento, centré la vista en unos pies calzados con mocasines marrones de señora de espléndido lustre; ascendí la vista hacía los tobillos y el pantalón pitillo capri blanco, que moldeaban una figura esbelta. Un cinturón negro ahogaba su cintura, levanté la vista para llegar a las curvas vivas de su cuerpo en forma de uve, hasta atisbar el pecho voluptuoso y deseable, que lo hacía aún más turgente, la correa de un bolso cruzado de Loewe que separaba descaradamente sus senos. Le cubría solo un jersey marrón de cuello cerrado. Su media melena trigueña y ensortijada, aleteaba sutil por las caricias del suave —podría decir que hasta cálido— viento otoñal ¡quien fuera viento! Las facciones denotaban fuerza y belleza. Su sonrisa era ascendente en la comisura de los labios carnosos y sensuales, las cejas pobladas, pero perfectamente cuidadas con el fin de resaltar los enormes ojos azul mediterráneo. Volví la mirada sobre la mesa con cierto pudor al observar la belleza de aquella mujer. Intenté disimular el descaro de mi mirada que abrazaba sus formas vivas, renacentistas, miguelangeñas. Me coloqué de nuevo las gafas y retomé la lectura de El Mundo. Las noticias, se repetían uno y otro día como si no pasará el tiempo: «El Gobierno de la Generalitat sigue adelante con el referéndum por la independencia de Cataluña» «Nuevos casos de corrupción en Gobierno, oposición, sindicatos y partidos nacionalistas».

Mis pensamientos ocultos me asaltaban a traición una y otra vez ¡Odio lo trascendente! Pensar en aquello que no me proporcionaba la diosa Hedone carecía de sentido y de valor objetivo: la vida me estaba fallando, se resquebrajaban los cimientos de mí naturaleza. Algo se agrietaba en el interior de mí mente como la tierra por un terremoto de grado ocho. Por eso comencé a cuestionarme mientras leía el periódico: ¿Por qué tanta maldad y amargura? ¿Qué motivaba la ambición desmedida? ¿Nadie recordaba la historia de España? ¿Quizá me veía inmerso en los vicios del sistema? Mi angustia aumentó por momentos y eso no lo admitía con facilidad: entendía la felicidad en comunión con el placer y los bienes que permiten éste; la

fortuna me había dado ambas cosas. Lo demás era falso. Por tanto, algo había desaparecido del cajón de mis principios, el viento derrumbaba mi edificio moral sin saber por qué; y no sabía cómo evitarlo.

Sí, debía cambiar mi vida y no era capaz de romper los muros cimentados en dolor y cobardía que me aprisionan. Sonó el móvil en el fondo del bolsillo chaqueta.

—Sí, dime, Natalia.

— ¿Dónde estás? Manuel

—He salido de una vista de la Audiencia Nacional y estoy tomando un café. Ha ido todo bastante bien, pero necesito relajarme.

—Me alegro ¡genial! Siempre te sale todo bordado, eres bueno en lo tuyo. "No se nota demasiado si atiendo a los resultados materiales, pero bueno, estoy satisfecho".

—Bien. Tenemos que vernos pronto, hace tiempo que no tomamos algo juntos. Y la última vez lo pasamos estupendamente ¿recuerdas?: lástima que me tuviera que ir tan pronto —dijo Natalia, evocando la última noche que estuvimos juntos, bajo la manta de un híbrido emocional compuesto de amistad, pasión o sexo.

—Sí, claro que sí, también te echo de menos. Pero ya sabes cómo es mi vida: una filosofía absurda como el mito de Sísifo; trabajo, viajar, desfogarme un poco e ir cumpliendo. Demasiada rutina. Bueno, tú al menos tienes alguien de quién ocuparte, tu hija. Yo, solo tengo un perro que me espera y, pasa más tiempo solo que con su amo —había algo de amargura en su dolorida contestación; no era un sarcasmo, sino una frase consecuencia de la melancolía que le ahogaba—. Aunque eso simplifica mis problemas —pensé en aquel momento.

—No te pongas triste que voy a llorar. Si eres el tipo que mejor vive de los que conozco ¡Coño! ¡El soltero de oro!

Sin saber muy bien por qué, pedí la cuenta, pagué el importe al camarero que estaba atendiendo el bulevar y comencé a bajar paseando por la Castellana. Caminar y pensar son una misma cosa ¿Qué puedo hacer con mi vida? ¿Dónde está el fallo? Recé un Padrenuestro casi de forma mecánica y sin sentido. Me costó recordarlo. Llevaba sin orar muchos años, posiblemente desde qué dejé de estudiar en Los Agustinos de la calle P. Damián. No sabía bien por qué lo hacía, ni tan siquiera si lo hacía correctamente o le faltaban frases, menos aún, entendía el significado de la oración. Crucé la Plaza de

Colón en diagonal hasta alcanzar la calle Serrano y continué mi camino hacia ninguna parte, hasta coincidir con la entrada del Colegio de Abogados de Madrid. Atravesé las puertas de cristal, subí las escaleras y lo primero que encontré fue la biblioteca. Me acerqué hasta la bibliotecaria.

—Por favor ¿me podía facilitar algún libro sobre el Procedimiento Penal Sumario en la II República española?

Ignoro por qué pedí aquel libro, quizá fueron las reminiscencias que me surgieron de la lectura del periódico aquella mañana. El proceso separatista en Cataluña, me vino a recordar los hechos que detonaron la Sanjurjada. Me pareció curioso leer un poco sobre el tema, enfocado desde una perspectiva jurídica para salir de lo anodino que resultaban las interpretaciones políticas, estúpidas y mediocres, con que bombardeaban los medios de comunicación cada vez que me conectaba a lo que fuere.

—Perdón. Lo que me pide no es habitual. Ignoro si tendremos en nuestro archivo algún documento relacionado con este asunto. Tendré que informarme al respecto. Le importaría esperar unos minutos.

La bibliotecaria se dio la vuelta caminando hacía un despacho interior; mientras marchaba, desvié la mira en derredor para entretener la vista. Suavemente se recostó sobre el mostrador de madera noble una mujer vestida con jersey a la caja ceñido, hecho con la suave lana de cachemir de color marrón chocolate. Sonreí y clavé la mirada en sus ojos azules... y más abajo. Efectivamente, era la mujer misteriosa de mocasines de piel marrón que escruté con descaro en el Paseo de la Castellana.

— ¿Qué has pedido? —dijo ella.

—Un libro sobre el Procedimiento Penal Sumario en la II República —contesté con una sonrisa cargada de satisfacción, al haber conseguido captar la atención de la mujer misteriosa.

— ¿Eres aficionado a la historia o estás iniciando un proceso de investigación? —dijo aquella mujer que vagaba en el anonimato.

—Tú lo has dicho, aficionado, en ningún caso un experto, pero lo cierto es que me parece importante conocer al menos lo esencial de nuestra cultura. Aunque creo que me quedo bastante solo en esta afición; hoy en día se valoran poco las Humanidades —lo cierto es que la psicología de letrado, me permite decir aquello con lo que puedo empatizar con mi interlocutor de forma sencilla y natural—. ¿No sé si compartirás mi opinión? —dije, manejando bien los tiempos de seducción—: cuanto más leo sobre el pasado más alejado lo veo del presente; para nuestros contemporáneos carece de

relevancia aquello qué ocurrió a nuestros antecesores.

—Ese es el problema —dijo, ella—. En la España del siglo XXI no se busca el conocimiento de las causas del todo: la verdad. A nadie le interesa la tradición, nuestra cultura y menos aún, la historia. De hecho, se están perdiendo los valores sobre los que se construyó España y Europa.

—Me parece muy interesante lo que dices. Perdón no nos hemos presentado. Yo soy Manuel ¿Cómo te llamas?

—Almudena.

— ¿Eres abogado?

—Sí. Pero lo mío es la docencia y la investigación. El ejercicio de la profesión se me hace duro. Lo he intentado, pero me resulta insufrible. Para eso, hay que nacer. Y ¿tú? —Ejerzo. Trabajo en un despacho medio en la calle Serrano, somos diez compañeros y formamos equipo y sociedad.

—Eso está muy bien. Enhorabuena ¿Cómo os va el bufete?

—Te digo lo que todo el mundo en estos tiempos: nos defendemos. Tenemos algunas cuentas bastante importantes, que nos permiten cubrir gastos y vivir con cierta holgura.

Lo cierto, es que no me importaba ni comprendía lo que me estaba tratando de decir Almudena. El mensaje que lancé inicialmente era puro maquillaje intelectual, ético-sensiblero, totalmente exento de sinceridad. Me pareció una mujer irresistible y consideré que debía subir escaleras como fuere en ese primer contacto. Tenía algo distinto a mis conquistas habituales. Almudena parecía no deslumbrarse por mi aspecto impoluto, ni importarle el rol social que pudiera desempeñar o aparentar: era ajena a todo eso, lo detecté en seguida. Su sencillez en la forma de vestir, armonizaba con un estilo algo especial que denotaba buen gusto y elevaba su exquisita feminidad, acelerada por la espontaneidad en la forma de hablar y desenvolverse.

Se acercó hasta el mostrador un hombre enjuto, con cierto aire quijotesco. La cabeza despejada, casi sin pelo, con cierto aspecto de intelectual, atildado con un estilo que se debatía entre burgués y progre. Llevaba en la mano algunos libros amarillentos.

—Buenos días. Me llamo Mario —dijo el jefe de biblioteca, apoyando las manos sobre la mesa. Relajó la mirada y la extendió hacia los dos; parecía intuir que iban juntos—. Me ha comentado mi compañera que estás buscando documentación sobre el Procedimiento Penal Sumarísimo vigente durante la II República. He encontrado algunas cosas, pero ignoro si serán de su interés.

—Sí, esa es mi idea. Conocer un poco las garantías de entonces y ver las

diferencias que existen con la Ley de Enjuiciamiento Criminal.

— ¿Para qué lo necesitas? si se puede saber ¿Estás haciendo una tesis doctoral o algún ensayo? —dijo Almudena, mientras se recogía la melena rubia y caracoleada hacía la cabeza, como si estuviera haciéndose un moño. Enderezó la columna vertebral, erigiendo de forma simultánea su cuerpo hacía el frente, lo que provocó el ascenso de la voluptuosidad de su pecho, hasta imantar mi mirada.

—Ninguna de las dos cosas, es pura curiosidad —dijo, Manuel.

Almudena deslizó su mano sobre la balda de la mesa de caoba con un sutil movimiento de derecha a izquierda, que seguí con la mirada. Tenía los dedos largos y delicados, parecían acariciar la mesa como si se tratara de un piano de cola. Su piel fina y tersa, posiblemente blanquecina, conservaba un cuidadoso bronceado.

—Manuel, permíteme un consejo. Yo leo y estudio mucho la historia de España de la primera mitad del siglo XX. Me intereso especialmente por los hechos que acontecieron en España durante la II República. En el Colegio de Abogados tienen algunos textos que podrían interesarte: «La incidencia del pronunciamiento de Sanjurjo sobre la formulación del occidentalismo político de Acción Popular» y «Don José Onega en el proceso del General Sanjurjo y su voto reservado».

—Efectivamente, me suena haberlos visto cuando estaba mirando en nuestro archivo histórico—dijo Mario, con cierta satisfacción por el valor que se daba al trabajo colegial. Dame cinco minutos si te interesa y los localizo.

—Perfecto me interesa muchísimo —contesté, algo lacónico para empatizar con su enorme satisfacción.

Lo cierto es que no sabía por qué le podían interesar a alguien esos temas tan poco lucrativos; pero es indudable que mi prioridad era hablar con Almudena utilizando cualquier ardid. Mario regresó de nuevo con los libros que habían sugerido Almudena y, copia de artículos de distintos periódicos de la época.

—Efectivamente, estos son los textos que me comentabais. Voy a encargarme que os hagan unas copias y os lo lleváis en una hora —dejó los dos libros Mario sobre la mesa, con sonrisa de satisfacción y matices faciales de sabio poco comprendido.

—Muchas gracias a los dos —dije, manteniendo mi impecable y habitual cortesía—. Almudena, si no tienes prisa, te invito a tomar el aperitivo en la



Cafetería Mallorca mientras preparan la documentación, y si te parece bien, me explicas por qué debo leer esa materia en concreto.

Con cierto descaro controlado por mi maestría en el trato con las mujeres, le acompañé apoyando la mano en la espalda a la altura de la cintura, para forzar el sí de Almudena.

—Por supuesto, tengo tiempo de sobra, ahora me dedico a esto. Leer y otras cosas que me llenan tanto como la lectura pero que no vienen al caso.

Pedí una cerveza y Almudena Coca-Cola Zero. El camarero nos sugirió un pequeño montado típico de la casa, llamado inglés. Y ambos aceptamos.

— ¿De verdad que tienes tiempo para charlar sobre ese tema? —afirmé, casi sorprendido de que una persona tan atractiva se prestará a dedicarle su tiempo, fuera de los lugares típicos para relaciones: clubes, discotecas, fiestas privadas...

—Ya te he dicho que sí, no te preocupes, hasta las dos estoy libre, a partir de ese momento me tengo que ir a dar de comer a un centenar de almas.

— ¡Perdona! —exclamé con cara de estupefacción.

—Sí, voy al comedor social Ave María en la parroquia de la Plaza de Jacinto Benavente.

Quedé completamente desorientado. Pensé que Almudena podía ser una snob que haría esa labor para presumir en su entorno social, o quizá para que su madre pudiera alardear de las bondades de su hija en sus partidas de Bridge. Quizá era una friki, una puritana o algo peor: una fanática religiosa. No obstante, mantuve las formas.

—Muy interesante, Almudena. Debe haber muchos emigrantes necesitados —volviendo al cinismo, que usaba como tela de araña para atrapar a sus posibles conquistas.

—Sí. Y, españoles de todo origen social: la vida sacude con dureza a cualquier persona sea de la condición que fuere. Nadie estamos libres de ese riesgo. —Es la primera vez que escucho que alguien se refiera a las personas como «almas»... —maticé para profundizar un poco más en la personalidad de Almudena.

—Pues yo te he escuchado referirte a tus clientes como «cuentas».

—Con cierto sonrojo le contesté—. Touché. Es lo normal entre abogados.

—Bueno, perdona, pero no te olvides que soy letrada. Para mí no es la forma más adecuada de definir a la persona que depositan su confianza en un profesional del Derecho— la crítica aparentaba ser cáustica, pero no era así, resultaba una sugerencia ética accidental—. Si quieres hablamos del tema que

tenemos pendiente. Lo primero que te recomiendo es que comiences tu estudio analizando los orígenes de la II República, puedo contarte algunas cosas y me comprometo a ayudarte en el trabajo, si de verdad te interesa el tema y no me sigues la corriente solo por ligar.

Dibujé una sonrisa de la escuela de Diógenes. Aun así, permanecí impassible.

—No. Por favor. Me interesa el tema. Ya te comenté que me gustaría conocer la diferencia que existía en el Derecho Penal de la II República comparado con el vigente a partir de la Constitución de 1978. Me gustaría mucho que quedemos, seguro que aprenderé mucho de ti. Ya sabes cómo es esto, si no te abres al conocimiento te embruteces.

—Bien. Por mí encantada. No sé si es indiscreción ¿Estas casado?

—Soltero y sin compromiso.

—Pues...que poco habitual. A nuestra edad lo normal es tener dos o tres hijos, incluso haber pasado por un par de matrimonios.

—Ni una cosa ni la otra. Ya qué me preguntas, me permito devolverte la indiscreción. Y... ¿tú?

—Tampoco. Tuve un novio que conocí el quinto año de Derecho, estuvimos saliendo cuatro años —Bebió un sorbo de Coca-Cola y después de un corto silencio continuó hablando, con cierto rubor—...Y al final, lo dejamos. Para serte sincera, me dejó. — ¡Pues menudo idiota! Después de esa relación ¿nada?

—Gracias por el piropo. Bueno, mejor no hablemos de mi vida. Si quieres te voy a contar lo ocurrido antecedentes del 10 de agosto de 1932 —dijo Almudena, no exenta de orgullo aderezado con unas gotitas de vanidad en su Coca-Cola.

—Sí, Por favor.

2 de agosto de 1932

## CAPÍTULO 2

Aquella calurosa noche del mes de Julio de 1932. El coche del General Sanjurjo aparcó en la puerta de su casa en la calle Rafael Calvo número 40 en Madrid. Su chófer y asistente, Adolfo, se bajó del vehículo antes que José Sanjurjo. Adolfo era extremadamente delgado; con piel de color cobrizo, dispéptico; carácter hosco, taciturno y reverencial. Miró en derredor para asegurarse que no había peligro para su General. Le abrió la puerta. Sanjurjo salió del vehículo Ford A de color negro, fabricado en 1930. Entró en el portal. Subió las escaleras hasta la primera planta. Llamó a la puerta. Se abrió la mirilla y a través de la misma percibió el ojo de Carmen. La Tata Carmen era una más en la familia: amiga y confidente de la señora. Desplazó la puerta con cierta parsimonia y, asomó la cabeza con cautela, mientras escondía el cuerpo como era habitual —siguiendo las indicaciones expresas del General— entre la hoja de madera y la pared encalada.

—Buenas noches señor. Estábamos preocupadas. Esperábamos su llegada desde hace una hora.

—No se preocupe Carmen. Ya sabe lo que es la vida de un militar.

Carmen comenzó a trabajar en casa del General a los dieciocho años por recomendación de la familia Abelló Pascual. En casa del General Sanjurjo debían tener personas de absoluta lealtad y discreción: para convivir con la familia, siempre recurrían a personal que hubiera trabajado previamente con algún buen amigo por razones de seguridad. Ella lo reunía todo: bondad, sencillez, lealtad y era profundamente católica y patriota. Menuda de estatura, su fuerte pelo caoba lo llevaba recogido con un moño sujeto con varias horquillas. Se aferraba a un rosario escondido en el fondo del bolsillo de su falda, para tenerlo a mano y poder rezar en sus ratos libres: la Virgen del Carmen era su fiel compañera de fatigas, descanso de sus tribulaciones. Cada sufrimiento o angustia que le acosaba en el día a día —que eran muchos en casa del General—, lo superaba asiendo fuertemente el Rosario en el interior de su bolsillo: lo amarraba como si estuviera cosida a una mano salvadora para no caer en el vacío. De este modo, iba sorteando cada minuto de tensión, especialmente, cuando los peligros acechaban a la familia del señor. Colgaba

de su cuello una medalla de oro de la Virgen del Carmen que le regaló el General por su santo. Vestía, como uniforme, una blusa blanca abrochada hasta el cuello y falda larga de color negro que le hacía aún más menuda. Su mirada se debatía entre triste y cándida. Sus facciones perfectamente circulares, aniñadas, suaves. La piel delicada y blanquecina engañaba su origen del fecundo y recio campo de la Tierra del Pan, Coreses. Era el ser humano más completo que podía existir, la persona perfecta para ocuparse del cuidado de la familia Sanjurjo, casi una gracia enviada del cielo.

—Hola Pepe ¡Por fin regresaste! Nos tenías preocupadas —dijo Maruja, mientras el General se dejaba caer de golpe sobre el sillón de oreja—. Llevas unos meses nervioso y afligido. No hemos parado de viajar: nos recorrimos España en un mes de Cádiz a Santander. Y, tus compañeros te llaman a todas horas, me temo que algo está pasando...

—No te preocupes Maruja. Todo va bien. Ya sabes que mis compañeros me adoran —se fue desabrochando el uniforme con indisimulada tensión facial.

— ¡Sí! ¡Ya! ¡Pamplinas! Siempre estás de guasa conmigo. Lo cierto es que ¡te noto agotado! ¡Algo te ocurre! De momento date un baño y cena algo. Modesta te está llenando la bañera y Carmen te ha preparado una cena estupenda. Luego hablamos.

—Voy a ver a Pepito. Estará dormido.

El General, huidizo, encontró una inmejorable excusa para cerrar la conversación, se levantó y fue con sigilo hasta el dormitorio de su hijo. Se acercó hasta su cama. Se sentó sobre el exterior del colchón de lana que venció ligeramente hacía el lado del General. Le retiró el flequillo de la cara y beso su frente. Arrimó el rostro al de su hijo hasta sentir el calor de su cuerpo. El General se retiró a su dormitorio, se despojó del uniforme y se dirigió ataviado con un batín hasta el cuarto de baño. El vapor había invadido el baño y las gotas de vaho se condensaban en el alicatado hasta los bordes de la bañera. Se enjabonó y hundió su cabeza hacia el fondo del agua para relajar hasta el último músculo. En ese momento pasaron por su mente una ráfaga de recuerdos de África: noches y días enteros de lucha sin cuartel, sin piedad. En unos instante, a su cerebro empapado le invadieron las imágenes de los jóvenes soldados, casi niños, muertos en combate durante la Guerra del Rif a manos del canalla convertido en leyenda Abd el-Krim: cabezas de jóvenes separadas de su tronco; mutilados caminando como espectros bañados en sangre por el desierto. El General, salió de un salto de la bañera.

Se secó y acomodado con pijama, zapatillas y batín regresó al sillón de oreja verde inglés junto al balcón del salón. Maruja encendió el gramófono y puso un disco de zarzuela con volumen suave. Colocó un taburete bajo los pies de Pepe, mientras Carmen le acercaba con pasos cortos, una bandeja con su cena al General: unas verduras a la plancha, volovanes rellenos de ensalada y dos rodajas de melón. Terminó su refrigerio y Maruja se colocó frente a él, sentada en un taburete de terciopelo.

—Pepe, te voy dar un masaje de alcohol con romero en los pies. Los traes muy inflamados.

—Sí, por favor, Maruja. Vengo agotado.

Maruja le besó en la frente y pasó suavemente sus dedos por la mejilla, con la ternura y delicadeza que solo es capaz de cincelar el amor valiente. La caricia se tornó en piadosa, consoladora y preñada de una admiración casi devota, comparable a la que el maestro siente por su obra una vez arrancada del mármol la belleza de su trabajo: como La Piedad o David ante los ojos de Miguel Ángel.

— ¿Qué me ocultas? ¿Me temo que estás tramando alguna acción contra los desmanes de la República? —Preguntó incisiva Maruja—. Desde la salida del Rey y su familia de España, eres otra persona. Estás siempre callado en casa, y no paras de recibir mensajes de tus asistentes y llamadas de teléfono. Apenas duermes. Eres una persona maravillosa, pero no puedes cargar sobre tú espalda toda la responsabilidad de España: tienes una vida, me tienes a mí y a tu hijo.

Maruja, continuó extendiendo alcohol con romero en los pies tumefactos, debido a la dureza del calzado militar y el calor extremo del mes de julio madrileño.

—Nunca me contaste qué ocurrió entre el 12 y el 15 de abril de 1931 —dijo Maruja mientras acariciaba suavemente los pies del General. Sanjurjo solía ser jocosos tanto en el ámbito castrense como familiar. Cambió el gesto relajado y lo tornó a contenido; dejó caer sus brazos por los laterales del sillón. Durante unos minutos se heló el ambiente: el silencio dominaba hasta el último rincón del hogar. Maruja rompió el mutismo.

—Sabes que te quiero con locura y que no te voy a dejar solo en esta guerra. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué se fue el Rey? Justo tampoco quiere hablar de ello y no puedo vivir al margen de vuestra vida. Soy tu mujer. Te quiero —insistió Maruja, con expresión tan relajada como sobria— ¿Crees que es fácil para mí vivir ésta situación? Haré lo que sea por ti. Tu sabiduría, sentido

del honor, lealtad, grandeza y madurez me han llevado a dejarlo todo por ti. En la habitación tienes a nuestro hijo y no me han importado nunca los rumores, chismes o maledicencias. Dime ¿Cuéntame lo ocurrido en esos días? ¿Qué pasó en el viaje a Hendaya que hiciste con Justo y Esteban acompañando a la familia Real? ¿Por qué no defendiste la legalidad vigente con la Guardia Civil si las elecciones no las ganó la República, como me has asegurado siempre? Es impropio de tu comportamiento esa pasividad.

Carmen escuchaba sentada en una pequeña silla con su Rosario en la mano, desde el fondo de la estancia. Pasaba lentamente las cuentas absorta en oración. Maruja, cambió de posición. De pie, desde la parte de atrás del sillón de oreja, deslizó sus manos por los hombros de piedra de Pepe. Y con suavidad, le comenzó a acariciar lentamente, para darle tiempo hasta ordenar sus ideas y sentimientos.

—María —cuando le iba a decir algo relevante, evitaba llamarle Maruja— no te he hablado de nada durante todo este tiempo solo por un motivo concreto: vuestra seguridad. Perdí a mi primera mujer y a un hijo. Lo que más me importa en esta vida es España y mi familia. Comprendo tu inquietud e intentaré explicarte y que comprendas, los motivos que justifican por qué no di el paso que esperabas de mí. Creo que lo entenderás y sabrás perdonarme: te amo y cualquier cosa que sepas puede costaros la vida a Pepito y a ti, incluso a Carmen. Ser la esposa del General Sanjurjo en el epicentro de una Revolución, te pondría en el punto de mira de asesinos de toda índole que, por destruirme, no van a dudar en acabar con mi familia. Ellos me conocen y, no hace falta que te diga, que saben que no temo a la muerte. Efectivamente, María. No soy un ejemplo de virtudes como marido; pero soy temeroso de Dios. Aunque a los africanistas nos tienen por incultos y pasionales, usamos la razón tanto como la pasión. Decía san Agustín que «la muerte no debe tenerse como un mal si va precedida de una vida honrada». Sin ese convencimiento, no habría arriesgado tantas veces mi vida, lo que procuro no es mi supervivencia; sino mantener viva mi honradez, coherencia y lealtad en el servicio a España. Ahora te cuento lo que ocurrió aquellos días. Es cierto, María, las elecciones municipales de 12 de abril de 1931 las ganamos abrumadoramente los monárquicos. Lo sabes. Te doy más datos: concretamente obtuvimos 22.150 concejales monárquicos en toda España frente a 5.775 los partidos republicanos. Estos resultados se ocultaron por el Gobierno de la República. Habrás observado que no se han publicado los resultados definitivos de las elecciones municipales de 1931.

—No comprendo nada, Pepe —dijo Maruja con gesto de asombro—. ¿Por qué no se hizo público? ¿Qué te forzó a contener a la Guardia Civil para que mantuviera la legalidad y el reinado legítimo de D. Alfonso?

—No es fácil de explicar. Concurren varias razones. El entorno monárquico del Gobierno de D. Alfonso le dio completamente la espalda; todos querían por razones mezquinas que el Rey saliera de España, y lo tenían pactado con las fuerzas de izquierdas. El pacto incluía apoyar la revuelta republicana en las grandes ciudades, dirigidos por grupos marxistas perfectamente organizados, con el amparo de la derecha republicana que ocuparía de inmediato el poder. Si en ese momento ordeno que las tropas salgan a la calle se habría producido una masacre. El Rey lo sabía. Me llamó para que compareciera a su último Consejo de Ministros. No entré en la sala de reuniones. Un asistente advirtió a D. Alfonso de mi presencia, se excusó para poder ausentarse durante unos minutos. Y allí, en la antesala, me dio instrucciones expresas que luego reiteró en Consejo de Ministros: «... yo no quiero resistir. Por mí no quiero que se vierta ni una gota de sangre».

También me pidió que sacara de inmediato a la Familia Real de España. Lo encontré, inseguro, traicionado y depresivo. Había tocado fondo. Sabía que le estaban apuñalando sus amigos, como a Julio César, desde aquel, tristemente célebre, Pacto de San Sebastián. El Rey no estaba en condiciones de soportar más tensión. D. Alfonso era consciente de que me había disgustado con él debido al comportamiento que tuvo con Miguel Primo de Rivera. A pesar de todo, somos amigos, me conoce y sabía qué no le iba a fallar nunca.

Ese mismo día a las ocho de la tarde, me citó con carácter urgente el nuevo Gobierno mediante un telegrama que enviaron a la Dirección General de la Guardia Civil, para que acudiera al Ministerio de Gobernación. Tuve que modificar el itinerario varias veces. Con grandes problemas llegué a la calle Pontejos. Allí coincidí con los familiares de Miguel Maura, la calle estaba tomada por grupos de republicanos que me reconocieron. Pensé que me lincharían. La familia Maura que ya se había pasado al bando contrario, me recomendó que subiera por una escalera de mano colocada en la calle. No te digo donde les mandé porque te lo puedes imaginar. Entré en el Ministerio de Gobernación por la puerta principal acompañado de Esteban Infantes y los Maura.

Todo esto ocurrió una vez confirmada la salida del Rey de España por Cartagena a las siete de la tarde. Subí en el mismo ascensor que Azaña.



Fueron unos momentos de tremenda tensión: las dos Españas en un ascensor. Salimos del elevador y Azaña dejó de sudar. Se alejó de mí raudo, y un ujier del Ministerio me acompañó hasta el despacho donde se encontraba reunido el nuevo Gobierno republicano. Conoces a Manuel —Azaña—, estuvimos con él en la opera; ni él se fía de mí ni yo le perdono los desmanes de sus fanáticos en mayo del 31. Recuerda que unos días después de instaurar el nuevo Régimen, comenzó la ola de quema de iglesias y conventos por toda España. Los católicos —te habla el peor de ellos—, aguantamos ésta situación con estoicismo y resignación: no te olvides que el ministro de Gobernación —Maura— encargado de garantizar el orden público era católico, y por supuesto, el Presidente del Gobierno Provisional de la República, Niceto. Las llamas se han quedado en nuestro corazón, los muy irresponsables en vez de reprender a los causantes sancionaron a las víctimas. Si entienden la libertad así, es evidente que quienes primero van a abandonar el barco son los intelectuales que les apoyaron en la instauración del nuevo Régimen. Acuérdate de la frase de Ortega que publicó Crisol y silenciaron otros: «¡Esto no es, no es esto!»; también Marañón y Unamuno mantuvieron la crítica con su silencio dolorido: aquellos hechos les parecieron reprobables y desencaminados. Algunos de ellos dijeron que «la República es una cosa, el radicalismo es otra». Imagínate por un momento que Miguelito —Miguel Primo de Rivera— durante su mandato quema la casa de Unamuno, Blasco Ibáñez, Jiménez de Asua o la del Dr. Marañón; probablemente hoy no estaríamos hablando en esta habitación... Pero bueno, sigo. Lo primero que hizo el nuevo Gobierno fue confirmarme la renuncia del Rey —como bien sabes D. Alfonso me lo había anunciado— y su salida inmediata por Cartagena. La tensión no podía ser mayor ¡Me citan a mí! ¡El amigo incondicional del Rey y mano derecha de Primo de Rivera para que comparezca ante el Gobierno ilegítimo de la República! ¿Te lo puedes imaginar, María?

El Gobierno me encomendó la vida de la Reina, las Infantas y el Príncipe de Asturias. Lo cierto es que en esos minutos que hablé con D. Alfonso durante el Consejo de Ministros, me había pedido lo mismo previamente. Solo confiaba en mí para esta misión. No hablé apenas, me conoces. Les dije que cumpliría la orden sin fisuras y que sacaría a la Familia Real de España en unas horas. Tenía poco tiempo para pensar. Me dirigí a Capitanía General donde me esperaba inquieto Federico Berenguer, buena gente, pero un pusilánime. Estuve encerrado a solas con él unos minutos informándole de lo

ocurrido en el Ministerio de Gobernación.

El Gobierno no tenía confianza en mí, dudaban que me quedara de brazos cruzados mientras el Rey se marchaba de España a hurtadillas, a pesar de haber ganado las elecciones. Por eso me citaron el catorce de abril a las dos y cinco de la tarde a una reunión en terreno neutral, concretamente, en casa del Dr. Marañón en la calle Serrano 43. Allí estaban de un lado los monárquicos, los amigos de Alfonso, con el Conde de Romanones a la cabeza. Y de otro, un grupo de republicanos dirigidos por Niceto Alcalá, negociando la transmisión de poderes. El ambiente era irrespirable, tanto por el humo de los puros como por la tensión de los presentes. Fui para asegurarme de que podía sacar a la Reina Victoria, las Infantas de España y el Príncipe de Asturias sin trampas ni traiciones; aunque muchos gilipollas dijeron que me quería sumar a la República. El tiempo ilumina la verdad. Como ya se sabe, cumplí mi objetivo. Conseguí ese pacto tan necesario para ejecutar la orden del Rey, por tanto, no tengas dudas sobre ésta cuestión.

Aquella noche. Volví a casa agotado. Pepito tenía cuarenta grados de temperatura ¿recuerdas? Modesta no hacía más que ponerle paños con agua templada en el cuerpo para bajarle la fiebre. Estoy acostumbrado a dormir de pie en la guerra; hasta en Cuba pasé una noche dormido en el alfeizar de una ventana viendo anochecer desde un tercer piso. No me acosté. Pasé la noche aprovechando la luz de la luna para diseñar la salida de la Familia Real de España; no me podía fiar de nada ni de nadie. Era difícil saber de qué lado estaba cada uno y quién podía traicionarme para ganarse un buen cargo en el nuevo Régimen.

## CAPÍTULO 3

—Almudena, me has dejado sin habla. Cómo sabes todo eso —Almudena sonrío, miró hacia el exterior de la cafetería a través del cristal y me contestó: algún día te lo contaré, no insistas por ahora.

—Bueno. Tenemos una tarea pendiente y un compromiso: vernos para que pueda investigar sobre el Procedimiento Penal Sumarísimo durante la Segunda República Española. Si te parece bien, vamos a intercambiar nuestros correos y móviles y quedamos otro día.

—Sí perfecto. A mí se me está haciendo tarde para ir a dar de comer a las «almas» pérdidas.

—Y a mí, para ocuparme de hacer llamadas a algunas de mis... «cuentas». —Los dos sonreímos. Nos despedimos con un delicado beso en la mejilla. Almudena apoyó su mano en mi hombro y, aproveché para situar la mía por su espalda alcanzando la estrechez de su cintura.

Entré en el despacho. Me estaban esperando en la sala de reuniones Ignacio y Pablo para distribuir temas pendientes.

— ¿Hola Manuel? Tenemos varios asuntos que repartir. Nos ha entrado un desahucio por falta de pago con una renta pactada de quince mil euros anuales. Ya sabes. Negocia rápido y si no hay acuerdo ¡lástima! tendremos que interponer demanda, así cobramos una minuta más generosa. La Navidad está a la vuelta de la esquina.

—Perfecto. Intentaré llegar a un acuerdo ¿Hay posibilidades?

—No sabría decirte de momento. Tienes el teléfono del cliente en el expediente, junto al del abogado de la parte contraria para que sondees el asunto. Te lo explico: se trata de una familia con un piso en Las Rozas, el matrimonio se encuentra en situación de desempleo desde hace unos meses; por tanto, veo difícil que puedas cerrarlo de forma amistosa.

—Lo que me dices, apunta más en sentido contrario —repliqué, con gesto desaprobación—. El asunto está ganado. Lo lógico es darle la oportunidad de que entreguen las llaves y evitar el lanzamiento ¿No? Pablo.

— ¡Pero bueno! ¿Qué te ha pasado a ti esta mañana? ¿La Vista en la Audiencia Nacional te ha hecho volar el velo de la conciencia? ¿O en la Sala

se apareció tú hada madrina vestida con toga? —dijo Pablo, incomodando con sus frecuentes comentarios jactanciosos.

—Será eso. Quizá tengas razón ¿Hay más asuntos?

—Sí, éste es para los tres —dijo Pablo, mirando a Ignacio mientras le pasaba una copia del expediente—. Tenemos que hacer un paquete de contratos mercantiles de capital- riesgo para una empresa de inversiones diversas en Londres. ¡Es un tema extraordinario! ¡Nos va a arreglar el ejercicio económico! Un grupo de inversores españoles, va adquirir la parte proporcional de un fondo de inversión en una petrolera británica con la mitad del capital español y mitad nigeriano. Los que inviertan van a cobrar una rentabilidad del ciento veinte por cien.

— ¡Estás diciendo el ciento veinte por cien! Esto huele a estafa —comenté airado—.

—En absoluto —dijo Pablo—. Además, no es nuestro problema. Nosotros cobramos por cada contrato de inversión que se firme y, por si te sirve para lavar tu conciencia, cada depósito es de cien mil euros. Nuestra obligación es hacerlo bien y, en caso de que el asunto no cristalice por cualquier causa, el cliente debe salir indemne de responsabilidad penal. La parte civil es menos relevante ¿Qué te parece Ignacio?

—Me parece, que voy a reservar billetes para irme en Navidad a Punta Cana.

Recogí los dos expedientes, me levanté de la mesa de reuniones de madera de roble tapizada en verde, y me marché al despacho reflexivo y sin mediar palabra. Vi el teléfono del deudor que teníamos orden de desahuciar y el de su letrado. Me recosté en el sillón de piel marrón con respaldo abotonado. Decidí llamar al cliente antes que al letrado para proponer un acuerdo rápido y evitarle gastos.

— ¿Don Arturo García?

—Sí, dígame.

—Mi nombre es Manuel Méndez. Le llamo en representación del propietario de su vivienda, don Carlos Guetaria. Soy su abogado y me ha pedido que contacte con Ud. para intentar solucionar de forma amistosa una reclamación de cantidad que tengo pendiente de formalizar, por impago de la renta en la vivienda que Ud. ocupa en calidad de arrendatario. Al parecer por algún motivo que ignoramos le debe los últimos seis meses de alquiler —durante un momento se produjo un silencio expansivo y doloroso.

—Esperaba esta llamada tarde o temprano —contestó don Arturo con

voz temblorosa—. Comprendo a Carlos. La verdad, es que está teniendo mucha paciencia con nosotros. Efectivamente, le debo seis mensualidades. Mi mujer y yo hemos perdido el trabajo este año, y se nos están acabando los ahorros. No tenga duda de que le vamos a pagar, pero ahora mismo nos resulta imposible.

—Conforme, pero tendrán que abandonar la vivienda. En caso contrario, estaremos obligados a interponer demanda de desahucio —dije en tono conciliador, profesional, pero con vocación de no herir a mi interlocutor y dejarle una salida airosa.

— ¿Cuánto tiempo tarda eso que me cuenta? ¿Podría firmar un documento reconociendo la deuda y otorgándome un margen para entregar las llaves? —solicitó desesperado don Arturo.

—Es un procedimiento especial: nosotros lo llamamos sumario, es decir, rápido. Las Rozas depende del Juzgado de Majadahonda y, un tema de ésta índole suele tardar unos seis meses.

Tenía sobre la mesa los documentos que había recabado aquella mañana en el Colegio de Abogados. Miré la cabecera de uno de los periódicos: Luz Diario de la República, publicado el jueves 25 de agosto de 1932 «Sentencia: Pena de muerte al General Sanjurjo, reclusión perpetua para García de la Herrán, doce años y un día para Esteban-Infantes y absolución para D. Justo Sanjurjo». ¡Coño! la Sanjurjada fue el 10 de agosto de 1932. Y, en quince días tenían sentencia del Tribunal Supremo con pena de muerte incluida. Vamos, tardaron menos que un desahucio por falta de pago. ¡Ya tengo tema de investigación para comentar con Almudena! Aunque lo habrá pensado...pero como cuestión a discutir, me sirve.

—Don Arturo. No se preocupe —Manuel, le dejó espacio mental y temporal para que organizará la forma de solucionar el problema—. Hablaré con el propietario y estoy seguro que alcanzaremos un acuerdo para que Ud. pueda encontrar algo más económico; no obstante, si obtiene trabajo y le sigue interesando la vivienda podemos retomar la negociación.

—Muchas gracias don Manuel por haber tenido la deferencia de llamar. Soy consciente de que si hubiera interpuesto demanda, habría sido mucho peor para mí y evidentemente me habría supuesto las costas del proceso. Ha sido muy amable.

Me sentí bien por primera vez. Hace tan solo veinticuatro horas, me habría limitado a enviar un burofax, interponer la demanda de desahucio y cobrar la correspondiente minuta al cliente. Algo nuevo estaba moviendo los

engranajes de mi conciencia. Aproveché la tarde para revisar notificaciones, contestar llamadas y sobre las siete tomé la decisión de recoger el maletín y, marcharme a descansar a mi apartamento de single en Paseo de la Habana.

Cuando llegué a casa, me recibió inquieto, ladrando, festejando y saltando mi perrillo Teckel, Bonito. Me puse en cuclillas para acariciar su pelo largo, entre canoso y castaño. Chocamos la mano y patita como buenos amigos, y le pasé varias veces los dedos en forma de peine por su columna alargada. Me respondió con esa mirada insolente que aparenta la raza por sus cejas pobladas y barbita corta con la que casi tocan el suelo. En cuanto entre en el apartamento, Bonito se convirtió en mí sombra: me acompañó hasta el dormitorio; no dejó de mirarme sentado a dos patas, mientras me quitaba el traje de Hackett y, me enfundaba un pantalón tejano y polo cómodo.

—Tranquilo, Bonito, tranquilo. Ahora te saco.

Cogí la correa que colgaba en la cocina y bajé las escaleras del portal casi en volandas, por la fuerza del perro tirando de la correa para hacer cuanto antes sus necesidades biológicas, después de aguantar cinco horas sin salir. Bonito estaba solo durante toda la tarde. Por las mañanas le hacía compañía Nana: la antigua asistenta de mis padres, que ahora se ocupaba de cuidarme. Nana, era el cordón umbilical que unía mi vida con los recuerdos de la familia telúrica que perdí. Me resultaba una incógnita indescifrable saber qué hacía mí perro durante todo ese tiempo. Dimos un paseo árbol por árbol como cada día, hasta que Bonito comenzó a tirar de la correa de nuevo, ahora hacia el portal de nuestro bloque. Subimos a nuestro pequeño hogar. Y nada más llegar, compartimos tumbados el sillón. Pasados unos minutos sonó el teléfono móvil.

—Hola Natalia —contesté a la llamada, al visualizar en la pantalla el nombre de la persona que quería contactar conmigo.

— ¿Cómo estás Manuel? Hoy no hemos hablado apenas ¿Tendrás mucho trabajo? —dijo ella.

—Cierto, he tenido un día intenso.

—Tengo una sorpresa para ti. Bueno, para los dos.

—Sí. Dime —Me quedé desconcertado, porque Natalia era bastante cartesiana y, no era habitual que tratará de sorprenderme con algo especial.

—Había pensado invitarte este fin de semana a Lisboa. Mi hija está con su padre y, he encontrado una oferta muy razonable de precio. Me apetece darme ese pequeño lujo contigo.

—Gracias Natalia, perfecto —contesté tras un silencio tenso que duro

segundos, pero que a Natalia le pareció eterno— ¡Nos vamos! Pero, el viaje los pagamos a medias...—le dije sin mucho convencimiento, esperando un no, por respuesta.

— ¿Parece que dudas? —preguntó Natalia, en un tono de cierta aspereza e incomodidad—. No te encuentro muy convencido. Y, desde luego me apetece invitarte, sin ninguna clase de compromiso —intentaba Natalia, salvar su dignidad, para adelantarse a una posible negativa tácita—. Lo nuestro está muy claro y hablado: somos amigos y cada uno de nosotros hemos de hacer nuestra vida sin obligaciones sentimentales. Tú tienes forma y estilo de vida de soltero perfectamente estructurada y construida, como tengo la mía de mujer divorciada en óptimo equilibrio: me siento plena con mi hija y mi trabajo; la vivienda corresponde a la menor según el convenio de divorcio y además está totalmente pagada entre mi ex-marido y yo. Con la pensión de alimentos de mi hija tengo un complemento suficiente a mi salario, que me permite organizarme sin problemas de ninguna clase. Hemos alcanzado los dos cuarenta y cinco años, Manuel; a esta edad y debido a nuestras circunstancias, no es momento de complicarnos la vida, sino de vivirla ¿verdad?.

—Es cierto, lo sé Natalia. Lo hemos hablado muchas veces. Te agradezco mucho la invitación y la aceptó, el viernes nos vamos. Seguro que pasaremos un gran fin de semana —contesté, no exento de cinismo.

—Seguimos hablando...—Dijo Natalia, en un tono entre desconfiado y cariñoso—. Y, cuenta que debemos facturar el viernes a las 16.00 horas en el Aeropuerto de Barajas.

—Perfecto. Te recogeré a las tres menos cuarto de la tarde en casa. Iré en taxi para no aparcar en el aeropuerto y, hacer todo con mayor rapidez.

—Muy bien, descansa. Un beso.

Cuando colgué el teléfono sentí un frío asfixiante y el vértigo desmedido que produce la soledad. Nunca supe que era eso. Mi vida era ser: mantener una imagen pública de gentleman, conservar la apariencia de hombre de éxito mediante signos externos; zapatos caros, un BMW biplaza pagado a largo plazo, ropa de marcas caras y fácilmente reconocibles por los más snobs... Y, la otra cara de mi vida, se ceñía a producir: obtener los medios económicos necesarios, sea como fuere para conseguir amigos de interés alto y perfil humano bajo; contactar con apellidos convertibles en cuentas, tomar gin-tonic en el sitio y lugar oportunos: clubs de golf, privados de discotecas de moda, un buen abono en la Plaza de Toros de las Ventas y en el Bernabéu.

Comencé a calentar pudín de cabracho que me dejó hecho Nana. Y en la tarima de granito de la cocina americana, corté una lonchas de jamón de Jabugo y unos tomates Raf de Almería, rocié éstos con sal Maldon. Abrí un tinto de la Ribera del Duero. Dispuse la cena en una bandeja para llevarla hasta la mesa de fumador y cenar mientras veía un rato la televisión. Mi mente volvió a azotarme. La imagen de Almudena pasando frente a mí por el Paseo de la Castellana en todo su esplendor: nubló el plasma de diseño de cuarenta y seis pulgadas. Nadie me había hablado nunca con la ternura con que lo hizo Almudena: para ella las personas que forman parte de su vida no eran «cuentas» o elementos necesarios para el negocio, eran «almas». Almudena vivía y sentía de otra forma. Con ella, por alguna razón ignota, me sentí libre por primera vez. Mi libertad era tan relativa como las ideas que dominaban todo lo que me acontecía. Quizá estaba sometido a una esclavitud distinta, estaba atado a las cadenas del materialismo más severo. Por alguna causa desconocida, adopté la decisión mientras cenaba y bebía en copa de balón un magnífico tinto Pesquera, de hacer examen de conciencia profesional sobre uno de los asuntos que estaba llevando en el despacho. Acordé en mi fuero interno ponerme frente al espejo y escrutar mi alma, si esa entidad efectivamente existe. Tomé por tanto la decisión firme de conocerme a mí mismo...

—Buenas tardes, don Manuel.

—Hola buenas tardes, pónganse cómodos.

—Somos Carlos y Luis Gómez de Monteagudo. Vamos a comentarle, con su permiso, el problema que nos ocupa.

—Mi hermano y yo, llevamos cinco años sin hablarnos con nuestras dos hermanas a consecuencia de la herencia de mi madre fallecida. Al morir nuestra madre; nuestro padre —como es habitual— continuó viviendo en la casa familiar. Pero eso no es el problema. La cuestión fundamental de nuestra visita es que, tanto a mi hermano como a mí, nuestros padres nos han preterido de la herencia con la anuencia y colaboración de mis dos hermanas. Una de ellas es soltera y vive con mi padre: solo ella puede acceder a las cuentas de mi padre, que como es lógico son también de mi madre. No se nos ha entregado ninguno de los bienes del ajuar doméstico, que consistía en muebles del siglo XVIII y XIX de enorme valor. Tenga claro que estos bienes eran privativos de mi madre: heredados de su padre el Marqués de Monteagudo. No hemos conseguido formalizar un inventario con los abogados de mi padre y mis hermanas de mutuo acuerdo, porque las mujeres



y mi padre pretenden quedarse con las casas más valiosas. Y, nos consta que las joyas y lingotes de oro que tiene mi padre se los quedarán nuestras hermanas cuando mi padre fallezca. Mi padre, aunque está lúcido, tiene ochenta años, es abogado del Estado jubilado y, el muy felón está organizando todo para que no recuperemos nada de lo nuestro. Le propusimos pensando en su bienestar, vender la casa familiar en la calle Fortuny. Y que se trasladará a vivir a un piso más agradable y práctico para él. De este modo podríamos repartir la mitad del valor de la casa de mi madre, pero lo consideró una ofensa ¡Es inaudito! ¡Solo pensábamos en su bienestar y se ofende! La vivienda tiene trescientos metros cuadrados y la ocupan mi hermana soltera y él, está totalmente desaprovechada.

—Bien, —contestó lacónico Manuel— dicen que les han preterido ¿No les han ofrecido ninguna propiedad de su madre?

—Nada. Bueno, cuando vivía mi madre nos compró «ella», una casa en La Moraleja a mi hermano y otra a mí. Pero eso fue un regalo en vida, quiso tener ese detalle sin importancia cuando nos casamos: nuestra madre era así de generosa. Nos dio doscientos mil euros a cada uno de nosotros; pero eso es una nimiedad relacionado con la importancia de lo que estamos hablando: no olvide que la casa y esas perrillas fueron un regalo de nuestra madre, no tiene nada que ver con la herencia —solo hablaba uno de los hermanos, el otro callaba y asentía.

—Desde luego es una canallada —dije para agrandar los oídos de mis clientes— ¿Trabajan ustedes? —No. Nos vamos defendiendo con las rentas. Hemos invertido bien y no hemos necesitado trabajar. Pero piense don Manuel, que son las migajas. Mi padre debe tener una cuenta con más de tres millones de euros de mi madre, los muebles, otras tres casas y de eso no vamos a ver nada de nada si fallece. Ya se está ocupando él de cerrarnos el paso a los bienes que son nuestros; por eso, hemos decidido demandarle tanto a él, como a mis hermanas.

—Perfecto. Sí, desde luego, lo que les están haciendo a Uds. no tiene calificación posible. Tráiganme toda la documentación que tengan a su alcance sobre esos bienes: la aceptación de la herencia que hizo su madre de los bienes del Marqués de Monteagudo; notas simples del Registro de la Propiedad; extractos bancarios de la familia «si disponen de ellos». Les voy dar una lista de abogados y procuradores para que nos otorguen poder general para pleitos ante notario. Mi secretaria les facilitará también una hoja de encargo con el presupuesto por el procedimiento y nos pondremos de

inmediato a preparar la demanda.

— ¿Nos podría adelantar aproximadamente lo que supondría el proceso en su totalidad?

—dijo don Carlos en nombre de los dos hermanos.

—Nosotros en este tipo de asuntos facturamos con carácter general cobramos el cinco por ciento del valor de los bienes; de este importe facturamos la mitad antes de iniciar el proceso y la otra mitad en el momento en que interponemos la demanda —contesté a los G. Monteagudo—. Establecemos de cuota litis otro cinco por ciento al final del proceso, como les digo, este último importe se repercute contra lo obtenido de manera efectiva por Uds.

—Estamos de acuerdo —dijo don Carlos Gómez de Monteagudo, en nombre de los dos.

Abrí las puertas a la mirada del alma: allí no estaba el profesional del Derecho que quise ser cuando comencé la carrera y que, a mi madre y abuelo, les habría producido tanto orgullo que me hubiera convertido. Mi rostro tenía los perfiles de un sofista, un mercader en el ágora. La almohada giraba a mí alrededor; un sudor frío me recorría el cuerpo y el cerebro activado por el crepitar de mis miserias bombeaba ideas que me impedían dormir. Aquel asunto de la familia Gómez de Monteagudo me diseccionaba la conciencia: ¿Qué debí hacer para actuar con el valor de la verdad esa mañana? me faltó prudencia. No debí aceptar el asunto sin valorar que principios rectores auténticos y verdaderos que debían guiarme para desbloquear aquella situación taimada —me cuestioné, escondido en la caverna de mi edredón—. Di un sí por respuesta. No actué con la calma necesaria antes de aceptar el asunto; los he llevado a una batalla parental en la que siempre prevalecen los demonios familiares: envidia, reproche, frustración. ¿Actué en conciencia? No debo engañarme, lo hice. Me comporté como el hombre postmoderno que soy: ser y producir; dar respuesta con el arte de la convicción y cierta auto motricidad intelectual vacía de cualquier contenido moral. Eso es exactamente lo que hice. El alcohol en la cena y un Orfidal brindaron una tregua a mi batalla interior hasta dejarme aturdido y sin paz.

## CAPÍTULO 4

Aquella mañana, todavía soleada y perfilada con los pinceles de la cromática de otoño. Madrid emulaba la pacífica ternura del Bosque de Irati, sin hayas ni abetos, pero la naturaleza hacía frente a la creación insolente del hombre: el urbanismo desmesurado y voraz. Después de ducharme, me apresuré a organizar un desayuno mediterráneo tal y como lo hacía mi madre: café, tostadas con aceite de oliva y zumo de naranja natural. Bonito, me seguía por la casa mordisqueando el pijama y los tobillos, ansioso por salir a dar su paseo matutino. Me miraba hacia arriba ladrando, arrogante, con la cara que ponen los Teckel cuando están contentos: la impronta de un lord inglés o W. Churchill sin puro.

Disfruté con el desayuno. Y Bonito, también lo hizo simultáneamente en la taza de metal con su nombre que tenía a los pies de la repisa de la cocina americana. Ya vestido con blazer azul de botonadura cruzada y pantalón beige de invierno ¡como siempre, impecable...!: estiré el cuello como si no me cupiera en la camisa y me hice el nudo Windsor de corbata. Cogí la correa de Bonito del colgador de la cocina y, bajamos a galope las escaleras de dos en dos, mientras Bonito mordía el borde de la correa como si me llevara amarrado para sacarme de paseo. Iniciamos la andadura, mientras repasaba mentalmente la actividad que tenía pendiente para ese día: dos visitas, algunas llamadas, comenzar a redactar los borradores de contrato de capital-riesgo para la petrolera inglesa y... debo llamar a Almudena. Tengo que buscar una excusa que me permita comer y aprovechar todo el tiempo que pueda con ella hasta el viernes...

A las nueve de la mañana, como cada día, entré en el despacho de la calle Serrano semiesquina Ortega y Gasset. Me recibió mi secretaria con una sonrisa profesional.

—Buenos días Manuel.

—Hola Aurora. Por fin es jueves ¿Hoy saldrás de juerga? ¿No?

—No jefe, me voy haciendo mayor...je, je.

—Bueno, mañana me contarás. ¿Alguna llamada o notificación?

—Sí Manuel, tienes una llamada del Sr. Gómez de Monteagudo. Otra de la Editorial Aranzadi. También te llamaron tanto el propietario como el arrendatario del piso de Las Rozas para dar su conformidad al contrato: así que puedes redactarlo...y una señora que solo dejó su nombre, Almudena ¡Cómo si fuera la única Almudena de Madrid!

—No te preocupes, es una amiga —dije, algo incómodo por el comentario despectivo e indiscreto, consecuencia su clásica rivalidad femenina—. ¿Puedes darme los teléfonos de todos los clientes que han llamado?

—Sí, claro. Están en tu mesa con una nota que incluye nombres, hora de llamada y número de teléfono.

Dejé todas las notas a un lado y me ocupé únicamente de la llamada de Almudena. Me recosté en el sillón giratorio de cuero marrón, como acostumbraba cuando quería pensar sobre algo. Y, con la nota en la mano, comencé a marcar el teléfono de Almudena.

—Hola Buenos días Almudena. Soy Manuel. ¡Perdona! ¿Te he despertado? he visto que me llamaste ayer por la tarde al despacho.

—No te preocupes. Soy muy madrugadora. Por cierto, he ido a misa de ocho de la mañana en la calle Serrano, cerca de tu despacho.

Me quedé absolutamente descolocado y absorto ¿Cómo una mujer tan espectacular y atractiva, se levanta para ir a misa de ocho de la mañana? Pensé, que eso lo hacía solo alguna abuelita que está en el trance final de la vida; bien por miedo al más allá, o quizá embriagada de aburrimiento y beatería rural. De ninguna manera podía imaginarme que una persona moderna y culta abandonara el calor de las sábanas en otoño para acudir a una misa al alba. Quizá sí, alguna desesperada por su falta de integración en la vida social, o una talibana religiosa. ¿Almudena? Almudena no necesitaba eso. Solo con darse una vuelta por Madrid y tomar café con quién sea, siempre y en todo lugar o situación tenía asegurado éxito social.

—Me parece genial —contesté, no exento del habitual cinismo mediático—. Ya sabes el dicho: a quién madruga Dios le ayuda ¿Supongo que el tópico vendrá por eso? puesto que para pedirle a Dios que te dé fuerza para afrontar el día, debes levantarte muy temprano.

—No lo había pensado —dijo Almudena—. Será por eso. Bueno, perdona. Te llamé al despacho y no a tu móvil porque me sentí mal ayer. Tuve la impresión de que había sido una pesada con mi conversación, incluso algo

pedante, imprudente e incorrecta. Me daba vergüenza molestarte de nuevo y decidí llamar a tu despacho para pedir disculpas, no quería agobiarte más.

—Almudena. Ni por un momento pienses eso. No sé si será un atrevimiento ¿puedes dedicarme el día y retomar juntos la investigación? Has conseguido abrir un horizonte nuevo en la búsqueda de mis conocimientos.

—Suená cursi, je, je... Puedo. Tranquilo, hoy no tengo que ir a dar de comer a las almas y mi orden del día era pasar a ver la Permanente del Thyssen para tomar notas y eso lo puedo hacer en otro momento —dijo Almudena.

— ¿Qué te parece si quedamos a las once la mañana en *Embassy* —le pregunté más relajado al intuir la respuesta afirmativa—? Allí podremos hablar tranquilos y ten la seguridad que llenaré la Moleskine de anotaciones.

—Me parece perfecto, Manuel. Allí nos vemos. Llevaré también algunas apuntes de distintos trabajos que puedan servirte.

—De acuerdo. Te lo agradezco mucho.

Colgué el teléfono y fui directo al despacho de Pablo. Abrí la puerta sin llamar como acostumbraba.

—Hola Pablo. ¿Cómo estás? —Como siempre ¡a tus ordenes! —Me contestó sonriente y desenfadado.

—Pablo, me voy a tomar un pequeño descanso. Los trabajos que tengo en la mesa, no requieren inmediatez y puedo organizarme los asuntos para la semana que viene. Cualquier tema que venga dirigido a mí, por favor, ocúpate tú de solucionarlo. Ya sabes cómo es ésta profesión; no te lo tengo que explicar, los clientes no admiten demoras. Llevo unos días agotado, apenas puedo dormir, sueño con los temas del despacho. Necesito desconectar de inmediato.

—Sin problemas. Vete tranquilo que te cubro perfectamente. La verdad es que te encuentro un poco rarito últimamente; parece que te estás convirtiendo en alguien distinto, quizá un poco escolástico y moralista.

— Muchas gracias. Nos veremos el lunes —me despedí con una sonrisa sardónica.

Recogí las cosas del despacho. Introduje el notebook en el maletín. Y salí del despacho despidiéndome de Aurora:

—Me marchó. No me esperes hasta el lunes. Cualquier llamada o asunto que debas comentar, por favor, pásasela a Pablo que está al corriente de mis expedientes.

Bajé por la calle Serrano con paso tranquilo, pero angustiado por haber

aceptado el compromiso de ir con Natalia a Lisboa al día siguiente. No me encontraba en condiciones de hacer un viaje íntimo con ella, cuando en mi pensamiento anidan los ojos de azul hipnótico de Almudena, sus manos delgadas, la sonrisa ascendente y su cintura seductora. La idea de citar a Almudena en la terraza del salón de té, no fue casual. Allí la descubrí y quería revivir ese momento mágico: comenzar de nuevo una y otra vez, como en la película El día de la marmota. El tiempo seguía siendo agradable y permitía sentarse en el exterior con una temperatura muy confortable, sin abrigo, pero con ropa de invierno. Saqué el diario El Mundo del maletín, pedí lo mismo, un café cortado y un mini croissant. Comencé a leer los titulares y destacados del día. Y al disponerme a tomar un sorbo de café escuché la voz sedosa de Almudena.

—Hola, Manuel. Que puntual eres.

—Sí, me voy a tomar dos días libres para ocuparme de mi propia vida y abandonar la de los demás. Dentro de los demás no estás tú... lógicamente. Me gustaría tenerte en exclusiva para hacer el ensayo que empezamos ayer, si me permites...

Almudena sonrió.

—Haces bien. Si no te ocupas tú de las cosas importantes que pueden moldearte la felicidad y el bienestar, no lo va a hacer nadie por ti: la felicidad es la búsqueda del bien en sentido pleno, y eso solo lo puedes encontrar poniendo los medios necesarios para alcanzarla.

—Siéntate. Cuéntame y dime qué quieres tomar —le dije a Almudena clavando la mirada en sus ojos—. Por cierto ¡Menuda respuesta me has dado! Me vas a hacer pensar hasta con el café en los labios.

—Tomaré un café con leche y una pieza de Brioche —solicitó Almudena.

Llamé al camarero y pedí el desayuno tardío de Almudena. La escruté de abajo arriba. Me fijé en sus tejanos estrechos de pata corta y ajustados en los tobillos, que dejaban ver unos calcetines largos de lana gris y sus zapatos acordonados de ante marrón. Adornaba la cintura un cinturón de piel marrón ceñido en el pecho y un jersey gris marengo de cachemir, conjuntado con un chaleco sin mangas de color blanco. No parecía que Almudena se incomodara mucho al ser radiografiada por la mirada de un hombre: debido a su edad, estaría acostumbrada a ese descarado ritual iniciático que hacemos los hombres con cada mujer interesante.

— ¿Cómo te fue ayer? Perdona de nuevo. Soy una indiscreta. Creo que te incomodé con mi historia, no pretendía ser petulante o tocar temas que

podieran incomodarte. — ¡Por Dios, Almudena! todo lo contrario. Llevo desde ayer soñando con seguir esta conversación. Si te soy sincero, me has sacado de la rutina más tórrida de la abogacía, embaucándome con las Humanidades; siendo más sincero si cabe, te has convertido en mi excusa para no trabajar hasta el lunes. Bueno dime: ¿Dónde nos quedamos...? — Creo que estábamos llegando al momento en que Sanjurjo organizó la salida de la Reina, las Infantas y el Príncipe de Asturias desde el Palacio Real hasta Francia.

— Sí, es cierto. Tomaré algunas notas. Creo que habíamos llegado al 15 de abril de 1934.

## CAPÍTULO 5

Maruja apagó el gramófono y conectó un aparato de radio de madera con rejilla amarillenta. Olía a lámpara quemada. Fue girando lentamente la rueda del dial hasta encontrar una emisora con música suave. Carmen, se acercó hasta el señor con una copita de Oporto y unas pastas que dejó en la alacena de caoba con repisa de mármol blanco vetado en tonos grises.

—Eran las ocho de la mañana del día 15 de abril de 1931, dormías muy tapada, María. Pepito estaba tumbado encima de ti, con los pies colgando hacía afuera de la cama. Carmen y Modesta estaban preparando el desayuno y haciendo las tareas de casa. El día anterior ordené al bueno de Esteban Infantes que viniera a recogerme a las ocho y media en punto. Os besé en la frente. Primero a Pepito y luego ti, nunca sé si será el último beso o uno más entre tantos. Bajé las escaleras con prisa y en el portal me esperaban Esteban, Justo y el Teniente Coronel Baldomero Torres. Nadie conocía mis planes, ni siquiera mi hijo Justo, a pesar que desde la muerte de su madre está entregado a su trabajo y a nosotros. Les ordené que vinieran en dos vehículos: me introduje en el primero acompañado del Teniente Coronel Baldomero Torres y, a Justo y Esteban les ordené que fueran en el segundo.

Di instrucciones para que marcharan hasta la Estación del Norte, cruzando por la Plaza de España, continuaran por la Cuesta de San Vicente y desde allí finalizaran en la estación. Según me contaron después, prácticamente fueron arrollados en el trayecto por grupos de republicanos exaltados, convertidos en riadas humanas, que peleaban en la calle con aire pre-revolucionario para cristalizar la conquista del poder político. El vehículo pasó desapercibido, y consiguieron llegar a la Estación del Norte donde continuaba la algarada. Por un momento pensaron que la multitud esperaba la llegada de la Reina a la estación para coger el rápido de Hendaya, pero no fue así... Esperaban la llegada del republicano Ramón Franco, y esa era su gente... Se dirigieron a la locomotora donde les esperaba el Duque de Zaragoza encargado de conducir el tren: el Duque les comunicó que la Familia Real había salido en coche hasta El Escorial para evitarles riesgos innecesarios. Lo cierto es que organicé varias maniobras de distracción con



objeto de que siguieran el coche de Justo y Esteban y tener libertad de movimiento para llegar con la Familia Real hasta El Escorial y desde allí salir hacia Hendaya.

Esteban y Justo se aproximaban al alto de Galapagar. Allí vislumbraron de lejos la presencia de aproximadamente una docena de coches; a la izquierda de la carretera había un grupo de personas formando un círculo, consiguieron identificarme, estaba en el centro agilizando la despedida.

Fue un momento desolador. La Reina se despedía con los ojos enrojecidos de sus damas y amigas, las infantas lloraban a su lado; los fieles a la institución y a la Familia Real, recostados sobre los coches no terminaban de creerse el terrible momento que estaban viviendo. Fue el momento de los leales, de los amigos auténticos de la Familia Real: el Presidente del último Gobierno, el almirante Aznar, el conde de Romanones—aunque sé que no te cae muy simpático; nunca te has fiado de él—, José Antonio Primo de Rivera con sus dos hermanas y el embajador de Inglaterra.

En ese momento llegó un vehículo que enarbolaba en el parabrisas una bandera republicana, aumentó la tensión entre los asistentes. Esteban Infantes solicitó a las personas que viajaban en aquel coche que esperasen unos minutos, a lo que accedieron con respeto.

Doña Victoria Eugenia rogó a todos que volvieran a Madrid. Se dirigió al grupo y con mirada llorosa y voz entrecortada dijo: «Quiero llegar sola a El Escorial. Así verán solo a una familia desgraciada y no nos harán nada». Cada minuto era un instante más de peligro superado y de riesgo por superar; por lo que solicité a la Familia Real que se apresuraran en finalizar la despedida. Fueron besando la mano de la Reina uno a uno. Le dije a la Señora abrumado por los recuerdos y el momento histórico en el que estábamos inmersos: «¡Que época más terrible! Primero el pobre Miguel (Primo de Rivera), luego mi hijo y ahora esto».

Una vez en la estación de El Escorial, el Expreso de Hendaya se demoró unos minutos. El Príncipe de Asturias acompañado de cuatro amigos, con el reflejo de dolor y angustia lógico en ese momento, fue conducido al Coche Real. Un grupo de republicanos nos increpó con insultos. El Conde de Romanones, desolado, quedó llorando solo en un banco de la estación de El Escorial.

Ahora te iré contando un poco lo ocurrido en aquel dramático viaje. La conversación con la Reina en los primeros minutos fue tensa, cercana y entrañable, marcada con el corte victoriano propio de su educación y rango:

«—Ya le decía yo a Alfonso que le estaban engañando...Mi gusto sería vivir en la Costa Azul donde el clima es parecido al de España... En Inglaterra no nos podemos instalar porque lo moderado de nuestra fortuna nos impide vivir allí...» Cerca de Navalperal de Pinares se calentó uno de los cojinetes del coche salón, lo que ocasionó una larga y preocupante espera. Hubo que trasladar a la Reina al departamento de uno de los vagones de cabecera, que le fue cedido por una familia californiana que viajaba hasta París.

El rápido de Hendaya llegó a Ávila, allí un pequeño grupo de leales a la monarquía despedía el tren con enorme tristeza, una de las personas que se encontraba en la estación gritó con voz acongojada «¡hasta la vuelta!» ... Seguimos hasta Medina del Campo. El recibimiento indudablemente no fue igual: allí se encontraba numerosos grupos organizados de republicanos; en principio Esteban y Justo pensaron que se trataba de posibles asaltantes, pero verificaron que tan sólo esperaban el paso de un dirigente republicano.

Los servicios de información de la «Guardia Real» recibieron noticia de posibles riesgos en Valladolid. Escuché atentamente todo lo que me informaron sobre este extremo Esteban Infantes y Baldomero Torres. Cuando terminaron les arengué para levantar su ánimo: «Me he comprometido a conducir felizmente hasta Hendaya a la Reina y sus hijos, y lo conseguiré... en la próxima parada cierran ustedes las ventanillas, y aconsejen a los viajeros que permanezcan apartados de ellas procurando todos aislarse del público de los andenes, digan lo que digan y hagan lo que hagan eviten toda intervención mientras no se intente el asalto. Las dos parejas de escolta que van en el vagón inmediato y algunos guardias bajarán a la estación cumpliendo mis órdenes, somos bastantes para imponernos en un momento determinado. La prudencia debe rayar en lo extraordinario, pero mayor ha de ser la energía para defender las vidas de la Familia Real; entonces no hemos de regatear esfuerzos...» Tenía el firme convencimiento de que no se produciría el asalto, pero por cautela, me coloqué frente a la puerta del coche —paso obligado de entrada— y esperé hasta llegar a Valladolid.

—Maruja y Carmen le escuchaban con atención. No pudieron contener las lágrimas, porque cada día de la vida del Marqués del Rif era una debate entre el más allá y el acá. Siguió contando la historia silenciada durante más de un año en su casa—. La estación se encontraba completamente llena de hostiles, aquello era una avalancha humana. En el momento en que entró el tren se produjeron los primeros insultos, amenazas, y golpes en las ventanillas. Para

mí esas situaciones son casi normales, sé qué debo hacer ante un ataque en masa. Traté de transmitir cierta frialdad, permanecer, estático, impasible: sin moverme ni un ápice. Por tanto, me coloqué en la puerta de entrada; Justo, Esteban y resto de la escolta se agolparon a mi espalda. Aguanté la presión de la multitud hasta el final; no obstante, el Duque de Zaragoza hizo lo posible por abreviar la parada. En cuanto el tren reanudó su marcha me dirigí a la Reina y las Infantas que lloraban desesperadas: para transmitirles un poco de ánimo y hacerles soportable tan difícil momento. La angustia les hacía dudar del éxito del viaje. Mi hijo Justo fue quien demostró mayor maestría en el arte de la conversación, sabes lo simpático que es y lo habilidoso que resulta en las charlas —en eso salió a su pobre madre—. No paró hasta que consiguió distraer a las infantas Beatriz y Cristina.

El viaje continuó y la incertidumbre también. La siguiente parada fue en Burgos. Resultó una sorpresa para la Familia Real encontrarse en la estación una ciudad abierta y entregada, necesitaban un espaldarazo de ánimo y les llegó. Esta vez habían cambiado las tornas, el andén igualmente llenó, pero en esta ocasión de leales a la monarquía que transmitían todo su cariño y afecto a la Reina, las Infantas y el Príncipe de Asturias. El amargo sabor de la República se olvidó por unos instantes. En Vitoria y San Sebastián, esperaban el Rápido de Hendaya grupos de leales deseosos de darle un último gesto de respeto y cariño a la Familia Real.

Por fin Hendaya, María. Conseguí sacar a la Familia Real sana y salva. En el andén había una multitud de españoles que esperaban a la Reina y las Infantas para mostrarles las más calurosas pruebas de afecto, admiración y lealtad. El público exaltado se abalanzó sobre el círculo de protección y escolta que había acompañado en todo el viaje a la Reina y las Infantas. En los aledaños del tren con destino a París la Soberana me manifestó su agradecimiento mientras las Infantas abrazaban a mi hijo Justo.

## CAPÍTULO 6

—Estoy sin palabras Almudena ¿cómo sabes todo eso? ¿Quién te ha facilitado datos tan cercanos? parece que lo has vivido en primera persona.

—Ya te lo contaré cuando toqué, Manuel. Ten paciencia.

—Empezamos con el Juicio Sumarísimo del 10 agosto de 1932 y te has remontado un año y unos meses antes ¿Por qué?

—Lo iremos viendo poco a poco —dijo Almudena.

— ¿Qué te parece si damos un paseo y comemos juntos? —le propuse confiado después de la disertación histórica.

—Estoy pasando un rato formidable contigo —afirmó con verdadero agrado Almudena. La vida es para sacar provecho de cada instante y aprender de cualquier ser humano que vayamos conociendo ¿no te parece? Eres una persona verdaderamente especial, merece la pena exprimir hasta el último minuto de tu compañía.

—Bueno... Almudena, muchas gracias —esboqué una sonrisa—. Me halagas, esencialmente viniendo de ti que eres una erudita, además de un bellezón. Aunque... ¿no sé cómo has podido llegar a una conclusión tan temprana sobre mí si apenas me conoces y solo has hablado tú?

—Por qué lo he sentido así. Y te delata la mirada...algo cansada, pero tierna y sincera. Y, gracias por el piropo —dijo Almudena.

Dejé la razón encima de la mesa. Me encontraba muy cerca de ella. Su melena trigueña me acariciaba en la cara mientras hablaba. Centré la mirada en los ojos oceánicos de Almudena y aproximé los labios a su boca rozándoles con un ligero y temeroso beso. En ese instante pensé que todo se acababa nuestra incipiente amistad. Una persona como Almudena, no se dejaba seducir por un desconocido con cierta apariencia de disoluto, sin haber flanqueado sus defensas con toda clase de engaños: era evidente que su vida interior estaba estructurada en sólidos principios y la diosa Hedone no le guiaba su instinto; pero al menos lo había intentado... Deseaba ese beso más que hundirme en las entrañas de cualquiera de las mujeres que había conocido a lo largo de mi vida. Ese beso era más solícito que cualquiera de las decenas de noches de sexo que habían pasado ardientes y fugaces por mi

alcoba; por extraordinario que fuera el festín de los sentidos, el final siempre era el mismo: la habitación vacía en una desoladora y deshabitada madrugada. Almudena, pasó la mano por mi cintura, cerró los ojos, aproximó un lado de su pecho contra mi torso y me besó intensamente. La sentí como nunca había sentido a nadie: el roce del pecho de Almudena me hizo arder en deseo y tensión, mientras imaginaba su desnudez y candor. No podía suponer que esa sensación tan distinta, intensa y profunda pudiera existir. Quise detener el tiempo, soñar con una noche bajo la chimenea desnudos en algún refugio perdido; rodeado de castaños, hayas y robledales. Sin pablos o natalias, sin marqueses despiadados ni veleidades mezquinas. Solo calor y amor. Ese beso lo era todo. Necesitaba verla, tocarla, conocer cada rincón de su cuerpo y acariciarlo... ¡no podía ser verdad! Y con esfuerzo y cierta angustia, quizá temor, le dije... «te quiero».

—Almudena —le confesé con lágrimas en los ojos—. La última vez que pronuncié las palabras «te quiero» fue hace diez años: cuando mi madre se iba. Le dije «te quiero» en su lecho de muerte: así fue mí despedida, hasta éste momento no había podido reproducir el sonido de la frase y menos aún sentirlo. No me conoces Almudena, sé que eres lo mejor que ha pasado por mi vida, pero no te merezco, soy ruin y mezquino.

—No beso a cualquiera, Manuel —dijo ella—. No es mi estilo, soy así de extraña. Pero creo... permíteme decirte, que quién no se conoce a sí mismo, eres tú. Te leo el alma en la cadencia de tu mirada. Ahora vamos a dar ese paseo y si quieres, siguiendo nuestro plan, podemos ir a comer.

Pasé la mano sobre el hombro de Almudena estrechándole todo lo que pude: nos fundimos como adolescentes enamorados en la salida del cine, o en una mañana de pellas en el último curso de bachillerato. Comenzamos a caminar hacia ninguna parte bajo el arbolado del bulevar de Castellana.

—Almudena. ¿Tenías previsto ir al Museo Thyssen? ¿Si te parece, vamos a ver la Permanente?

—He pensado una cosa mientras me besabas, Manuel. Vamos a ir al Museo del Prado ¿te parece bien? Tomamos algo por la zona y, si confías en mí, te voy a demostrar que te conozco y que también te quiero: me has tocado muy dentro, más de lo que te puedes imaginar.

—Confío ciegamente en ti, vayamos donde quieras —paré el paso frente al Café Gijón y volví a besarla intensamente, abrazándole como si estuviéramos perdidos en la cima del más alto de los montes. Almudena, estrechó su cintura contra la mía, mientras me acariciaba la mejilla y, saboreaba el ardor

de sus labios: mis pómulos se humedecieron con una lágrima de Almudena. Pensé que podía estar haciendo daño al alma blanca de Almudena, no deseaba eso, de ningún modo quería romper ese frágil jarrón.

—Venga, continuemos. Parecemos idiotas —dijo ella—. Conozco un restaurante detrás del Prado, se llama Murillo. Podemos comer rápido y ligero. Luego, nos acercamos a recoger tu sorpresa.

Abrumado de felicidad y mientras paseábamos hacia Murillo le fui contando a Almudena la exigua historia de mi vida. Nunca me había sentido querido —salvo por mí madre—. Desde muy niño mis padres tuvieron una mala relación afectiva. Mi padre fue una persona arisca que abusaba del alcohol y, prodigaba partidas de cartas interminables, noche tras noche y día tras día. Coleccionaba amantes con descaro —ahora está en una residencia de ancianos, inválido y con demencia senil—. En el fondo vive como quiso y se merece: en soledad. Nunca respetó a mi pobre madre. La consideró un trasto más, un objeto cuya presencia le resultaba irrelevante e incómoda: lo más parecido a una pieza de caza o el resultado de una buena mano de naipes. Mi madre, fue bondad en estado puro. Vivió un silencio sórdido, abnegado y angustioso hasta el día de su fallecimiento. Solo tengo un hermano, es cinco años mayor que yo. Hace su vida, me llama todos los años para felicitarme por mi cumpleaños y el día de Navidad; somos dos absolutos desconocidos o quizá demasiado conocidos: precisamente por eso, nos separa el muro inexpugnable de la arrogancia y el desamor. Juan, es un poco la imagen de mi padre, por lo que intuyo que sus dos hijos estarán reviviendo nuestra infancia.

Nos sentamos en una mesa pequeña envueltos por un ambiente acogedor. Pedimos un buen vino y hamburguesas de Kobe. Cogidos de la mano, aparentábamos una relación aññada, intensa y con visos de eterna.

— ¿Por qué estás tan segura de qué sabes más de mí, de lo que puedo conocer de mí mismo? Es un poco jactancioso ¿no? Si estás tan segura, demuéstramelo —dije con ánimo de retarle sin molestar.

—Tu mirada es cómo la de El Cristo de Velázquez. Esa será tu sorpresa, intentaré que te reconozcas en Él. Decía Unamuno, que en sus clases siempre trató de transmitir a los alumnos «el amor a la verdad, a la belleza y al bien, si no un amor a la perenne e inacabable conquista de esos bienes. Vale más luchar por conquistarlos que poseerlos». Tengo la impresión que vives en un cierto bloqueo espiritual, pero me transmites la necesidad vigorosa de salir del aislamiento para tocar esos bienes —Se enrojecieron mi rostro y a la vez los ojos se me tornaron vidriosos.

—No sé si me conoces o me estás descubriendo. Mi vida y el bien no se han cruzado en ningún momento —confesé no exento de rubor—. Dicen, que soy buen abogado, incluso que soy una persona de éxito, un triunfador y hasta un soltero de oro. Pero en ningún momento me he sentido en la cima de nada que no sea mis miserias. En el espejo veo los restos de un absoluto nihilista, un niquidista huero de sentimientos.

—Eres cruel contigo. Si fueras como te describes, no te habría besado y de ningún modo me habrías confiado tus miserias, tus espinas —matizó Almudena—. La vida no es fácil y estamos en constante rectificación y continúa búsqueda de la felicidad. Serás el abogado que quieres ser y la persona que te propongas, si pones los medios para seguir el camino correcto: para llegar a la meta debemos guiarnos por la luz del faro del bien.

Pedí la cuenta. Nos levantamos y cogidos de la mano, fuimos paseando hasta el Museo del Prado que estaba a unos metros del restaurante. Entramos por la Puerta de Goya. Recorrimos las salas observando espaciosamente los cuadros que asombraban a los visitantes: algunos estaban absortos; otros no prestaban demasiada atención, casi avanzaban de forma rutinaria. Llegamos hasta la sala de Velázquez. Almudena fue tirando de mí hasta la meta: El Cristo de Velázquez.

—Observa detenidamente y cuéntame... ¿Qué te dice? ¿Qué te inspira?

—Me lo pones difícil. Lo primero el fondo oscuro; hemos pasado por otras obras y no mantienen el mismo estilo: ni Las Meninas, La Reina Isabel a caballo, o la Rendición de Breda. La luminosidad de la cara es sorprendente, parece como si le llegará del lado superior izquierdo ¿no es así?

—Siempre es así... es real todo aquello que el cuadro te narre —dijo Almudena—. Observa como Cristo tiene tapada la mitad de la cara con su pelo: eso es un poco lo que te ocurre a ti. Hay algo que tapas de tu vida, que no quieres que se vea y debes revelar. Jesús no está muerto, pende en un hilo de sufrimiento contenido; su dolor, se centra más en la corona de espinas que en el resto del cuerpo. Esas espinas son las de la vida misma. La vida es como una rosa con espinas en su tronco y, suma belleza en la flor. Todavía no les ha proporcionado a tu vida la suficiente luz, aire y agua para que resplandezca. Unamuno escribió 2.450 versos sobre El Cristo de Velázquez, en el más conocido de ellos te veo reflejado:

«Méteme, Padre eterno, en Tú pecho, misterioso hogar. Dormiré allí, pues vengo deshecho del duro bregar»

—Es la segunda vez que voy a decirte de corazón que «te quiero

Almudena»— sobrecogidos y sin palabras, nos fundimos en un beso intenso.

Salimos del Museo casi sin hablar. Había olvidado que al día siguiente me esperaba Natalia con los billetes para viajar a Lisboa. No podía, ni debía, ni quería hacer ese viaje. Tenía una eternidad pendiente con Almudena, en una mañana consiguió que sintiera haber tocado a Dios con la mano. Jamás había conmovido con nada tan auténtico y hermoso a la vez. Me sentí sucio tan solo al pensar que iba a ser infiel a Almudena, por mucho que no hubiera podido prever este golpe de amor: sería mi culpa y nuevamente me iba a convertir en el Manuel Méndez de hace veinticuatro horas, ese ser que ahora despreciaba. Tenía que hacer algo urgente. Debía hablar con Natalia de inmediato.

—Almudena, no sabes lo que me cuesta separarme de ti: aunque hablemos o nos veamos dentro de un minuto. Pero, tengo unos asuntos urgentes que dejar arreglados esta noche en casa. ¿No te importa que coja un taxi y me vaya? Si quieres incluso, puedo llevarte en el mismo viaje hasta tu domicilio ¿Dónde vives?

—No te preocupes Manuel. Han sido muchas emociones para un día —sonrió—. Vivo muy cerca, puedo ir andando. Mi casa está en Alfonso XII. Y, me gustaría dar un paseo. ¡Coge aquel taxi! ¡Corre! ¡Te quiero!... hablamos luego.

Tomé el taxi. Saqué el teléfono móvil de la chaqueta y fui revisando la agenda hasta localizar el número de Natalia. Pulsé en llamada y comenzó a sonar el timbre de forma incesante...

—Sí, dime Manuel. ¡Qué sorpresa! pensé que no nos veríamos hasta mañana.

—Hola Natalia. Perdona que te aborde así. Quería agradecerte el enorme detalle y gesto de cariño que has tenido en pensar en mí para este viaje; no sé cómo estarás de ocupada esta noche, pero me gustaría quedar contigo e invitarte a cenar para corresponderte: tengo muchas cosas que contarte y alguna no puede esperar. — Bueno. Me estás inquietando ¿te pasa algo? Me da la impresión de que me quieres dar portazo esta noche —dijo Natalia, con voz entrecortada y nerviosa.

—No. Debo contarte algo muy personal y me gustaría hablarlo directamente —aumentó la incertidumbre de Natalia, con el juego de incógnitas y especulaciones iniciado por mí.

—Bien, perfecto Manuel. Pero no me des plantón mañana...

— ¿Te apetecería quedar a cenar en El Paraguas? Está en la calle Jorge



Juan, podemos encontrarnos sobre las nueve y media.

—Sí claro. Nos vemos allí a las nueve y media en punto. Así no nos acostamos muy tarde, ya sabes que tenemos un fin de semana muy intenso.

Paró el taxi en la puerta de casa, pagué diez euros para que el taxista se cobraría la carrera de ocho: dejé dos euros de propina debido al nerviosismo y urgencia por sacar a Bonito, ducharme y pensar qué le iba a decir a Natalia y cómo plantearle el problema. Sería casi humillante para Natalia que rehusara el viaje una vez comprados los billetes, reservado hotel y haberme comprometido a pasar un fin de semana idílico en Lisboa. No era el fin de una relación libre, sino un insulto en toda regla. Saqué a Bonito que me esperaba con su fiesta habitual. Me di una ducha rápida con agua hirviendo para desentumecer el cuello, lo tenía totalmente tenso y sin movilidad. Me vestí informal y bajé al garaje para recoger el coche y comenzar el camino del patíbulo emocional. No podía traicionar a Almudena. ¡A ella no! Prefería el insulto, la bofetada y el desprecio de Natalia: tampoco ella se merecía una vejación, de ningún modo, pero tenía que elegir...

## CAPÍTULO 7

Eran las nueve y treinta minutos. Esperé a Natalia en la puerta de El Paraguas, sabía que no se retrasaría ni lo más mínimo: es persona de costumbres y bastante previsible. Efectivamente, la vi aproximarse por la acera con un traje negro de escote pronunciado, muy morena, sonriente y tan relajada como de costumbre. El mundo pasaba por su vida sin generar grandes fisuras o sobresaltos.

—Hola Natalia, estás guapísima.

—Tonterías —dijo ella—. Tú sí que estás guapo.

Me cogió por el brazo y comenzamos a subir las escaleras. Nos recibió el Maître con enorme cordialidad y nos condujo hasta la mesa reservada, situada en un rincón privado al fondo del restaurante. Fuimos mirando a un lado y al otro del salón, evaluando el aspecto de los comensales que estaban incorporados a las diferentes mesas que íbamos rebasando.

— ¿Les resulta esta mesa de su agrado? —preguntó el Maître con amabilidad casi servil, mientras apartaba una de las sillas para que se sentara Natalia. — ¿Estás cómoda Natalia? a mí me parece muy bien —afirmé esmerándome en amabilidad.

—Es perfecto —dijo Natalia, con sonrisa placentera mientras se sentaba con el brillo de su collar y pendientes de perlas tahitianas, que lucía con satisfacción de conquistadora impertérrita—. Pero si no le importa ¿podría retirar las flores de la mesa? ocupan mucho espacio y nos van a impedir vernos la cara.

—Ahora mismo las recojo —el Maître retiró las flores. Les ofreció la carta de vinos para que pudieran escoger. Y, encendió una vela para crear un cierto fulgor intimista en el halo de la mesa.

—Natalia ¿te apetece un vino blanco? tienen un Albariño “Do Ferreiro” de 2004 que está resultando asombroso.

—Sí, claro. Me dejo guiar por ti. Siempre consigues de mí lo que quieres —sonrió con cierta picardía seductora.

Llamé al camarero para pedir que nos fueran sirviendo vino mientras peleábamos con la carta para escoger los platos más sugestivos del

restaurante. Optamos por Colmenillas rellenas de foie para compartir, y cada uno un plato de Merluza con Caviar de Oricios. El éter del local formaba un ambiente cálido y acogedor, casi británico. Todavía era demasiado pronto para cenar según las costumbres españolas, pero iban llegando lentamente los clientes, vestidos como si hubieran entrado por la calle Jorge Juan y dentro del restaurante estuvieran directamente cenando en Bond Street.

—Bueno. Manuel ¿Qué es eso tan personal qué me querías comentar? ¿Me tienes intrigada en extremo?

—No sé cómo empezar. Pero lo intentaré hacer de la forma más simple. Estoy completa y absolutamente enamorado de una persona que he conocido ayer por la mañana.

— ¡Perdona! espera que me beba la copa de un trago y respire un poco, porque ésta cena va a dar para mucho...—cogió la copa y consumió de un tirón hasta la última gota; saqué la botella de la champanera con un trapo para evitar mojarme la mano con el agua o el hielo y, la rellené de nuevo—. Que estés enamorado dijo Natalia, con enorme tensión en sus labios finos, y la mirada tornada en gesto hermético, casi paralizante—: debo decir, que me extraña de ti, puesto que nunca has querido comprometerte con nada ni con nadie. El amor, aunque sea una mera ilusión para los hombres, está dentro del juego de lo posible. ¡Pero, que me digas que estás enamorado a tus cuarenta y cinco años, con lo que has vivido y corrido en las noches de Madrid, Marbella y otros puertos desde que eras un adolescente!. Me deja completamente anonada.

Se hizo un silencio gélido, desagradable y doloroso, que formó entre nosotros un cristal blindado impenetrable. Solo veía la refulgencia de la vela sobre el espacio que nos separaba y, el reflejo que se proyectaba en nuestros ojos vidriosos. Pensé en romper ese muro helador que nos separaba, incluso si hacía falta a cabezazos, pero no fue necesario: Natalia tomó la iniciativa.

—Si me dices eso Manuel, es que no bromeas, está pasando por ti una ciclogénesis incomprensible. Debería levantarme de la mesa, tirarte los billetes a la cara y marcharme del restaurante en este momento. La copa que me he bebido me ha hecho perder la sensatez y me voy a quedar. Hablemos con sinceridad para conservar nuestra amistad ¿Qué ha pasado Manuel? ¿Quién es ella y qué bebedizo te ha vertido en el gin-tonic para cegarte de esta forma?

—Gracias Natalia y perdona. Te pido perdón de corazón.

Le fui contando como conocí a Almudena y de qué forma me arrojó con

su espíritu envolvente. Desgrané minuto a minuto todo lo ocurrido en los dos últimos días, deshojando cada detalle, cada instante de candor incomprensible e irresistible. No dejé nada tapado o semioculto. Cuando terminé de hablar, sonrió. Para mí fue un alivio, el punto de inflexión de aquella cena aciaga. Seguimos bebiendo y hablando...Natalia iba recuperando el ánimo. Pedí otra botella y continué hablando, mientras Natalia me escuchaba atentamente hasta que esbozó una cicatera sonrisa comprensiva.

— ¿Qué estás haciendo? Manuel. ¿Sabes dónde te estás metiendo? No sé muy bien qué decirte, pero voy a intentar comprender y metabolizar la putada que me has hecho. Llevas toda tu vida huyendo del mundo que estás describiendo esta noche. ¿Tú crees en el amor? El amor es algo que va y viene, cambia, se transforma y se corrompe. Lo sé por experiencia. Me casé a los veintidós años —era casi una adolescente—: mi boda fue tal y como quería que fuera, sencillamente maravillosa. El traje de Victorio & Lucchino, la boda se celebró en el Monasterio de El Paular y como guinda la cena resultó impresionante: mi padre arrendó un catering en una finca preciosa que le costó una pequeña fortuna. Organicé todo con mi madre, tal y como había soñado desde niña. Durante un tiempo me sentí totalmente feliz. Nació mi hija y fue la primera nieta, la reina de la casa; no podía pedir más. Todos los días de compras, cenas con amigos... Mi actividad principal era ocuparme de organizar fiestas a mi hija invitando a lo mejor de Madrid, y montar todas las cenas de negocios que necesitaba mi ex-marido. Durante los cinco años que duró el matrimonio lo tuve todo: viajes, pequeños lujos, cuidados personales. Y como no estoy mal físicamente y la vida es para vivirla se cruzó otra persona en el camino; mi ex-marido es buena gente, pero el matrimonio cansa, la autoestima se desgasta con el paso de los años y necesitas algo más...

—Parece estupendo todo lo que me dices —matice en busca de más información—. Nunca me has contado quién es ese «alguien». A pesar de que hemos pasado muchas noches juntos y vivido momentos estupendos, ese tema lo has llevado con hermetismo.

—No lo he dicho por una razón, le conoces. Y la prudencia es una virtud que no se debe perder. Pero...como estamos poniendo la verdad sobre la mesa, te lo voy a decir. En ésta cena podemos romper nuestra amistad para siempre, o consolidarla en algo auténtico: la amistad es una sombra que es difícil encontrar en la sociedad de intercambio en que vivimos, por muy cerca que la tengas o mucho que te persiga. ¡Vamos a brindar por nuestra amistad y

te contaré todo!: chin, chin...—dijo Natalia levantando su copa.

Cruzamos los brazos para apurar las copas de Albariño. Nuestros ojos resplandecían por la alquimia del vino y, mi euforia subía con cada sorbo al haber pasado el momento más difícil de la noche.

—Pablo —dijo Natalia.

— ¿Qué me estás diciendo? ¡Pablo! ¿Pablo mi socio y amigo? Pero si lleva casado veinte años ¿Rompiste tu matrimonio por él y luego te dejé tirada? Este tipo siempre ha sido un canalla.

—No, Manuel. No seas ingenuo. No le pedí que rompiera su matrimonio: Pablo tiene dos hijos, es feliz. Y, jamás pactamos la ruptura de su relación: ninguno de los dos queríamos compromisos, solo vivir con nuestras parejas como lo habíamos hecho y pactado hasta ese momento. Con la sinceridad que nos debemos el uno al otro, te confieso que si mi marido no llega a descubrir que me fui con un hombre a Londres un fin de semana— aunque nunca supo de quién se trataba— no me habría divorciado de él. —Ahora el que se ha quedado sin palabras he sido yo. No me cabe duda de que me decías muy en serio siempre, que nuestra relación era libre y sin compromisos ni ataduras; que nuestras vidas estaban muy bien estructuradas y no debíamos cambiar nada. No me queda otro remedio que preguntarte: ¿te has estado acostando conmigo y con Pablo en estos últimos años?

—Sinceramente, sí. No te hagas el estrecho porque hayas conocido una beata hace veinticuatro horas; tú llevas liándote con quién te ha apetecido desde que te salió barba y ha pasado mucho tiempo de eso —dijo Natalia, entre irónica y desafiante—. Tampoco te he pedido explicaciones porque lo hicieras con otras, durante estos años de mi soltería en la que hemos compartido muchas noches de sexo. No nos hemos engañado el uno al otro nunca, sabíamos cada uno hasta dónde podíamos llegar.

— ¡Pero Pablo es mi socio! ¡Mi amigo!

—Pablo es una persona del mundo en que vivimos, y me parece que te has metido en el túnel del tiempo, Manuel. Perdona que sea así de franca.  
—No sé Natalia. Me dejas confuso: soy el padrino de uno de sus hijos; amigo de su mujer y el gilipollas que se acuesta con su amante.

—Te estás saliendo de tono Manuel —dijo Natalia— y además te equivocas. A la mujer de Pablo le importa bastante poco lo que haga su marido, ella también vive en el siglo XXI. Lo que quiere es jugar al golf, tomar el aperitivo con sus amigas, llevar a los niños al colegio en su todoterreno de ochenta mil euros y que le aguante la Visa Gold cada vez que

la pasea por Madrid desde el día uno y treinta de cada mes.

—No lo entiendo muy bien —dije, confuso y nervioso—. Y disculpa si te he ofendido. Además, tienes razón, mi vida no ha sido distinta a la tuya: he hecho lo que he querido sin adquirir compromisos con nadie, y, todo lo que haya podido hacer Pablo durante este tiempo también lo hice yo en algún momento. No soy quién para juzgarle, pero los españoles somos así, nos gusta juzgar al prójimo y que a nosotros nos miren con buenos ojos: ocultar nuestro lado oscuro. Me alegro de que hayamos hecho un ejercicio de sinceridad mutua. Gano una amiga de verdad después de todo este embrollo.

—Aquí me tienes —dijo Natalia—. Para lo que quieras y cuando quieras —sonrió con picardía—. Ahora en serio, esta noche me has dado una patada en el trasero monumental; pero...creo que me la merezco y, es más: cuando llegue a casa, si soy capaz de encontrarla... cosa que dudo... —dijo Natalia mientras el camarero descorchaba una botella de Moët & Chandon—: descansaré como nunca, porque...una vez acostada tendré la seguridad de que al menos tengo un amigo de verdad. Alguien en quien confiar.

Natalia levantó el bolso y lo puso sobre sus piernas, introdujo la mano en el interior y sacó un sobre blanco. Me miró fijamente a los ojos, con cierto cariz de mareo.

—Manuel —dijo con sorna, Natalia—. En el fondo te envidio y, creo que envidio todavía más a tu amiga la beatona. Vamos a seguir el juego de la sinceridad: la envidio con rabia y ferocidad. La muy capulla seguro que es feliz y encima te va a hacer feliz a ti. Tengo mi vida llena de cosas, pero por mucho que acumulo siempre me falta algo; seguro que ella, con la mitad es feliz. Coge estos billetes: tienes todas las claves y datos que necesitas para hacer los cambios del viaje. Y...vete con Almudena a Portugal ¡Te prohíbo el no por respuesta!: te lo mereces. Por favor, perdona por el daño que te hice durante estos años. Considéralo un regalo de Pablo y mío. Eso sí, como te haga daño la beata, soy capaz de matarla. Pensarás que soy una frívola, pero no tonta, si nuestra relación hubiera llegado a más, habríamos perdido hasta el sexo: porque en cuanto consigo lo que quiero, me deja de interesar, mi vida es así y estoy convencida de que el mundo en que vivimos también lo es.

—Natalia ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo voy a admitir que nos invites al viaje? ¡De ningún modo! ¿Cómo que es un regalo de Pablo y tuyo?

—Cógelo, no preguntes y deja de hacerte el puritano calvinista. Ahora somos amigos de verdad. Lo vas a coger, como penitencia por la faena que me has hecho dejándome sin viaje a Portugal este fin de semana: ese será

vuestro castigo —nos reímos los dos.

Cogí los billetes. Terminamos de cenar. Y sin estar en las mejores condiciones para conducir, acerqué a Natalia hasta su casa en Pozuelo. Regresé a Madrid de inmediato. No era demasiado tarde, las doce y media. Cuando llegué a Paseo de la Habana me esperaba mi familia: el pequeño Bonito, inquieto como siempre y saltando de un lado a otro mientras empujaba la puerta para entrar en la vivienda. Cogí la correa y salimos a dar nuestro paseo: árbol por árbol, a lo largo de mi calle. Volvimos a casa. Me puse el pijama y me tumbé con Bonito con una inusitada sensación de alivio: puse la televisión en el dormitorio para entretenerme un poco después de un día tan intenso y, comencé a contar las horas que me quedaban para llamar a Almudena y darle la sorpresa. ¿Me diría que sí? ¿Se pondría alguna excusa? El viaje significaba un paso enorme en nuestra relación ¿Lo daría?...poco a poco me fue atrapando el sueño: como una nube se apoderó de mis sentidos. Me quedé dormido sin Orfidal y con la televisión encendida...

## CAPÍTULO 8

Sonó el despertador a los ocho y treinta minutos: ¡odioso! El sonido infernal, estridente, que me alarma sobre el devenir de cada día a la misma hora, me resulta cada vez más insufrible. Al instante comencé a pensar en que hoy sería distinto, me esperaba una aventura apasionante. Bonito, saltó de los pies de la cama al suelo y comenzó a desperezarse estirando las patas delanteras y retrocediendo el culo cuanto podía, hasta convertirse en todo un señor salchicha. Me levanté de un salto. Tiré el pijama al suelo y me introduje en la ducha rápidamente. El cuarto de baño estaba lleno de vaho por el calor. Me afeite. Até la toalla en la cintura por si Nana entraba —como siempre— con su llave y sin llamar y, me fui a la cocina para organizar el desayuno: lo hice lo más rápido que pude. Luego me atavié con unos tejanos, camisa de sport y un jersey. Y comencé a marcar el número de Almudena desde la agenda del teléfono móvil.

—Hola Almudena, Buenos días. Sé que no te he despertado ¿Verdad? ¿Habrás ido a misa de ocho y media?

— ¡Que alegría! dudaba de que me llamarás. Pues sí, he ido a misa. Y ahora estoy desayunando en una cafetería y leyendo el periódico.

—Voy a darte una sorpresa, agárrate fuerte. ¿No sé cómo decírtelo? ¿Igual te molesta? —le dije con la inquietud de un niño la noche de Reyes—. Veamos: tengo un viaje contratado para nosotros este fin de semana a Lisboa, saldríamos esta misma tarde a las 16:00 horas ¿Quieres que vayamos? Eso sí, no te sientas comprometida de ninguna forma: si no puedes o no quieres, no te preocupes; cambio los billetes y no he dicho nada, das por inexistente la invitación.

— ¿Cómo? ¿Cambiar los billetes? ¡De ninguna manera! ¡Nos vamos! Es el mejor regalo que me puedes hacer ¿Cómo se te ha ocurrido esa locura? ¡Qué alegría! Me voy a casa ahora mismo a prepararlo todo. ¡Lisboa es mi ciudad levítica!...Allí te podré explicar muchas cosas sobre el tema que te



interesa, exactamente en los lugares donde se engendraron. Me llevaré algunos legajos que tengo en casa sobre la vida de Sanjurjo, para que tengas la información más cercana y vital posible sobre el Juicio Sumarísimo y su entorno político. Manuel, si te soy sincera, de esta aventura lo que más deseo y me motiva, es compartir contigo un fin de semana maravilloso —dijo Almudena.

—Si te alegras por la invitación, a mí me estás haciendo completamente feliz. Voy a organizar la maleta y, hablaré con Nana para que se ocupe de Bonito este fin de semana. Te recogeré en casa a las tres. Tomaré un taxi y desde Alfonso XII vamos directamente al aeropuerto.

Saqué de paseo a Bonito. Y, cuando terminamos nuestra vuelta a la manzana, esta vez un poco más larga que de costumbre, subimos las escaleras de dos en dos hasta llegar al descansillo. Entramos en casa; Bonito corrió a beber agua y yo me fui al dormitorio para organizar la maleta. Abrí el vestidor y fui cogiendo la ropa que podía serme de utilidad. Fuera del equipaje iba a dejar el pasado: mi vanidad, una infancia cargada de desamor y frustraciones, los recuerdos de mi padre, el amor inhibido y anclado en egoísmo y desconfianza, el desafecto de mi hermano de quién no tendría noticias «como siempre» hasta Nochebuena y Fin de año.

Pasé la mañana contando los minutos y leyendo algunas cosas sobre Lisboa para aprovechar el viaje, y de este modo intentar asombrar en algún momento a Almudena con mis conocimientos; deseaba que el reloj marcará las trece horas y comer lo antes posible. Ya eran casi las doce, Nana abrió la puerta sin llamar, me saludo con un manotazo en la cabeza como acostumbraba, regresaba de comprar el pan para hacer las tareas de casa y comer conmigo como de costumbre. Le pedí el favor de que se ocupará el fin de semana de Bonito mientras el perro le mordía las zapatillas y, tiraba de ella moviendo la cola con energía para darle la bienvenida. Aceptó con enorme satisfacción. Cuando terminó de recoger la casa comenzó a organizar la comida para que pudiera salir pronto hacia el aeropuerto: me preparó unos huevos rotos que tomamos juntos; los acompañamos con una ensalada y una copita de vino tinto. De postre compartimos una tarta de chocolate que tuvo tiempo para hacer esa misma mañana en el robot de cocina —mientras me dedicaba a leer el periplo— y, terminamos con nuestro habitual café de cápsulas: que para para ambos es casi una adicción.

Como despedida le di un abrazo acompañado de un simpático azote. Nana significaba para mí los restos que quedaban de las ruinas y escombros

de mi familia. Cogí el trolley, di un beso en la cabeza a Bonito y, le acaricié en cuclillas «adiós, Bonito, pórtate bien con Nana». Cerré la puerta de casa y tomé el ascensor con los billetes en el bolsillo exterior de la maleta, salí del portal con cierta ansiedad por encontrar un taxi lo antes posible: me imaginaba a Almudena en la puerta de su casa esperando, deseaba coger su maleta y subirnos al coche para dirigirnos rápido al aeropuerto. Nada más salir, se acercaba por el borde de la carretera —en el carril bus— un vehículo con la luz verde en el techo, levanté la mano y me localizó al instante. Paró de inmediato. El taxista al verme con la maleta intuyó que iba a tener una carrera de las que merecen la pena: se bajó del coche, metió trolley en el maletero y le di la dirección de Almudena.

Almudena me esperaba con su maleta en el portal de su casa —tal y como lo imaginé—. Vestía unos vaqueros azules ceñidos y mocasines clásicos, un jersey verde inglés de pico adornado con una cruz de oro blanco ornamentada con piedras desconocidas para mí: cuando la vi, el corazón me palpité como si padeciera una grave enfermedad; estaba con la ilusión de la noche de Reyes cuando mi madre nos llevaba a los dos hermanos a la Cabalgata en la calle Alcalá. Me bajé del taxi, le di un beso rápido en sus labios tiernos y sinuosos como el membrillo y, volví a sumergirme enajenado en sus ojos azules de pincel sorollano.

—Por favor, llévenos a la Terminal de Vuelos Internacionales en el Aeropuerto de Barajas —Le dije al taxista inquieto por el deseo de embarcar.

— ¡Qué alegría me has dado Manuel! ¿Cómo se te ha ocurrido semejante sorpresa? — Te seré sincero, no fue idea mía. Luego en el avión lo hablamos con calma.

El taxista fue buscando atajos con cierta maestría, hasta encarar la carretera de Barcelona, el tráfico en Madrid todavía continuaba bastante fluido, quizá porque estábamos a final de mes, a pesar de que se iniciaba el fin de semana. En menos de media hora llegamos a la Terminal Internacional. Facturamos nuestras maletas. Nos llamaron de inmediato y embarcamos a bordo del avión. Una vez sentados le pregunté que si le asustaba volar. Almudena se ríe —como solía hacer desde que la conocí— y me contestó con un tranquilo y directo «no, puesto que en algún momento tendremos que morir y eso no depende de nosotros; sino del que íbamos a visitar entre las nubes». En el despegue, me cogió la mano, no sé muy bien si por miedo o por estar más cerca de mí; quizá buscando esa relación afectiva, de protección o complicidad irracional que surge entre compañeros de viaje. El avión se

introdujo entre algodones blancos y el azul intenso del cielo madrileño, como lo hacía yo entre sus ojos cada vez que la miraba. Comencé a contarle cómo había surgido el viaje y la cena con Natalia. No habló durante un buen rato, solo escuchó atentamente.

— ¿Has estado enamorado de Natalia alguna vez? —preguntó Almudena, con indisimulada preocupación.

—No, nunca, jamás lo estuve. Es la primera vez que me enamoro y tú eres la víctima. No he sentido nada parecido al amor en mi vida, el sentimiento más afín es el que tuve por mi madre y digo madre, porque excluyo a mi padre e incluso a mi hermano Carlos de esa sensación de afecto.

—No digas eso Manuel. Amar es dar sin esperar nada a cambio, tú esperabas algo de tu padre y de tu hermano como contraprestación, y el juego no va así. Ellos son unos infelices absolutos, probablemente han equivocado su vida, alguien les desenfocó en la búsqueda de lo fundamental. Pero si no les amas, al final te vas a convertir en lo que son ellos. Al tomar conciencia de lo distintos que sois, debo entender que te preocupas por su ser, por tanto, los amas porque entiendes el sufrimiento e impiedad que padecen. Tu vida ha sido más dura de lo que crees; comprendo que busques un renacimiento o regeneración de la forma en que has de plantearla para el futuro. También entiendo, que quieras analizar los valores que la sustentan, pero debes distinguir con claridad lo bueno de lo malo y lo justo de lo injusto si quieres romper el muro del relativismo. —No me atrevo a llevarte la contraria. Para mí eres un soplo de esperanza, en no sé exactamente qué —contesté resignado.

—El mundo está lleno de natalias y pablos —dijo Almudena—. Pero como ves, no soy una «beatona» cómo dice tu amiga, sino una persona tan normal como cualquiera de las que has ido conociendo en estos años. No pretendo justificarme o justificarte nada, tenemos mucho tiempo para hablar y disfrutar el uno del otro este fin de semana: iremos profundizando más entre nosotros y estoy segura de que el lunes estaré aún más enamorada de ti. Nunca creí en el amor a primera vista hasta que te conocí, Manuel. No me preguntes por qué. No sabría responderte, he salido con amigos durante estos años; algunos de ellos estupendos, de veras que incluso he intentado compartir con ellos multitud de citas para buscar el amor de mi vida, pero no llegaba: la magia no existía, esa sensación especial que tengo contigo —por muchos defectos que poseas— no es comparable a la fría perfección que encontré en alguno de mis amigos. Si mi vida se guiará por la razón, estaría casada, pero siempre he

creído en los latidos de mi corazón y sigo la dirección que marcan: por eso estoy aquí, volando contigo hacia Lisboa.

La sobrecargo anunció que los pasajeros debíamos colocarnos los cinturones, el avión iba a aterrizar en breves minutos en el Aeroporto da Portela. La temperatura en Portela de Sacavém era de diecisiete grados centígrados, el cielo estaba cubierto con alta probabilidad de lluvia.

Aterrizamos. Fuimos a recoger las maletas y nos acercamos arrastrando los trolley hasta llegar a Europcar para alquilar un coche sencillo, que nos permitiera movernos por la ciudad y sus alrededores. Nos atendió una azafata con chaquetilla de color verde y el logo de la empresa en la solapa: arrendamos un Fiat Punto de color gris. Lo recogimos en el Parking y tomamos la salida dirección Lisboa. Tardamos uno cuarenta y cinco minutos en llegar hasta Hotel Meridien Park. Durante el trayecto hablamos de cosas triviales, pero lo cierto es que no hacía otra cosa que pensar ¿Cómo debía actuar cuando entráramos en la habitación? ¿Debía besarla y dejarme llevar por el instinto? ¿Darle tiempo para ir estudiando sus reacciones? ¿No dejarle pensar y comenzar a desnudarla? ¿Se molestaría si avanzaba tan rápido? o ¿Debería colocar las cosas con naturalidad, salir a cenar y esperar a que el vino de la cena allanara el camino de los sentidos? Localicé el Parque de Eduardo VII, enfrente estaba el hotel. Dejamos el vehículo para que lo estacionara el aparcacoches, nos registramos en recepción sin hablar demasiado entre nosotros: ambos estábamos inseguros y desconcertados.

Subimos en el ascensor hasta la habitación 303. Almudena abrió la puerta y me miró con sus ojos azules incandescentes y balsámicos; sujeté la puerta con la mano derecha y le invité a entrar. Dejamos las maletas en el banco habilitado para la apertura de equipaje.

— ¿Qué te parece la habitación Almudena? Creo que vamos a estar cómodos —dije para romper el hielo inicial y descomponer la tensión de los primeros momentos—. Debemos secarnos, ha llovido poco pero el trayecto hasta el parking del aeropuerto ha sido suficiente para empaparnos y con la humedad que hace nos vamos a quedar helados. Asómate, la habitación tiene unas vistas estupendas del Parque de Eduardo VII.

Almudena continuaba callada. Se acercó a mí y comenzó a subirme el jersey mojado.

—Sí, Manuel. Estamos empapados. Debemos secarnos —continuó desabrochándome la camisa. No pude contenerme más e hice lo mismo; levanté lentamente su jersey mientras ella elevaba sus alargados brazos.

Quedamos desnudos de cintura para arriba y, mientras deslizaba con suavidad mis labios por el lóbulo de la oreja. Nos tumbamos en la amplia cama de aquella lujosa habitación. Almudena fue gateando a besos por mi cuerpo hasta alcanzarme los labios. Acaricié suavemente su pelo rubio y rizado con la nariz. Su piel se encontraba muy tersa desde el cuello hasta los hombros; exhalaban por sus poros un súbito gusto a melocotón fresco agitado con la textura e intensidad olfativa que se produce siempre después de una ducha previa a un banquete de amor. Deslicé mi boca hasta alcanzar la carnosidad dulzona de los labios gruesos de Almudena; labios, que me invitaron en la oscuridad a continuar bajando por el cuello oliendo su piel perfumada; olor fresco y afrutado que se iba intensificando a medida que se aproximaban mis labios al contorno del pecho: deseaba besarle, alcanzar su intensidad y perderme frenéticamente...Nos fuimos abandonando en el amor hasta que pude sentirla plenamente.

Pasaron dos horas desde que entramos en la habitación. Las dos horas mejores que almacenaba en las estanterías de mi memoria. Nunca había sentido nada igual ni había conocido a una mujer más insoportablemente irresistible. Hubo tiempo para ducharnos y descansar. Almudena se tumbó en el sillón cubierta solo con un albornoz blanco del hotel; me senté en el otro extremo para que pudiera continuar tumbada. Introdujo sus pies suaves, delgados y desnudos para calentarse por debajo de mis muslos, y, comenzamos a preparar la salida para cenar esa noche fuera del hotel y dar un primer paseo por Lisboa.

—Podría estar aquí contigo sin salir hasta el domingo y sería la mujer más feliz que has conocido nunca, pero no debemos perdernos una ciudad como ésta. Incluso nos podemos acercar mañana a Estoril y Cascais, te iré contando dónde y cómo se preparó el Alzamiento Nacional y visitaremos el aeródromo en el que se estrelló el avión de Sanjurjo.

—La llegada ha sido inolvidable, creo que solo es el principio de lo que nos espera ¿Por qué no vamos a Chiado a cenar? Me han hablado de un restaurante llamado Largo que creo que es estupendo en la calle Serpa Pinto; allí podemos seguir hablando de nuestra historia —le dije empalizando con su propuesta—. Si te parece correcto voy a pedir en recepción que nos reserven ahora mismo una mesa: tendremos que ir directamente; en Portugal se cena antes que, en España, aunque es una hora menos —llamé a recepción y, me confirmaron la reserva.

—Me parece una idea estupenda —dijo Almudena, casi antes de que

terminara de hablar Manuel—: además ha dejado de llover, podemos ir andando y así disfrutamos de la ciudad.

Nos vestimos, Almudena siempre impecable. Me atraía ver como se vestía una mujer que guardaba un aspecto tan atractivo en la calle: se puso unos mocasines marrones con abrochador lateral dorado, pantalón de pitillo en color beige, una cazadora de piel con cuello ancho de borrego: la melena corta y rizada le caía por encima del chaquetón. Salimos del hotel y comenzamos nuestra andadura descendiendo hacia Avenida da Liberdade. Continuamos nuestro largo paseo hasta alcanzar Chiado; pasamos por las calles más dinámicas de la ciudad, la gente entraba y salía de los locales comerciales: pasamos entre el bullicio de las compras previas al fin de semana, mientras comentábamos cada edificio de interés. Fuimos admirando las reconstrucciones del Marqués de Pombal e intentado recordar un poco de la historia de Portugal y su comunión cultural: no podemos dejar de buscar la belleza —dijo Almudena— el día en que renunciemos a hacerlo estaremos muertos: busca la belleza en el espacio, Manuel.

Antes de ir al restaurante decidimos visitar el famoso elevador de Santa Justa y tomar un Oporto en A Brasileira, el lugar más frecuentado por artistas y escritores. Brindamos con dos copitas rellenas de un buen Oporto dulzón y aterciopelado, tanto, como la piel de Almudena. Se oía el traqueteo de tranvía e incluso percibí la humedad del Océano Atlántico. Sentí ese... vientecillo aguado que se filtra por la porosidad de la piel hasta los huesos en las ciudades costeras y que fundiría al anochecer con el calor de Almudena. Terminé sentado junto a la estatua de Fernando Pessoa en Chiado —Almudena no paró de reír, sacar fotos y tomar notas en su libreta—.

Saludé a Pessoa amablemente y le di las gracias por haberme traído hasta él, sacudiéndole con una palmada la espalda le dije: «Fernando, sin ti no estaría aquí: gracias, amigo». Recordé uno de sus versos más adecuados al momento que estaba viviendo:

«Se vive como se nace, sin querer y sin saber. En esa ilusión de ser El tiempo muere y renace. Sin que se sienta correr»

Fuimos a cenar al restaurante en el que habíamos confirmado la reserva, Largo. El sitio, efectivamente, merecía la pena. Un lugar muy cool con un decorado que se debatía entre clásico y moderno, la iluminación tenue, sillones de piel en color blanco roto con brazos ligeramente bajos: no podía ser más acogedor. Comenzamos a cenar después de haber escogido unos vinos del país y platos tradicionales.

—Bueno Manuel ¿Estás contento por haber venido con la «beata» a Lisboa? — Dijo Almudena, ciertamente socarrona por el comentario de Natalia.

—Estoy feliz, por estar aquí, contigo. Pero, nunca me imaginé que una persona que va a misa a diario, asiste en comedores sociales... y más cosas que me irás contando. Además de ser insoportablemente guapa; se vendría conmigo a pasar un fin de semana entre amor y lujo.

—Entre amor, lujo y estrecheces si hiciera falta. En la vida hay que saber estar para todo y adaptarse a lo que venga. Efectivamente, voy a misa todos los días y mañana si puedo lo haré también, porque he aprendido de la vida lo que entiendo que son cuestiones fundamentales ¿De dónde vengo? ¿Para qué estoy aquí? ¿Qué misión debo cumplir?... Ahora te toca mojarte a ti ¿Crees en Dios?

—Me pones en un serio aprieto. Bueno... no es un problema que me planteo con frecuencia. Lógicamente, estoy bautizado, hice la primera comunión, mi madre rezaba conmigo todos los días cuando era niño, iba a misa con ella. Pero cuando empecé a decidir por mí mismo, fui olvidando las cuestiones religiosas que me resultaban más una tradición, una costumbre socialmente aceptada que había penetrado en mí o en nuestra cultura con el paso de los años —y perdona si te ofendo— con escaso fundamento. No lo he considerado una cuestión vital como tú o el eje de mi vida. Dime ¿Qué te mueve a creer y a vivir como crees, Almudena?

—No sé cómo empezar. Leí hace tiempo un libro de Gabriel Marcel que me dejó grabado en letras de fuego una frase que prácticamente lo dice todo «¿...tú no tienes la impresión de que esto que vivimos es un mundo roto? El resorte no funciona. Por el aspecto exterior se diría que nada ha cambiado. Todas las cosas están en su lugar. Pero si ello no lleva el reloj y trata de escuchar no se oye nada. El mundo es eso que llamamos universo, hace tiempo que no tiene corazón». A ese mundo roto, le falta Dios.

Mantuve un silencio reflexivo. Me vino inmediatamente a la memoria la frivolidad de Natalia, la doblez de Pablo, el egoísmo de la familia Monteagudo, mi padre con las partidas de cartas rodeado de mujerzuelas y el vacío moral de Carlos: como síntesis de todo ello, en el centro de ese círculo estaba mi imagen.

—Es cierto, Almudena. Lo resume todo. Creo que formo parte del grupo roto que narra Marcel; soy parte del engranaje de ese reloj frío, sin alma, con cada pieza en su sitio y ataviado de perfección huera: tanto oro; tanto oropel,

no funcionó en mi vida: no sé sentir ni vivir. Estoy contigo en eso: el tiempo muere y renace. Me gustaría renacer ahora...

— ¿No has sentido y vivido nada conmigo esta tarde? —comentó con cierta indignación Almudena.

—Perdona Almudena, lo he sentido todo y más. He tocado el cielo y no lo digo por el sexo, lo digo por tu alma. Hasta el momento no me había atraído una mujer por algo más que su cuerpo, ese matiz es lo que te hace extraordinaria.

—Gracias Manuel —dijo, Almudena mientras le acariciaba la mano, y le correspondía con un beso—. Todas esas personas que han pasado por tu vida son consecuencia de lo que llamamos en la postmodernidad, progreso. El progreso ha convertido la libertad en algo tan material que nos ha hecho prisioneros del consumo y del bienestar.

—Suenas bastante poco progresista tu discurso. Además, tampoco has ido al origen de mi pregunta ¿De dónde surge tu fe?

—Para entender mi vida, para entender al hombre, es necesario que nos planteemos el origen del mundo, lo que llaman los filósofos las causas primeras: lo primero que nos encontramos es con la naturaleza ¿cierto?

—Sí, Almudena, conforme.

—Y ante ella vamos a preguntarnos lo siguiente ¿la naturaleza ha sido creada por un Dios extra mundano? o quizá ¿Se ha generado a sí misma, por un dios o razón natural? Mi respuesta ante estas preguntas es contundente: la naturaleza es causa de un Dios extra mundano —dijo Almudena—. Nadie duda de la existencia de Jesucristo, como tampoco se duda de la existencia de Sócrates, Platón, Julio César o Alejandro. Y si la existencia de Jesucristo es real, cuestión que no discuten ni los más beligerantes agnósticos como Spinoza, tampoco debemos cuestionar su muerte y resurrección. El problema estriba en que esta sociedad se ha olvidado de que Jesucristo nació de la Virgen María, murió y resucitó para dejar respuestas a todas las incógnitas de la vida; las dudas y los caminos que llevan al hombre por senderos pedregosos hasta la felicidad plena.

—Bueno. Te entiendo, pero creer como tú crees es una gracia que no todo el mundo tiene —contesté a Almudena.

—No es así, es una búsqueda que todo el mundo tiene la libertad de iniciar si lo desea. El problema de la postmodernidad es que la búsqueda no se hace, porque se adoran otros dioses naturales: dinero, confortabilidad, reconocimiento social, coches, chalets o al Estado. No está mal que el



hombre viva bien, lo que está mal es que se olvide de los más necesitados para vivir bien y, que se centre en vivir bien, olvidándose de que vive para morir. Y cuando muera, si Jesucristo pudo resucitar, también cada uno de nosotros podemos resucitar en Él. Como decía no sé quién...cuando muramos nos examinaran del amor: esa es la base de la vida. Tengo la ventaja de que juego en casa, Portugal es un país bastante católico y tienen más claro que nosotros estas cuestiones —sonrió Almudena. Mientras brindaban con vino rosado Casa de Santa Eufemia de 10 años.

—Me hablas de la muerte con una naturalidad sorprendente. Yo no he superado aún la muerte de mi madre ¿Has perdido algún ser querido? —Sí, perdí a mi padre. Era militar y le adoraba. Me enseñó lo poco que sé y debo confesarte que no temía a la muerte. Lo difícil es el diálogo entre la muerte y el amor: la pérdida de un ser querido te somete a esa tensión profunda y hay que saber llevarla. Mi paz procede de admitir al hombre como un ser compuesto de cuerpo y alma, el cuerpo se corrompe, pero tu espíritu Manuel, es infinito. Mi padre vive, y le siento próximo —dijo Almudena con aflicción.

—Sí, perfecto Almudena —dije, mientras tomaba una ensalada y separaba cuidadosamente un lenguado con la pala de plata— ¿Pero ¿quién me da certeza de que mi madre vive?

—Imagínate por un momento que nadie muere: nuestra vida física se transforma en eterna ¿Crees que nuestro espíritu sería capaz de soportar la dureza de la vida eternamente? Entiendo que sería metafísicamente insoportable. La muerte llega para que el hombre viva al lado del Creador y, en la paz más armoniosa y alegre: la muerte es un principio no final —contestó Almudena.

— ¡Joder Almudena! pensar como tú, se me hace imposible: ¿Dónde entiendes que puedo notar y confirmar la existencia del Creador? —exclame, con la finalidad de acorralarle. —Yo lo veo en la propia naturaleza; al final, entiendo que es toda una razón superior una especie de Logos creador. Puesto que nada puede crearse así mismo, y el hombre por muy poderoso que se conceptúe, no es capaz de crear al hombre. Antes hubo de ser creado por un Ser superior ¿no lo ves así?

—Almudena. Respondes a todo. Me estás poniendo nervioso —me reí mientras alzaba la copa para brindar de nuevo con vino rosado, y la mirada furtiva se me escapaba entre los senos de Almudena—. Insisto...veo difícil dos cosas. Muy difícil para ser exactos, creer firmemente en la muerte y

resurrección de Jesucristo. Y vivir conforme a la fe en todos los actos de tu vida.

—Pues sí, es difícil —contestó ella—. ¿Tú te crees que yo he sido mejor que tú en mi vida? Te equivocas. He pecado millones de veces, pero mi vida se basa en darme cuenta de todo lo que hago mal; incluso mis acciones podrías considerarlas en algún caso, terribles; ahora bien, entiendo que si me quitan la posibilidad de sentirme perdonada la vida carecería de sentido y estaría al borde la frustración: no concibo saber lo que es el bien, hacer el mal sin tener opción y acceso al perdón en ningún caso. El arrepentimiento por mis enormes fallos me permite superar el mal, de este modo puedo crecer como persona. Con el perdón de Dios, puedo amar al prójimo y ayudarle en lo que me sea posible: lo que no implica que no sea peor que los pablos, natalias y cuantos amigos tuyos quieras añadir a la lista.

Brindamos otra vez, ahora, con una copa de Champagne... pagué la cuenta y solicité al camarero que nos pidiera un taxi para subir hasta el hotel...Entramos en la habitación, ya no había dudas ni incógnitas por resolver, me senté en la cama para quitarme los zapatos; Almudena se inclinó para besarme dejando ver el interior de su escote y volvió la pasión...

## CAPÍTULO 9

Sonó el teléfono, era la llamada de aviso de recepción a las ocho treinta de la mañana. Aquella noche dormimos escasas horas y nos despertamos entrelazados: sentía el calor de su cuerpo, la suavidad de su piel y el roce de su pecho. Almudena se levantó tambaleándose hasta el cuarto de baño, sonó la ducha y la escuché llamarme desde allí.

— ¡Manuel! ¿Qué te parece si pedimos el desayuno para que nos lo suban a la habitación? Así organizamos los planes del día.

—Perfecto Almudena.

Llamé al servicio de habitaciones por teléfono y solicité que subieran dos desayunos mediterráneos: fruta, café, zumo de naranja, mermelada y tostadas. Les pedí que tardaran una media hora. Fui al cuarto de baño y aproveché el momento para compartir ducha con ella; el vaho cubría el espejo del cuarto de baño, el agua hirviendo enrojeció nuestra piel y el fuerte olor a jabón de fresa unía nuestros cuerpos empapados, y sensualmente perfumados.

A las nueve en punto llamaron a la puerta. El camarero del servicio de habitaciones empujaba un carro redondo con ruedas y mantel blanco. Pedí que lo pusieran junto a los sillones de la entrada en la minisuite, le di una propina generosa al camarero y muy sonriente me dijo: muito grato. Almudena se acercó corriendo descalza y vestida únicamente con el albornoz blanco hacía la mesa de desayuno: su carrera era como la de los niños cuando salen al recreo de media mañana a comprarse un bocadillo. Yo la esperaba también en albornoz; revisando los bizcochos, dulces y tostadas que nos traían para desayunar. Nos sentamos en la posición del día anterior; ella, medio tumbada con los pies bajo mis muslos y yo correctamente en el sillón. Iniciamos nuestra charla con el pequeño festín matutino.

—Manuel. Había pensado que podíamos acercarnos esta mañana hasta Cascais y Estoril. Visitar el lugar donde murió Sanjurjo y la villa en la que organizó la Sublevación del 18 de julio de 1936. Así podré contarte en los

lugares exactos lo que ocurrió allí en torno a esas fechas: inmediatamente después de su indulto y antes del Alzamiento. Podemos estudiar el principio y el final de la historia que estás investigando, y mañana entramos directamente en el núcleo: el proceso de Sanjurjo. Si te apetece, incluso comemos por allí y al atardecer hacemos más planes sobre la marcha.

—Me parece una idea excelente —contesté a Almudena—. Me tienes intrigado con los detalles de todo lo que ocurrió, es como si se hubiera reencarnado en ti algún personaje de la época.

Terminamos de desayunar. Nos vestimos y pedí en recepción que nos subieran el coche de alquiler. Cogí en la entrada algunos planos de la ciudad y de la costa, para poder salir hacia Estoril. En unos minutos el aparcacoches estaba con el Fiat Punto en la puerta del hotel.

— ¡Bueno! ¡comencemos nuestro periplo! Debemos ir primero a Estoril, allí tenemos que localizar una vieja villa que se llama Santa Leocadia. Es una especie de casa palacio en la que vivió Sanjurjo con su mujer e hijos pequeños —Carlota y Pepito— durante su exilio a partir de 1934: después de que ganaran las derechas las elecciones y obtuviera el indulto del nuevo Gobierno. Por aquella vieja villa pasaron, políticos, militares, aristócratas y fue su centro de operaciones hasta el día en que murió, concretamente el 20 de julio de 1936. Traigo para identificar la casa una fotocopia del diario Estampa publicado el 1 de febrero de 1936, en el que aparecen fotos de la vivienda y de su familia: acompaña a las fotografías una interesante entrevista que le hizo su amigo Leopoldo Bejarano.

—Me vuelves a sorprender Almudena, eres una enciclopedia viviente, no sé de dónde has sacado tanta documentación e información. Vayamos primero hacia Estoril...

El trayecto fue muy corto, a los veinte minutos estábamos en Estoril. Almudena se bajó en una zona con afluencia de comercios próxima al casino, tal y como hizo Bejarano para llegar a la residencia Sanjurjo. Fue preguntado a los comerciantes de la zona, hasta que encontró a alguien que al parecer trabajaba en el Ayuntamiento de Cascais: le informó de la existencia de una vivienda unifamiliar —casi un palacete— que se llamaba o llama Santa Leocadia: debíamos encontrarla en las proximidades de Villa Giralda —antigua residencia de la Familia Real española—. Hubo suerte. Le confirmó que efectivamente fue la residencia del General Sanjurjo y permanecía intacta, debíamos llegar hasta Villa Giralda en Monte Estoril y descender unos cincuenta metros. Subimos entre calles estrechas rodeadas de mansiones

de época que recordaban un poco a San Sebastián o el antiguo Montecarlo. Localizamos Villa Giralda. Recorrimos en la misma acera unos cincuenta metros andando: en unos minutos estábamos en la puerta de Santa Leocadia. Nos bajamos del coche y pudimos asomarnos por el pequeño muro que separaba el jardín del exterior. Era una vivienda de grandes dimensiones; la primera planta estaba rodeada de enormes ventanales y puertas que formaban arcos apuntados —neogóticos—; la segunda planta tenía balconadas de arco de medio punto. Todo el edificio estaba cubierto por una terraza y, en el lateral sur se alzaba una torre en forma de almena. No había nadie en el jardín y la puerta estaba entreabierta. Almudena me empujó y entramos como si estuviéramos iniciando una travesura infantil. Pusimos cara de turistas curiosos por si nos sorprendían: en ese caso, usaríamos la socorrida excusa de la investigación que llevábamos acabo. Estábamos seguros de que no era la primera vez que alguien se interesaba por el pasado de aquellas paredes que tanto escondían sobre la historia de España. Vimos un banco verde y un columpio-balancín de descanso, con asientos de dos a dos uno frente a otro. Nos sentamos juntos apoyando los pies en los asientos contrarios del balancín. Almudena sacó un periódico amarillento, medio deshecho por la humedad. Comenzó a leer y explicar los sucesos de aquella vivienda fantasmal, mientras pasaba mi brazo por encima de sus hombros y observaba los documentos que había colocado perfectamente ordenados sobre sus piernas.

—Prepárate Manuel. Escucha lo que te voy a contar ahora, si de verdad te gusta la historia, te va a sorprender. Bejarano consiguió una entrevista exclusiva con el General para publicarla el 1 de febrero de 1936 en el periódico la Estampa. Observa como curiosidad, que se publicó tan solo seis meses antes de que estallara la guerra. Por tanto, los mismos meses antes de la muerte Sanjurjo. Allí queda constancia de muchas cosas que encajan perfectamente con lo que sucedió en julio del 36. La entrevista la hizo unas horas antes de que saliera el General con su esposa para hacer un periplo por Europa; mira lo que dice aquí Manuel —Advirtió Almudena señalando con el dedo el periódico—:

«— ...has sabido que me marchó a Alemania — Ignoraba tu viaje, ¿cuándo te vas?

— Mañana mismo

—Y, ¿a qué vas?

—A divertirme, a que Maruja conozca Alemania. A dar una es- capada

por el mundo. La llevo a las Olimpiadas de Garminsch. Estamos invitados por unos primos que viven en Hamburgo... ella es una Sanjurjo y está casada con un alemán, alto empleado de una compañía de Navegación, dueña del Monte Sarmiento, el buque en el que nos marchamos.»

— ¿No te parece curioso que Sanjurjo se fuera para Alemania unos meses antes de que estallara la guerra?

—Sí, pero no solo dice eso, parece que efectivamente iban a hacer un periplo de placer. Quizá sea una coincidencia. Mira este párrafo... dice que irán a Hamburgo, Berlín, Múnich, la Olimpiada y Holanda. Quizá estaban intentado disfrutar juntos de unas vacaciones, después de haberse liberado de una condena a muerte que les iba a separar para siempre —dije, mientras se balanceaban en el columpio, y escuchaban el chirrió de las bisagras oxidadas por la humedad y el desuso.

— ¿O quizá estaba buscando apoyos económicos para el Alzamiento? Te voy a enseñar algo más...

—Replico Almudena.

Sacó un paquete con postales de su bolso, venían fechadas en febrero de 1936.

—Mira Manuel: ésta postal la escribieron en el Hotel Metropole en Múnich, va dirigida a sus hijos. Estas otras están escritas en Colonia; Garmisch; Viena. Observa qué datos más curiosos: ésta la escribieron en Berlín desde el Hotel Der Furstenhof. Aquí tengo otra postal escrita desde el Hotel Never Jungfernstieg en Hamburgo; por tanto, en esta ciudad no fueron a casa de sus primos navieros —así que, Sanjurjo estaba equivocando a Bejarano y sus lectores—. Aunque efectivamente estuvieron en Bruselas, París y Rotterdam: mira cada una de estas postales —Almudena fue pasando una a una cada tarjeta, enviadas desde los hoteles en los que se habían hospedado—. Todas están manuscritas, se remiten a su hijo Pepito y su bebe Carlotita... No deja de ser extraño que, con un bebe de tan solo unos meses, hagan un viaje tan largo y, a escasas semanas del Alzamiento. Otra curiosidad: por todos los sitios que pasan la sublevación obtiene apoyos.

—Cierto, Almudena... pero esto indica, exactamente lo que has visto. Es decir, Sanjurjo estuvo en Alemania antes del Alzamiento —dijo Manuel—: puede ser que, por asuntos personales, aunque me estás haciendo dudar. ¡Pero bueno! ¿Me puedes aclarar cómo has obtenido todos esos documentos personales?

— ¡No seas impaciente! ¡Ya te lo diré! Previamente a este viaje por

Europa de Sanjurjo hubo una cena en nuestra ciudad, Lisboa. La cena se celebró en el Hotel Hispano-Americano y acudieron Javier de Borbón —Tradicionalista—, Manuel Fal Conde y Aurelio González de Gregorio; allí se acordaron las bases del Alzamiento. Mira este documento: «nota autógrafa del diario del General Sanjurjo...»

— ¡No puedo más Almudena! ¿Cómo tienes todo eso?... ¡Es un auténtico tesoro histórico! —dije casi enojado.

—Ahora te contaré algo nuevo —se ríe Almudena a carcajadas—. Tuve ocasión de estudiar algunos movimientos y transacciones económicas de los grupos que promovieron el Alzamiento, simultáneos al periplo de Sanjurjo. Cuando lleguemos a Madrid te iré enseñando la documentación original, para que puedas organizar el ensayo. El carlista Antonio de Lizarza y Goicochea, fueron a Italia en 1934 siguiendo instrucciones de Sanjurjo con el fin de entrevistarse con Mussolini para obtener armamento y financiación. Una comisión de varias personas, estuvo buscando fondos y material bélico, precisamente en los sitios por los que pasó Sanjurjo: París, Bruselas y Hamburgo. En Bélgica se fletó un barco por mediación de José Luis Oriol con armamento para apoyar la Sublevación. Sanjurjo era un militar, no un financiero; intuyo que para poder mover el dinero que iba y venía de toda Europa, tenía el apoyo de uno de sus amigos lusos más apreciados: un banquero apodado «El Príncipe Renacentista» que pudo marcarle las directrices económicas. Desde luego, necesitaba tener cuentas bancarias fuera de España, mover los fondos, realizar pagos y, todo ello con claves secretas para no ser localizado por el Gobierno de la República. Éste secreto está guardado también entre los rincones de Villa Leocadia.

— ¡Sorprendente! pero eso no tiene mucho que ver con el Proceso Penal Sumario de Sanjurjo, son hechos posteriores.

—Todo llega. He de contarte, por qué los sublevados toman la decisión de alzarse contra la República y lo que ocurrió en aquel proceso. Pero antes, vamos a visitar el lugar dónde murió Sanjurjo. Según los documentos que vamos analizando no cabe duda de que era el jefe del Alzamiento y, esta vez, no se le coló un espía en su propia casa, como le ocurrió en 1932.

— ¿Qué espía? ¿Quién se le coló en su casa? —dijo Manuel intrigado.

—Azaña sabía perfectamente quién, cuándo y cómo se iban a sublevar el 10 de agosto de 1932. El engranaje de los servicios de espionaje funcionó a la perfección: consiguió introducir una persona en la misma casa de Sanjurjo; fue alguien capaz de filtrar todos los movimientos, llamadas, contactos y

estrategias que iba realizando. Eso le permitió al Presidente abortar la Sublevación; pero a partir de 1934 las cosas cambiaron y el Gobierno perdió el control no solo de los opositores, sino también de sus más acérrimos seguidores.

Le di un beso a Almudena en aquel columpio a la sombra de dos enormes castaños y una acacia florida. Nos levantamos y fuimos hasta el coche para visitar el lugar del accidente que le costó la vida a Sanjurjo. Tardamos unos cinco minutos en llegar a la Rua de Santa Cruz en la Pedanía de Areia (Cascais): había un sencillo monolito que indicaba el lugar donde perdió la vida el General. Almudena estuvo callada casi diez minutos, su silencio era rompedor, ardiente, casi monacal, pero infranqueable. Por fin me miró a los ojos y, con su mirada de pincelada naif, me propuso marcharnos para comer algo.



## CAPÍTULO 10

Los desplazamientos eran cortos y nuestra conversación intensa. Decidimos ir a comer en algún lugar con vistas al Océano. Encontramos un restaurante llamado Monte Mar. Entramos en una sala construida sobre las rocas: la decoración quedaba perfectamente integrada en la naturaleza; lo que permitía disfrutar de la comida en armonía con la luz del océano. La síntesis entre arquitectura y naturaleza formó un halo de estética en nuestra conversación. Almudena me cogió la mano, taciturna, con un comportamiento algo distinto al que había mostrado desde que la conocí. Parecía disfrutar de la paz de aquel entorno, como si quiera robarle al tiempo ese momento, sorberlo, llevárselo consigo. Yo, también quise abrazar ese momento. Los ojos de Almudena batallaban con el brillo del mar: su azul intenso, acuarelado y profundo, casi despreciaba el brillo de la luz sobre agua alta del Atlántico. Eran dos mundos al acecho: dualidad de naturalezas en pugna sin tregua.

—Hemos hablado mucho de todo. Hablemos de nosotros, Manuel.

— ¿Qué puedo decirte? si me tienes perdido y fascinado con tu envolvente personalidad: tu inteligencia, tu honradez, tu cuerpo y en especial, con tus ojos —le dije casi con resignación a Almudena—. No sé si eres un sueño, un ángel o un milagro.

— ¿Qué es lo que más deseas? —dijo Almudena, después tomó una copa de vino, y esperó la respuesta de Manuel.

—En este momento nada. Solo vivir. He estado muerto durante muchos años y contigo estoy descubriendo lo que es la vida y, por qué razón merece la pena vivirla. Quizá querría una cosa más, verte pasear por la Alfama.

— ¡Venga, en serio! si soy yo la que ésta viviendo ese sueño del que hablas. Anoche en tus brazos, pasé el momento más feliz que recuerdo ¿No seré una más en tu vida? ¿Otra Natalia?

—Almudena. Gracias a ti, he abierto los ojos a un mundo nuevo, distinto. Me he dado cuenta de muchas cosas. Mi vida se ha basado en una libertad falaz, que en ningún caso se ha centrado en la búsqueda imposible, pero necesaria, de mi propia perfección moral. Cuando salí de Madrid dejé a mi

socio Pablo, un expediente que diseña la forma de destruir una familia anegada en el egoísmo, el afán por «tener» a costa de lo que sea y como sea. Otro asunto, cuyo objeto trata de establecer los mecanismos legales para que una empresa de inversiones, logre aprovecharse de sus clientes con el menor riesgo posible y eximiéndoles de responsabilidad penal. Me levanté de la silla en un despacho de mercaderes —entre los que me incluyo— que en ningún caso buscan la Justicia, solo su propio bienestar. Almudena, tus principios me están dejando en evidencia con un solo arma: el amor. El amor que te tengo y a través de éste poder, el amor que he de tener al prójimo. Tus besos son una tesis sobre la metafísica del bien y del mal ¿Qué quieres que te diga? El lunes comienza el resto de mi vida: seré un hombre nuevo con un proyecto distinto que todavía no sé dónde me llevará, pero al menos poseo la certeza de que saldré de un mundo aciago. No quiero ser parte de ese «mundo roto» del que me hablabas. Tengo que cambiar mi vida y purgar el mal que he podido hacer.

—Manuel, te quiero. Te quiero y no me equivocaba. ¿Ves cómo tenías la mitad de la cara cubierta como el Cristo de Velázquez?; esa mitad oculta, ahora está aquí, en ésta mesa, disfrutando de la naturaleza participada por Dios: ese Océano inmenso que el hombre no pudo crear, a pesar de que se creé capaz de hacer eso y mucho más ¿Qué te parece si damos ese paseo por Alfama?.

Salimos cogidos por la cintura, le di un pequeño azote en el trasero y fuimos caminando hasta el coche que se encontraba junto a la playa. Volví a besarle y Almudena me atrajo hacía ella empujándome fuertemente por la cintura desde mi espalda. Le abrí la puerta del coche y nos pusimos en marcha dirección Lisboa.

Comenzamos a subir caminando por la Rua Rosa entre adoquines y asfalto, en calles flotantes entre el Atlántico y tierra firme. Rincones donde se esconde la luz y nace lo más sencillo y hermoso de la naturaleza: la vida cotidiana de los hombres más sencillos, aquellos que entre sus canas y arrugas en la piel acumulan la historia de su pueblo. Paramos en una vieja frutería; Almudena cogió una manzana que le ofreció la tenderá con esa cortesía decimonónica de los lisboetas. Mientras clavaba sus dientes y los labios se confundían con el brillo rojo de la fruta: pude sacarle una foto de abajo arriba al cruzar el viejo Tranvía 28 de color amarillo pálido y blanco; tan cargado de personas, como de sueños, poesías y recuerdos. Los ojos de Almudena recogían el reflejo de los azules robados en las fachadas milenarias

y cielo de la Alfama. El perfil de Almudena cortó el viento y mi respiración por el impacto de su lozano bronceado, y la luz que devolvía al sol los rayos que recibía la melena corta y rizada, deslizada por el cuello de su chaquetón de piel. Su espalda recta descendía hasta terminar en el pantalón donde se formaba una media luna,

perfecta y erguida... Llegamos al mirador de São Jorge, donde Saramago hizo volar sus sueños sobre la neblina que cubría la desembocadura del Tajo. Almudena retomó su historia.

—Aquí venían Maruja y Pepe Sanjurjo para avivar su amor. Por estas calles fueron recordando los duros momentos que vivieron desde la sentencia de muerte hasta la Amnistía y exilio en Portugal.

—Somos un poco Pepe y Maruja, nosotros en este momento ¿no te parece Almudena? Cuéntame ese paseo del matrimonio bajo el cielo de la Alfama. Seguro, que lo sabes...

## CAPÍTULO 11

—Pepe ¡Que paz se respira aquí! después de los dos años que hemos pasado. ¿Por qué sigues en la lucha? Ya te traicionaron el 10 de agosto de 1932, no quiero volver a verte en esa situación: sentado en aquel banquillo como un criminal. No quiero ir de nuevo a verte desde una montaña paseando en el patio del Penal del Dueso; no quiero que los niños vean a su padre con prismáticos vistiendo uniforme carcelario, como nos ocurrió a Carmen y a mí. Eso otra vez ¡No! Ni siquiera pude estar contigo en el Juicio Sumarísimo en el momento en que te notificaron la pena de muerte en el Palacio de las Salesas: para mí eso fue peor que mi propia muerte.

—Desde luego Sumarísimo fue y muy Sumarísimo: siete Magistrados para ventilar el caso que estaba prejuzgado de antemano y sin garantías procesales —dijo Sanjurjo, con el fin de politizar la conversación y desviar así la atención de Maruja—. Ya sabes cómo es España, nos están matando desde el Gobierno y los monárquicos no reaccionan ni se comportan como leales. Un caso claro Maruja, fue el de la acusación que intervino en mí proceso, El Fiscal Martínez Arango, recordaras que fue senador monárquico. ¡Hasta el Fiscal abandonó sus principios y se vendió a la República!: ni la extraordinaria intervención de mi buen amigo y abogado Paco Bergamín sirvió para aclarar algo el asunto. Lo de menos era la práctica y garantías procesales, lo relevante era la sentencia. Dentro de los cuatro grados que contempla el Código Penal me aplicaron el cuarto grado, delito consumado. Al menos pude decirles lo que opinaba del proceso: «Estuve prisionero de los moros; varias veces me pusieron al pecho el cañón de los fusiles para matarme, pero ¡jamás me insultaron! hoy se ha dicho aquí que ¡no tenemos honor!» Me dijeron de todo, menos argumentos jurídicos, fue un Juicio simplemente político.

—El indulto llegó porque tenía que llegar —dijo Maruja—, sabían que la ejecución de la pena provocaría la indignación de todos los militares de España, incluso alcanzaría hasta los que te traicionaron. No quisiste hablar, no diste ni un nombre. Al menos entendieron lo que significa ser General y honrado.

—Sí, las garantías constitucionales no existieron en ningún momento; incluso legislaron para aplicar sanciones después del Juicio. Azaña se lanzó al ruedo Ibérico con aquella frase dirigida a mí: «prefiero crear mendigos y no mártires». Inmediatamente aprobó normas para expropiar sin indemnización las fincas rústicas y de cultivo de los que intervinimos en Alzamiento. Desde luego a nosotros poco nos van a expropiar ¡no tenemos ni una moneda más de lo que he ganado como militar! La depuración que hicieron después fue una excusa para convertir España en un país sin propiedad privada y destruir a la oposición republicana de derechas. Los expropiados no tenían nada que ver con la Sublevación del 10 de Agosto de 1932; tampoco los embajadores destituidos, los ministros plenipotenciarios jubilados, ni los secretarios de embajada expulsados de su cargo. El Golpe les sirvió para comenzar la Revolución Socialista expropiando los bienes de la nobleza; consumaron su propia sublevación con el levantamiento armado de Asturias y Cataluña. Si realmente los 144 deportados por participar en el 10 de Agosto hubieran colaborado con el Alzamiento hoy no estaríamos aquí, Maruja. No han parado hasta hace unos meses los procesos contra quienes «dicen» que colaboraron conmigo; evidentemente, todos esos procesos se realizaron sin garantías probatorias: fueron una falacia legal, una técnica revolucionaria de la República. Y no un cúmulo de Juicios Sumarísimos con base legal, como se dice por medio de la propaganda republicana.

Hasta Gil Robles dio la cara en este asunto enviando una carta a la prensa en la que explicaba que «no asistió al pleno de la confiscación de fincas, porque estuvo ocupado visitando y atendiendo a sus amigos presos».

Desde el mirador, se apreciaban los barcos de pesca saliendo a faenar por la desembocadura del Tajo. El sol deslumbraba la vista de Maruja, que escuchaba con atención a su marido mientras le cogía la mano apoyada en el muro piedra, que aseguraba a los visitantes del Castillo de São Jorge. Maruja y Pepe, bajaron callejeando por la Alfama hasta la Praça do Comercio donde les esperaba Carmen con Pepito, que correteaba de un lado a otro con dos amigos lisboetas.

## CAPÍTULO 12

Comenzamos a pasear por la Alfama descendiendo hacía Chiado. Nos entretuvimos escudriñando entre turistas, lisboetas y bohemios: comercios de anticuarios, floristerías, tiendas de bisutería artesanal... Un vez en Chiado decidimos no marcharnos de Lisboa sin escuchar fado en algún local en el que se respirara la auténtica sinfonía de cultura portuguesa.

—Te voy a pedir un favor, Manuel —acompañame a misa—. Es sábado, me gustaría descansar mis pensamientos en Dios y, compartir con Él éste momento tan especial de mi vida. Si te parece visitamos los Jerónimos y vemos la tumba de Pessoa y Camoes. —Por ti iré donde haga falta y tú quieras... Aunque debo avisarte de que es la primera vez que entro en una Iglesia para algo que no sea una boda o un funeral —le advertí— ¿Si te parece vamos en taxi?

Fuimos a los Jerónimos. Almudena, me iba explicando el estilo manuelino con sus elementos arquitectónicos gótico tardío y renacentistas. Entramos en misa a las siete de la tarde, todavía quedaba un cuarto de hora para el inicio y tuvimos tiempo para maravillarnos con la bóveda central: mucho más deslumbrante por dentro de lo que se esperaba viendo la sobriedad exterior; la luminosidad y las ojivas que reparten el peso de la bóveda emulaban el brillo frondoso del pelo de Almudena. Ella estaba radiante levantando la mirada al techo infinito. El edificio contenía «todo» transformado en metáfora gracias a la luz y la ornamentación: el hombre; cada elemento armonioso de lo natural —plantas, el agua, la luz, la tierra—; el camino hacia Dios en la planta de cruz latina; al fondo del altar El en lo más alto, observando la creación. Así descubrí que Almudena era exactamente eso: una catedral gótica. Comenzó la misa. Nos sentamos en los primeros bancos, el sacerdote inició las oraciones en portugués con esa mesura aterciopelada del idioma. Si no era capaz de seguir una misa en español, mucho menos en otro idioma; no ocurría lo mismo con Almudena, fue siguiendo cada momento y contestando cada oración en castellano, como si estuviera escuchando una lengua universal. Le acompañé en los movimientos que tocaban en cada momento e intenté hablar con su Dios, como lo hacía

ella...No entiendo muy bien por qué, pero algo renacía en mí, sería su Dios o el amor que sentía por ella: quizá su Dios era eso, amor.

Terminamos la misa y revisamos la Moleskine de Almudena en la que había tomado nota de algunos sitios donde podíamos cenar y escuchar buen fado. Optamos por ir a un local bucólico y lo más intimista posible, Cristal Fados. Eran las nueve y media, nos habían reservado mesa desde el hotel; entramos en el pequeño local iluminado casi en su totalidad por la luz de las velas reflejadas en un gran espejo. El brillo relucía en la tez de Almudena, sus ojos azules parecían aún de mayor intensidad y las olas del pelo hechas en oro vivo tenían un brillo puro y limpio. Veíamos el reflejo de nuestras caras y el movimiento de las manos a través del espejo, como si en la mesa estuviéramos nosotros y nuestros dobles, el baile de la llama duplicaba la luz de la vela. Cenamos, bebimos vinho verde con el sonido de fondo suave y melancólico de los fados de Lisboa y Coimbra. La armonía envolvente de saudade: metafísica del amor, incomprensión de la vida y nihilismo decadente. El fado me evocó la historia de mi vida, un lamento sin esperanza. La cena fue un resumen de nuestra breve experiencia y, para mí el debate entre dilatar el momento o marcharnos lo antes posible para revivir el amor de Almudena la primera noche inolvidable que pasé con ella. Quería hablar y dejar de hacerlo, hacer el amor, y seguir bebiendo cada minuto en Lisboa. La miraba y escuchaba, a su vez deseaba tomarla por completo. Recordamos la visita a Santa Leocadia.

—Almudena, dime algo con sinceridad ¿Simpatizas mucho con José Sanjurjo y Maruja? Incluso parece que tienes una cierta aversión a la República.

—Te seré sincera. Sí, simpatizo con la historia de amor de los Marqueses del Rif. Pero, no tengo aversión a nada ni a nadie, te cuento las cosas como las vieron ellos... podíamos leer en otro momento como las vio una familia del otro bando.

—Insisto ¿Por qué organizó el levantamiento de 1936? ¿Qué ocurrió en Santa Leocadia entre 1934 y 1936? —le pregunté a Almudena, sinceramente intrigado.

## CAPÍTULO 13

Maruja estaba en el jardín de Santa Leocadia con Pepe. Llamaron a la puerta y abrió Carmen.

—Hola, buenas tardes ¿Podría hablar con el General? Dígale que soy su amigo don Antonio de Lizarza.

—Pase, le están esperando.

—Buenas tardes Antonio. Me alegra mucho tener aquí. Permíteme que te presente a mi esposa, María Prieto.

—Mucho gusto, doña María. Es usted tan bella como la habían descrito.

—Dejemos las formalidades. Muy amable Antonio. Si le parece le pido a Carmen que le traiga un Oporto y algo de picar —Dijo Maruja.

—No faltaba más, estaré muy agradecido.

— ¿Qué noticias traes de la patria? —Introdujo, el General la conversación con cierta ansiedad.

—Ya sabes lo que ocurrió después de la derrota electoral de la izquierda en noviembre de 1933. Largo Caballero y los bolcheviques no aceptan de buen grado el resultado. Y, están agitando desde que saliste de España a toda su gente para instaurar la Revolución Socialista; concretamente las juventudes están organizadas con fines revolucionarios y antidemocráticos.

—Eso me consta. Me tiene perfectamente informado Pedro Sainz Rodríguez. Después de haber ganado las elecciones Gil Robles ¿cómo ha reaccionado al no haber sido convocado para presidir el Gobierno?

—Como un verdadero pero brillante, pusilánime. La izquierda lo tacha de vaticanista y fascista y, no reconocen el resultado electoral ¿No sé si debería escuchar esto María, mi General? —No te preocupes, ha pasado de todo, casi es mejor que esté al corriente de lo que ocurre en España —dijo Sanjurjo.

—Si queréis me retiro, por mí no hay inconveniente —contesto Maruja, introduciéndose en el diálogo.

—De ninguna manera María —dijo Lizarza—. Tenemos constancia de que el 3 de febrero de 1934 germinó un Comité Nacional Revolucionario con el fin de organizar una Insurrección contra el nuevo Gobierno de centro-derecha. Todavía estabas en España, General, cuando se constituyó el Comité



formado por el PSOE, la UGT, grupos nacionalistas y masonería. Azaña vino a diseñar la sublevación con el centro de operaciones en Cataluña. Parece que Besteiro es el único que pretende poner un poco de cordura en la izquierda.

— ¿Qué pretende este grupo? ¿Qué consecuencias puede traer ese movimiento revolucionario? —Interrumpió Maruja.

—María... Largo Caballero está prodigándose en todos los foros defendiendo la dictadura del proletariado: lo dejó muy claro en XIII Congreso del Partido Socialista y nuestros informadores nos aseguran que tiene todo el apoyo del Kremlin para la rebelión. Como consecuencia de todo este marasmo, surgieron los procesos revolucionarios de Cataluña y Asturias. Sabemos que el Gobierno de España tenía intención de vender a los socialistas portugueses un barco llamado Turquesa con más 18 toneladas de armas para acabar con el Gobierno de Salazar, estas armas al final las han comprado los socialistas españoles. El Partido Socialista está armado para iniciar una verdadera revolución.

— ¡Me asustas Antonio! —dijo Maruja.

— ¿Cómo te fue el viaje a Italia, Antonio? Tuvimos dos entrevistas, la primera con el Coronel Longo, que preparó una segunda con el Mariscal Italo Balgo y, éste nos acompañó hasta reunirnos con Mussolini. Seguimos tus instrucciones al pie de la letra en cada momento; allí comparecimos el General Barrera en nombre del ejército, y, Rafael Olazabal conmigo, en nombre de la Comunión Tradicionalista Carlista: resultó la reunión bastante cordial, duró unos tres cuartos de hora y las condiciones que nos puso el Duce fueron dos: debíamos restaurar la monarquía y el Rey no podía ser Alfonso XIII. Le dijimos que habría un Rey carlista. Nos prometió dinero y armas para hacer frente al proceso revolucionario que se ha iniciado en España.

—Muchas gracias por todo, Antonio.

La conversación se mantuvo durante unas horas en las que se habló de todo un poco, hasta que Antonio de Lizarza se despidió y marchó rumbo a Lisboa.

—Pepe, Lizarza le prometió a Mussolini que no se restauraría la monarquía con Alfonso XIII ¿Cómo es posible? ¿Qué vais a hacer al respecto? —dijo Maruja.

—Este es un tema complejo: tengo que coordinar con Mola —que no simpatiza con la monarquía—, carlistas, alfonsistas, falangistas, militares; y con la derecha desengañada de la República. Solo un Directorio Militar como

el que hizo Miguel sería viable para poner orden en el proceso revolucionario republicano. He propuesto ocupar la presidencia de un Directorio Militar con la anuencia de todas las partes implicadas. Lizarza se encargará de actuar como enlace con Mola, Fal Conde y el resto de las fuerzas. Quizá el general que más problemas va a provocar será «Franquito que es un cuquito»: siempre que le hago esta broma se ríe, pero... ¡maldita la gracia que me hace!: me mira con doblez, porque sabe que le tengo calado desde la Guerra de África y, en especial después de ponerse de perfil cuando le pedí ayuda personal después del 10 de agosto. No obstante, le diré a Lizarza que cuando el asunto esté maduro, organice una cena en Lisboa con el Príncipe Javier, Fal Conde y González de Gregorio. En esa cena puedo cerrar los últimos flecos de unidad frente a la República si Franco ¡por fin! se suma al Alzamiento, puesto que duda y duda. En paralelo, Pedro Sainz Rodríguez coordinará, sobre todo con los sectores alfonsistas y cedistas.

La situación en España esta insostenible, debo contener a los distintos grupos políticos para que no se levanten de forma aislada, ni contesten a los asesinatos o algaradas. Te aseguro que no es tarea fácil aplacar a los falangistas o carlistas: cada vez que matan o agraden a uno de los suyos contestan con pistolas.

## CAPÍTULO 14

Cogimos el coche y fuimos de regreso al hotel. El aparcacoches se ocupó de bajar el vehículo hasta el parking. Recogimos la llave de tarjeta en recepción y subimos en ascensor hasta la habitación 303. Saqué unas copitas de ginebra, tónica y frutos secos de la nevera; y preparé un par de gin-tonic mientras Almudena se quitaba sus zapatos planos de ante.

—He pasado un día absolutamente maravilloso, Manuel. Necesito una ducha de agua muy caliente para relajarme, porque tantas horas fuera del hotel me tienen tenso hasta el último músculo de cuerpo.

—Yo también, pero el mejor momento de este día es éste... ahora que te tengo para mí.

Se levantó descalza y fue quitándose la ropa mientras caminaba hacía el cuarto de baño, dominaba a la perfección su capacidad y fuerza de seducción. La seguí como un perrito hasta la ducha, que abrió cuando estaba completamente desnuda. El vaho inundaba el cuarto de baño. Bajo el chorro de agua caliente levantó su cara hacía la lluvia ardiente que caía con enorme fuerza sobre su rostro y la mampara transparente. El cristal de la pantalla me desvelaba su imagen onírica. Me desnudé, entré con ella y la abracé desde su espalda mientras le enjabonaba cuidadosamente...

## CAPÍTULO 15

Nos levantamos algo más tarde que el día anterior, Almudena dormía con su pierna sobre mi cintura formando un ángulo de noventa grados. Me desperté una hora antes de que sonara el teléfono con el aviso horario encargado a recepción: solo con un fin, mirarla... y grabar su imagen incorruptible en la memoria para siempre. No quería despertar de aquel sueño, codiciaba recordar hasta el último de sus besos; incluso el más velado en el humo errante de la noche, aquel que se perdió, y no sé dónde se escondió, o en qué momento lo recibí. Nos llamaron de recepción a las nueve y media de la mañana. Pedí el desayuno e hicimos lo mismo que el día anterior: nos duchamos y esperamos a que nos subieran el desayuno para tomarlo juntos en albornoz mientras organizábamos el día.

Nuestro amor se había encarnado en sexo, confianza y complicidad, un átomo, algo concentrado, una fusión espiritual y física inquebrantable. Nos fuimos tomando las uvas servidas en un recipiente de cerámica portuguesa, decorado a mano, y colmado de mandarinas, naranjas, manzanas y plátanos. Nos dimos de comer la fruta el uno al otro mientras hablábamos. Mi atención huía de la conversación para centrarse en el albornoz semiabierto de Almudena, quién consciente de la situación, jugaba con mis intenciones henchida de picardía y sensualidad. Me propuso algo que era imposible rechazar, aun- que para mí era inverosímil negarle cualquier cosa. Ir ese domingo a pasar parte del día en Sintra: el nido de amores, como lo llaman en Portugal.

Me senté junto a ella mientras se secaba el pelo y tomaba su textura natural, veía sus ojos a través del espejo y percibía los trazos de su cuerpo. No tenía intención de separarme de ella ni un instante, si me fuera posible la tendría en mi vida para siempre. Era como ángel de la guarda. Un milagro que me había hecho su Dios para quitarme de un plumazo todo mi desconsuelo.

Nos vestimos y bajamos a recepción para solicitar un plano de carreteras, y, consejos útiles para llegar hasta Sintra y visitar algo distinto al itinerario turístico habitual. Esta vez Almudena tenía ganas de conducir. Nos subieron el coche hasta la entrada principal del hotel; e iniciamos la ruta siguiendo las instrucciones del recepcionista para salir de Lisboa de la forma más sencilla y rápida hacía Sintra.

El trayecto fue corto, dejamos el coche a la entrada de la ciudad y comenzamos nuestro paseo por la zona antigua. En una escaparate vimos la réplica del escudo de la familia Barón de Eschevege que recogía todo un fado, nuestra historia de amor, o la de Pepe Sanjurjo y Maruja: «Ó mar salgado, quanto deo teu sal são lágrimas de Portugal». Entramos en una café céntrico, escogimos mesa junto la ventana desde donde podíamos charlar y comentar curiosidades sobre las personas que iban pasando junto por la calle al otro lado del cristal.

—Manuel ¿qué vamos a hacer cuando volvamos? ¿Esté momento maravilloso lo vamos a olvidar con la rutina? ¿Seré tú nueva Natalia?

—No, de ningún modo. Algo nuevo ha nacido en mí contigo y no quiero que se pierda. Terminarás de contarme la historia de José Sanjurjo y Maruja, escribiré ese ensayo sobre el Proceso Penal Sumarísimo; o simplemente, escribiré lo que sea... voy a abrir las puertas mi vida de par en par a todo aquello que se las tenía cerradas hasta ahora —le dije convencido a Almudena.

—Perdona Manuel ¿qué puertas tenías cerradas? concréteme tus planes: no me escondas nada, no me hagas daño, te lo ruego.

—No te haré daño nunca, no sé ni cómo te lo planteas. Tengo cerradas las puertas a la verdad, al amor, a la felicidad, a tu Dios...abriré las puertas de forma radical a la búsqueda de la belleza.

— ¿Qué entiendes por verdad? Manuel.

—No juegues conmigo Almudena —dijo Manuel, con sonrisa de medio labio—. Tú me has enseñando que hay verdades intemporales, profundas, eternas. Y verdades de tránsito, perennes: como esos bosques maravillosos que desbordan los jardines románticos de Sintra; repletos de alcornoques, castaños, robles y encinas que circundan este paisaje hipnótico. Todo es tan maravilloso como efímero. Son las verdades eternas las que me interesan ahora.

—Perdona, yo no te he enseñado nada —dijo Almudena—. Me limito a ser como soy y, a vivir como siento y creo. Eres tú el que está buscando. Me

apasiona Unamuno, Manuel, permite que te lo cite para dar respuesta a tú búsqueda: «Y, he llegado a pensar que por nuestro cuerpo van desfilando diversos hombres, hijos de cada día, y que el de hoy se devora al de ayer como el de mañana se devorará al de hoy, quedándose con alguno de sus recuerdos, y que nuestro cuerpo es un cementerio de almas. ¡Cuántos hemos sido!»

Yo me he sentido como tú muchas veces: he enterrado mi ayer, millones de veces, y, empezado un mañana que devoró el presente, otras tantas. También soy un cementerio de almas; pero las almas nuevas saben perdonar a las que cayeron por sus defectos e imperfecciones, y que con valentía miran el mañana. Creo que debes perdonarte a ti mismo, perdonar a Pablo, a Natalia, a tu hermano y padre, y seguir adelante como un hombre nuevo, cargado de ilusión y esperanza en busca de ese bien, de esa belleza a la que has hecho mención.

La conversación transcurría entre el té con pastas y un zumo de naranja. El camarero me acercó la cuenta que le había pedido con cierta solemnidad. Pague seis euros por la media mañana que tomamos. Y dimos un nuevo paseo por Sintra serpenteando entre callejuelas, palacios y mansiones, hasta fundirnos en la atmósfera romántica de la localidad: la niebla iba cerrando el paisaje, se elevaba entre los edificios y la humedad penetraba cruel en nuestros huesos. Visitamos todos sus jardines, calles y monumentos: Palacio Real, la Iglesia de Sao Martinho y el famoso Palacio da Pena con sus maravillosas salas neo mudéjar y jardines románticos. Hubo tiempo para comer y, retomar nuestra historia.

Aquellas callejuelas, escondían el amor de Pepe y Maruja. Cuando querían tener un mundo aparte para ellos, siempre les quedaban los paseos por Sintra; refugiados y perdidos en las policromadas y olorosas tardes de primavera en los Jardines da Pena. Allí, no existían conspiraciones, presiones, tiroteos... Sintra era su mundo aparte, como ahora lo es para nosotros: un halo, un sueño, la fusión entre lo natural y sobrenatural; belleza en sentido pleno.

Aquel día de domingo fue expirando lentamente; regresamos a Lisboa al atardecer, nos quedaban unas horas para pasear por el Barrio Alto donde estuvimos tomando las últimas tapas y visitando el exterior de la Iglesia de San Telmo, San Pablo y la Encarnación y Loreto. El tiempo se iba acabando... Ya solo quedaba recoger nuestras cosas y preparar el regreso que haríamos al día siguiente a las nueve de la mañana. Facturábamos a las ocho,

teníamos que madrugar. Era mejor irnos pronto al hotel para descansar y organizar nuestra vuelta.

## CAPÍTULO 16

A las seis de la mañana, nos levantamos raudos para organizar la salida hacia el aeropuerto. Nos dio tiempo para tomar un café, realizar los trámites de recepción y salir dirección al aeropuerto de Lisboa en Portela. Dejamos el Fiat Punto en el parking e hicimos la entrega de llaves del coche alquilado; procedimos a realizar las gestiones de facturación y en unos minutos, embarcamos en el vuelo de Iberia Lisboa-Madrid.

En el despegue Almudena volvió a cogerme la mano. Esta vez la sensación era distinta, llevaba una eternidad con ella: su piel la conocía punto a punto; sus labios, me revelaron cada secreto que escondían en los ángulos más oscuros de sus sentidos. Su piel, era mí piel, la sabía mía, cercana: conocía su olor, sabor y textura. Mientras ascendía el avión, realizó un giro sobre el Océano Atlántico para adentrarse en la península dirección Madrid.

—En pocas horas habremos retomado la realidad, Manuel —comentó, Almudena.

—Sí, pero va ser una realidad distinta, no me doy por satisfecho con lo vivido. Me gustaría hacerte una proposición algo indecente, a ver qué te parece —dije a Almudena.

—Indecente, indecente, pues no me va a gustar —dijo Almudena sonriendo—. No obstante, tú propones y yo dispongo.

—Me gustaría que me acompañaras al despacho para que conozcas como era mi vida anterior; y, planificar contigo lo que será mi futuro.

—Claro que sí. Por supuesto que te acompaño, pero solo con una condición: como yo voy a conocer tus «cuentas» tú vas a conocer mis «almas». Primero me acompañas al comedor social Ave María para cocinar y servir a los necesitados, y después voy contigo a saludar a tus socios los yuppies.

—Esto promete, Almudena —Manuel río a carcajadas—. No me veo en un comedor social, casi tu perfil es más de yuppie que el mío de un hombre abnegado en la caridad cristiana.

—Todo se verá Manuel. Nadie conoce los caminos de Dios.

—Haremos eso si te parece. Vamos a nuestras respectivas casas para



deshacer las maletas y descansar un rato —propuso Manuel—. Luego, sobre la una quedamos en la Plaza de Jacinto Benavente y me llevas a conocer las almas: va a ser una experiencia para mí, como lo está siendo todo el fin de semana. Desde luego, estás siendo una revolución en mi vida: ¡cuánto me habría gustado que mi madre te hubiera conocido! Almudena. El avión iba acercándose al Aeropuerto de Barajas-Adolfo Suárez y, comenzó a realizar las maniobras de aproximación y aterrizaje. El aparato de Iberia iba descendiendo, y aproximó la panza hacia el suelo hasta que las ruedas tomaron tierra con un pequeño bote: primero la parte de atrás y después la parte delantera del avión ¡Estábamos en Madrid!

Fuimos a la cinta de recogida de equipaje y, esperamos mientras giraba durante unos cinco minutos sin maletas: hasta que empezamos a ver los distintos bultos que se movían sobre la misma. Recogimos nuestros trolleys. Cogidos de la mano izquierda hicimos rodar cada maleta, hasta llegar a la parada de taxi. Pedí al conductor que fuera directamente a la calle Alfonso XII para llevar a Almudena, y le avisé de que después deberíamos ir a Paseo de la Habana. El taxista puso cara de satisfacción al conocer el succulento trayecto que iba a efectuar.

Regresábamos flotando. Como si llegáramos de un viaje al paraíso o hubiéramos hecho una ruta cabalgando a lomos de las nubes. Llegamos a casa de Almudena, me bajé del taxi para ayudarle a descargar el equipaje; me dio un beso con un fuerte abrazo, como si lleváramos sin vernos años, o volviese ileso de una guerra en Oriente Medio. Continué hasta mi casa. Allí me estaba esperando Nana tomando un café en la encimera de la cocina americana, con la casa impecablemente ordenada y limpia; Bonito, golpeaba la puerta de acceso a la vivienda desde el momento en que escuchó que subía el ascensor.

— ¡Hola Nana! ¿Qué tal se ha portado este sinvergüenza?

—Mejor que tú, Manuel. Eso seguro. Aunque te noto que traes una cara de felicidad y una expresión relajada, que no te veía desde hace años ¿has debido de tener un gran fin de semana? ¿Te fuiste con la señorita, Natalia?.

—Sí, he tenido un magnífico fin de semana, pero no me fui con Natalia. Ya te contaré...—le dije a Nana, algo misterioso.

— ¡Me imagino! otra aventura de las tuyas... de esas que luego no te acuerdas ni como se llaman —dijo, Nana.

—Me temo que esta vez te equivocas. Igual te llevas una sorpresa y hasta me reformo.

—Si es así, tendré que dar las gracias a la Virgen de Fátima. Y, menuda alegría le vas a dar a tú santa madre, que te estará viendo desde el cielo y seguro que no está nada contenta con la vida que has llevado hasta ahora.

—Tienes también razón. Seguro que mi madre se llevaría una alegría.

—Me estoy empezando a preocupar con tanto misterio, Manuel. Me vas a tener que presentar a la milagrosa: porque desde luego algo te ha pasado este fin de semana que te ha cambiado el semblante —dijo Nana.

—No te preocupes Nana, la vas a conocer muy pronto. Voy a sacar a Bonito para que haga su paseo matutino y, luego me marchó; tengo una comida muy especial.

—Bien, Manuel, te veré mañana entonces.

Me fui con mi perro a dar la vuelta a la manzana, con parada en cada arbolillo recién plantado en la zona. Y, volvimos a casa con cierta celeridad. Me puse ropa agradable para ir al comedor social: unos vaqueros, un jersey y una camisa viejos, que utilizaba para estar cómodo por casa. Cogí el coche e inicié el itinerario hasta la Plaza de Jacinto Benavente. Una vez allí, dejé el coche en el parking público y fui al comedor social. Vi una puerta pequeña al lado de una Iglesia que aparentaba ser de construcción de posguerra: anticuada, sin ningún encanto estético o atractivo espiritual. Los edificios contiguos eran bares, cafeterías, un viejo cine aparentemente en ruinas... Fue fácil localizar el local; había una larguísima cola de indigentes en pésimo estado de salud e higiene, serían casi un centenar. La puerta era estrecha; los necesitados, se agolpaban sin dejar apenas espacio para pasar. Pensé que al acercarme me iban a increpar, o que me mandarían al final de la cola; pero no fue así. Se hicieron a un lado y respetuosamente me ofrecieron paso hacia el interior del local desvencijado y maloliente.

El hedor era una mezcla entre humo de cocina de cuartel y mugre; recibí una bofetada olfativa a humanidad que se me hacía casi insoportable. Oí la voz de Almudena.

— ¡Manuel! ¡Qué alegría! te necesitamos aquí...! ¡Ven a ayudarnos!

Me llamó desde detrás de una barra o mostrador de enormes dimensiones. Tras su espalda estaban las cocinas humeantes; con enormes cazuelas de metal repletas de sopa de cocido hirviendo. Sobre unos carros industriales de metal, divididos en tres pisos, reposaban grandes cantidades de cocido distribuido en distintas bandejas. Era sorprendente ver a una persona tan exquisita de aspecto como Almudena, cocinando con tanto esmero y cariño; alegre, feliz, llenaba las bandejas; se le notaba deseosa de interrelacionarse

con las personas que estaban en esa cola enorme: cubiertos con harapos, semidescalzos, con los cartones que les servían de cama en la mano, algunos desprendían una hediondez insufrible a alcohol; otros, revelaban la evidencia de tener algún trastorno mental. No había visto nada igual a esa cadena humana: lo más parecido a que se asemejaba la fila de almas perdidas, era un campo de exterminio nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Su belleza y alegría ante tanto drama y miseria, resplandecía aún más, cada vez estaba más convencido de que Almudena era un ángel. Una monjita, abrió la puerta y comenzaron a desfilar cadenciosos, uno tras otro, como las almas en pena. El primero, se sentó al fondo del comedor sin mirar a nadie, sórdido y hundido, dijo con voz apagada y una sonrisa fugaz «hola Almudena»: sus pies negros, mugrientos, tocaban el suelo a través del enorme roto en sus zapatillas de lona de casi desaparecidos cuadros. Y así, la formación continuó avanzando hasta ocupar unos treinta asientos.

— Manuel, vamos repartir la sopa... ve haciendo lo que te diga.

—Claro Almudena, aquí mandas tú. Bueno, mandas tú en todas partes —dije asombrado, incómodo y sonriente.

Debo reconocer que se me hacía tedioso, mirar esas caras desencajadas, sucias, con las bocas melladas. La mezcla de olores, me producía arcadas que trataba de disimular. Lo sorprendente es que Almudena aparentaba no notar nada. Fue sirviendo a cada persona como si se tratará del mismísimo Rey de España: le saludaban todos los comensales uno por uno... «Hola Almudena, muchas gracias» «Qué alegría verte, guapetona» «Que Dios te bendiga, Almudena, eres una santa» ... Ella les correspondía con una caricia, un golpecito en la espalda o simplemente una sonrisa mientras servía con sumo cuidado la sopa a cada uno de ellos. Yo no podía ni mediar palabra, tan solo sujetaba el puchero de la sopa con el que servía ella; o aproximaba la bandeja para que ayudada del cucharón fuera llenando los platos de Duralex con garbanzos y carne de cocido.

La gratitud de la legión de espectros era tan radical, vigorosa y desmesurada que helaba el corazón. Transmitían su agradecimiento de forma silenciosa: con una sonrisa, una mirada, una palabra o gesto... Pude entender por qué Almudena hacía ese trabajo desinteresado y socialmente ingrato; como asimilé por qué llamaba «almas» a la legión de indigentes ahogados en el marasmo de la vida. Terminamos casi a las cinco de tarde de servir las mesas y atender tres turnos de comidas, que teníamos capacidad para socorrer. Algunos necesitados se quedaron sin poder entrar; en silencio

monástico se dieron la vuelta sin protestar, con fisonomías infecundas, terribles y resignadas. Se marcharon desolados y ligeros de equipaje: con sus casas de cartón a cuestas, el estómago vacío y el «alma» aún más en pena que cuando llegaron.

— ¿Qué será de los que no han podido comer Almudena? —pregunté angustiado.

—Algunos pedirán en la calle y con lo que saquen: comprarán un bocadillo o lo que puedan. Otros, irán a los contenedores más próximos, quizá a los supermercados para buscar restos de comida...no sé; la desesperación puede resultar más recurrente de lo que imaginas: lo triste es cuando te das cuenta de que alguno de ellos deja de venir durante varios días... suele ocurrir que ese hombre o mujer sin identidad, ha dejado de estar con nosotros —dijo Almudena.

—Eres mucho más dura de lo que imaginaba. Me siento avergonzado de la repulsión que tuve al ver a tantas «almas» sucias, harapientas y enfermas. Después de pasar con ellos unas horas, he visto que son personas como cualquiera de mis vecinos, amigos y parientes: sufren, sienten y padecen. Y, es más, sufren de forma justificada, no con el perfil de angustia que algún momento esgrimimos en la sociedad del bienestar; esa zozobra insípida y fútil, sobrevenida por la imposibilidad de adquirir o consumir algo; o frustración por no estar lo adecuadamente reconocidos por la sociedad ¡qué canalla, me advierto! —le dije sorprendido y casi azorado por la lección ética de Almudena.

—Perdona, pero no soy fuerte. He llorado mucho con estás personas, pero también hay algo de egoísmo en mi convivencia con ellos —contestó Almudena—: ellos hacen que me encuentre tremendamente útil a la humanidad; me siento válida al poder servir al prójimo. En cada cara de los que están pasando este calvario, veo el rostro de Dios; re- cuerda «tuve hambre y no me distéis de comer; tuve sed y no me distéis de beber...»

Recogimos los platos rebañados de sopa y cocido. Fuimos depositando todos en enormes barreños azules sobre los carros de metal, y empujamos éstos hasta la cocina para que el resto de los servidores solidarios se ocuparan de las tareas de limpieza. Cuando terminamos, nos despedimos de los compañeros y anduvimos hasta el parking de la Plaza de Jacinto Benavente para recoger mi coche. Ahora me tocaba a mí, mostrarle a Almudena mi alter ego, mi yo profesional, el despacho de éxito. Después del enorme baño de

humildad que había recibido, no cabía ningún alarde ni jactancia. Debía sorprender de otra forma a Almudena; tenía que buscar algo imprevisible y modélico que fuera de su agrado, para conseguir un cierto equilibrio y armonía moral.

¿Qué puede haber más modélico, que dar de comer a los pobres sin que nadie lo sepa, para no enriquecer tu vanidad? El reto era difícil. Tenía que pensarlo y conseguirlo en cuestión de minutos.

## CAPÍTULO 17

Seguimos nuestro trayecto por la calle Alcalá hasta la glorieta de Cibeles desde donde nos ubicamos en la Castellana con el fin de subir hasta la calle Serrano. Aparcamos cerca del despacho y, entramos en el clásico portal de época del Marqués de Salamanca que le daba empaque y distinción a nuestro Bufete. Abrí las viejas puertas de rejilla del antiguo ascensor restaurado y nos sentamos en el taburete de terciopelo para aprovechar todo lo que daba de sí aquella pieza de museo. Llamé al timbre y nos abrió Aurora.

—Hola Aurora. Te voy a presentar a mi novia, Almudena.

—Encantada Almudena... creo que hablé la semana pasada contigo. Es un placer conocerte —Dijo Aurora con expresión de absoluta estupefacción.

— ¿Está Pablo en el despacho? voy a entrar a hablar un momento con él. Espérame Almudena, enseguida te le presento.

—Sí, perfecto, me quedo con Aurora charlando —dijo Almudena, mientras Aurora disfrutaba pensando en la impactante sorpresa que se iba a llevar Pablo cuando le presentará Manuel a su novia, tan oficial como secreta.

Caminé por el pasillo de madera de reluciente barnizado y ventanales blancos, entre cuadros modernos que adquirimos como inversión en ARCO. Toqué con los nudillos la puerta de Pablo y pasé sin valorar la posibilidad de que hubiera alguien con él; como hacen los sanitarios inoportunos en la consulta del médico, sin valorar que el enfermo tiene un cierto pudor estético.

—Hola Pablo. Ya me tienes devuelta y cargado de buenas noticias.

—Pero bueno! ¡Sinvergüenza! ¿Con quién te has hecho esa escapadita de orgía y desenfreno? ¡Estas hecho un golfo! Eso, sí... encantador ¡Menuda envidia me das!.

— Pues no vas a tardar mucho en descubrirlo, porque la persona con quién he pasado el fin de semana está aquí, y me gustaría presentártela. No la he hecho pasar, para que seas discreto: es una relación seria y no la quiero estropear; es más, me gustaría que fuera mi relación definitiva.

—Vamos a ver Manuel. Perdona que te corte ¿Me estás diciendo que has conocido a una persona hace unos días y estás pensando en casarte? ¿Se

puede saber qué te está pasando últimamente?. Me da la impresión de que necesitabas más días de vacaciones; el fin de semana se te ha quedado un poco corto —contestó Pablo, con un gesto de incredulidad y desconcierto absoluto.

—Te quiero decir exactamente lo que te he dicho. Y estoy perfectamente, mejor que nunca. Tengo las ideas más acrisoladas, estructuradas y asentadas de lo que las he tenido en toda mi vida.

—Perdona Manuel. Dile que pase; me muero de ganas por conocer a la persona que te ha cambiado la vida, y te ha vuelto loco... —Manuel le lanzó una mirada inquisitorial— lo digo en el buen sentido...: loco de amor. Insisto, llámala. Por cierto ¿De dónde vienes que hueles a cocina que tumbas a un boxeador peso pesado? —dijo Pablo, intentando entrar en el terreno de la confianza adulterada.

—Sí, es cierto, he comido en un restaurante con muy mala salida de humos, ya te diré cuál es para que no pases por allí — dijo Manuel, con fustigante ironía.

Me asomé al pasillo y llamé a Almudena para que viniera. Unos segundos después, sus enormes ojos azules atravesaban la puerta del despacho de Pablo. Los bucles de oro le caían sobre los hombros resplandeciendo en el aire, hasta neutralizar cualquier mirada hostil o maligna, todo lo que acariciaba con su mirada se tornaba en cándido y sedoso.

Pablo palideció en ese momento. Se quedó quieto, inerte durante unos instantes eternos; sus manos finas que siempre le acompañaban en los diálogos, para reforzar sus argumentos inverosímiles hasta llevar lo absurdo al terreno de lo posible, le temblaban de forma descontrolada. Por primera vez le encontré superado por una situación de la que no podía escaparse de ningún modo, ni controlar. Se levantó del sillón y se acercó hasta la puerta para saludar con un beso a Almudena.

—Hola Almudena ¡Cuánto tiempo sin verte! — dijo Pablo—. Sigues tan guapa como siempre. —Ahórrate los cumplidos Pablo. Me alegro de verte después de tanto tiempo. Esto sí que ha resultado una sorpresa para mí o una encerrona ¿No? Manuel.

— ¿Dé qué encerrona me hablas? ¿Os conocíais? ¿Desde cuándo? ¿Por qué? —Dijo Manuel, con tal incertidumbre vital que le llevó hasta un momento de súbita locura y ansiedad. No podía entender como un cerdo de la catadura moral de su socio, podía conocer a su ángel... ¡Otra vez Pablo en su vida! Y no en un trío de interés como ocurrió con Natalia, sino incendiando

su amor verdadero, mancillando al ser perfecto.

—Sí, nos conocimos el último año de Facultad en Derecho —contestó Almudena—. Tuvimos una larga amistad que duró cinco años, hasta que Pablo, con mucho sentido común, decidió perderme de vista para siempre.

—Perdona Almudena, no seas cruel conmigo. Ya sabes lo que es la vida, a veces te va cambiando de dirección y no sabes muy bien por qué. Pero ya tendremos tiempo de hablar los cuatro de todo esto —dijo Pablo.

—Perdona, Pablo ¿Has dicho cuatro? ¿Te refieres a nosotros tres y tú mujer? o ¿la cuarta persona es Natalia? Porque de ti, me puedo esperar cualquier situación por indeseable que aparente ser.

Pablo quiso evitar cualquier clase de enfrentamiento conmigo, y más aún en presencia de Almudena. Se sonrojo, y con cierto nerviosismo nos propuso ir a tomar un café fuera del despacho.

—Pablo, desde luego no podía ni imaginar que habías tenido alguna clase de relación con Almudena, de otro modo, en ningún caso la hubiera invitado a venir. Pero como está aquí y le he prometido una sorpresa, que evidentemente no era ésta; permíteme que se la dé en presencia tuya.

—No faltaba más, Manuel. Para eso estamos los amigos.

—He decidido montar mi propio despacho; os ofrezco la compra de mis acciones, por- que he determinado trabajar por mi cuenta.

— ¿Pero... qué estás diciendo? Espero que estas coincidencias no enturbien nuestra amistad y relación profesional. Además, tampoco estamos en condiciones de repartir clientes o comprar acciones, bien sabes tú que vivimos al límite en la cuenta de resultados de la empresa.

—No te preocupes por el dinero Pablo. Para los dos ha sido una cuestión fundamental en la vida, y eso habría resultado un problema hace una semana; pero en este momento... ¡No! Supongo que un euro tendrás para pagar por mis participaciones sociales.

— ¿Te has vuelto loco? No sé qué decirte... ¿Qué va a ocurrir con los clientes que estás tratando tú directamente? Si te llevas parte de la cartera nos vas causar un grave quebranto.

—No quiero ningún cliente del despacho, Pablo. Me marchó y voy a empezar una vida nueva; y para eso no me hace falta hipotecarme en operaciones que pueden condicionar graves pérdidas a un grupo de inversores; o enfrentar y alimentar tensiones en una familia que acumula tanto dinero como; envidia, odio, vanidad y otras vilezas. Me gustaría dedicarme a otro tipo de asuntos que me hagan crecer como persona y



profesional.

—Manuel. Eres el mejor abogado del despacho, te lo digo con toda humildad. Y, además, empatizas de forma extraordinaria con los clientes. ¡No puedes dejarnos! ¡Nos haces falta! Además, estás demostrando una generosidad y caballerosidad sin límites. Esta Firma te necesita Manuel —dijo Pablo, desconcertado mientras daba inquieto leves golpecitos con la capucha de su estilográfica Mont Blanc de plata sobre su mesa.

Almudena observaba a los dos sin mediar palabra. Escuchaba con suma atención y orgullo a Manuel; aunque en el fondo de su corazón, anidaban sentimientos de vergüenza, rubor y dolor por haberse entregado a Pablo durante cuatro años; se sentía sucia como una fulana. La causa de estos sentimientos no era el orgullo de una mujer zaherida; afloraba su encogimiento por haber amado a un canalla sin escrúpulos durante tanto tiempo y, lo que es peor, haber tardado tantos años en olvidarle. Pablo tomó asiento de nuevo, desconcertado y abatido.

—Almudena. Veo que sigues siendo la misma: guapa, honrada, generosa...todo una señora. Has ablandado su corazón de piedra —dijo Pablo—; hasta has conseguido con Manuel lo que no que no pudiste hacer conmigo, humanizarle. —Gracias por el cumplido, Pablo. Pero lo único que he hecho es ser como soy, fiel a mí misma. Manuel no necesita defensa, pero me temo que no era peor antes de conocerme que después, es más, soy yo la que he aprendido mucho de él. Le quiero y lo que está haciendo en este momento lo habría hecho conmigo o sin mí; reconozco que me hace feliz que al menos entiendas que pueden existir personas cuyo motor en la vida no es solo lo útil, sino que hay valores superiores que pueden guiar al ser humano.

—Sí, todo eso es muy bonito, telúrico, si me apuras. Pero una Firma de abogados es una empresa y las empresas no tienen alma, se crean para ganar dinero: vivimos en una sociedad de librecambio que funciona así y no en la Edad Media, Almudena. Perdona que sea tan franco, pero durante cuatro años preferí seguirte la corriente con tus historias de caballeros andantes, antes que decirte lo que verdaderamente pensaba; que no estás en el mundo real ¡Don Quijote es un personaje de ficción! Creo que va siendo hora de que lo entiendas...

—Te agradezco tu sinceridad flemática, me habrías ahorrado mucho dolor si hubieras sido así de franco cuando nos conocimos, al menos no me habría enamorado de una persona enmascarada en mil mentiras —dijo con mucha

serenidad Almudena.

—Con tu finura intelectual y densa cultura, Almudena; no dudo que recordarás el verso de Ramón de Campoamor: «...en este mundo traidor, nada es verdad ni es mentira, todo depende del color del cristal con que se mira» —respondió Pablo.

—Sí, Pablo. Sé cómo piensas, te conozco perfectamente y me estás lanzando el primero de los diez mandamientos del relativismo; pero no tengo por qué discutir contigo sobre estas cuestiones. Respeto tú forma de afrontar la vida, haz tú lo mismo conmigo; si vivirla en puro relativismo te hace feliz, me alegro mucho por ti. Quizá tengas razón, no soy una persona de mi tiempo. No pertenezco a la cultura de la postmodernidad, pero tampoco me importa: buscó la felicidad, no adaptarme a las circunstancias mudables de la vida social.

—Manuel, no puedo convenceros de que os quedéis en el despacho. Perdona que te hable en plural, pero sé que la relación con Almudena implica complicidad —sonrió con el fin de lanzar un dardo envenenado a Manuel—. Podíamos construir un gran Bufete sobre nuestra sólida amistad —dijo Pablo.

—Muchas gracias Pablo. Pero mi proyecto profesional está en las antípodas de esta Firma, y mi idea de la amistad es muy diferente a la que tienes tú. — ¿Pretendes ofenderme Manuel? Siempre hemos sido grandes amigos. Y, tú no le has hecho ascos a la cantidad de dinero, fama, juergas y otras cosas que te ha aportado ésta Firma que ahora pretendes vilipendiar.

—No pretendo nada. Soy consciente de mi pasado, es más, no me arrepiento de la parte buena que he obtenido del mismo; entiendo por bueno, aquello que me ha servido para aprender y para hacer el bien, que, en algún momento, consciente o inconscientemente, lo habré hecho.

— ¿Qué entiendes por hacer el bien Manuel? El bien lo haces tú y lo hago yo cuando servimos los intereses de nuestros clientes dijo Pablo.

—Estás planteando el bien como accidente y, mi idea es trabajar para que el bien sea la sustancia de todos mis actos personales y profesionales —le contesté a Pablo.

—Está claro que Almudena te ha perturbado con sus ideas espirituales ¿De qué me habláis? ¿Queréis aterrizar de una vez? Podemos hacer un equipo extraordinario, ganar dinero, viajar juntos, pasarlo estupendamente y mandar donativos todos los meses a Cáritas si queréis... ¡no podemos perder esta oportunidad de estar los tres juntos! —Dijo Pablo.

—Perdona Pablo. Ya compartí despacho contigo durante veinte años e

involuntariamente, también a la pobre Natalia, que es una víctima tuya. Hay ciertas cosas que no se comparten y creo que tu comentario es ofensivo, especialmente para Almudena —incredulé a Pablo.

— ¡Tú eres idiota Manuel! Perdona Almudena... Me conoces de sobra —dirigiéndose con la mirada hacia mí—, no estaba hablando de compartir la relación ¡no enciendas los tizones del resentimiento! Solo hablo de compartir, trabajo y amistad. Comenzar un proyecto nuevo. Pero me da la impresión de que me tienes por un canalla, mientras para mí has sido siempre un amigo incondicional.

—Creo que estáis hablando en idiomas distintos. Manuel me ha contado que no era feliz con la forma de vida profesional que había llevado hasta ahora y, su idea de felicidad me temo que no coincide con la tuya —Intervino Almudena, para quitar tensión y evitar una respuesta contundente o agresiva por mi parte.

— ¿En qué se diferencia tú felicidad de la mía? Manuel. Puesto que veo que no consigo convencerlos —dijo Pablo, intentado retomar su aproximación.

—El anhelo de alcanzar la felicidad es el mismo Pablo. En lo que no coincidimos es en el camino que debemos seguir para conquistarla —contesté cansado de la conversación a Pablo—. Este viaje me ha servido para trazar la senda de la felicidad: que va a pasar por dedicarme en todos mis actos a realizar el bien. Para ti el bien se encuentra en lo placentero, para mí también lo fue durante muchos años; pero lo único que he obtenido ha sido una terrible frustración que me estaba llevando al abismo de la depresión. De mi fracaso personal de ningún modo tienes la culpa, Pablo. No asumas culpabilidades que no te estoy imputando. Quiero vivir más cerca de lo sencillo; tener conmigo a Almudena, perdernos en el campo de vez en cuando, construir una familia y cumplir la misión para la que estoy aquí: soy abogado, he de buscar el camino de la Justicia verdadera.

— ¡Vale! ¡Te entiendo! ¿Cuál es el camino de la Justicia verdadera? Porque hasta ahora para los dos ha sido siempre y en todo caso: ganar la mayor cantidad de pleitos posibles. Y eso es dar a cada uno lo suyo, es decir, la definición clásica de Justicia.

—En cierto modo es cierto lo que dices, pero creo que el bien que protege la Justicia, en el futuro va a ser para mí algo más amplio de lo que ha sido hasta ahora. El bien lo voy a extender y proyectar con mí entrega a la sociedad ayudando con lo mucho o poco que disponga; pero fundamentalmente gobernando mis actos por dos valores: amor y

solidaridad... Sé que te vas morir de risa con lo que te estoy diciendo, pero me arriesgaré a expresarme con claridad y sin avergonzarme de mis convicciones —Dije, intentado cerrar la conversación.

—Muy bien Manuel. Me alegro mucho por vosotros —dijo Pablo, desfondado por la ineficacia de su poder de convicción— ¿Has pensado dónde vas a trabajar y de qué manera? ¿Puedes hacerlo desde aquí si quieres?

—Sí, lo he pensado. Tengo que hablarlo con Almudena. Pero me gustaría planificar un despacho de abogados, con el fin de ayudar a personas con escasos recursos —lógicamente partiremos de medios exiguos— y que Almudena organice un sistema de búsqueda de ropa, alimentos, material para aseo personal, formación, etcétera. Intentaremos de este modo reinsertar a cuantas personas han caído en la indigencia a causa de la mala fortuna, la crisis económica, los problemas familiares, en fin; habría que analizar cada caso concreto. Hay mucha gente como tú y yo que lo han tenido todo y ahora están en los comedores sociales; hacer justicia, también es distribuir lo que es suyo: el amor.

—Has sufrido una profunda transverberación con Almudena. ¡Me alegro por los dos Quijotes! permitidme que haga de Sancho. Me gustaría contribuir en algo con vuestro proyecto: llévate todos los clientes que creas que pueden necesitar tu ayuda y que necesiten el tipo de Justicia que pretendes alcanzar.

Me siento en deuda con los dos, de algún modo os he debido hacer daño sin ser consciente de que os lo estaba haciendo. Como sois muy píos lo entenderéis a través de san Pablo «no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero». Y, si me queréis creer, os digo, que nunca trate intencionadamente de haceos daño. Soy un hombre de nuestro mundo, un postmoderno —como dice Almudena—. Debo reconocer que me estáis sorprendiendo; sobre todo tú, Manuel. Almudena fue siempre así de especial y buena persona; quizá, y te lo digo con todo cariño Almudena, eres algo friki. Insisto, os prometo me creáis o no, que jamás traté de haceos daño, simplemente me limité a vivir en el mundo que me ha tocado, no en ese paraíso lleno de amor y mariposas que me contáis y que probablemente exista, pero que no he conseguido ver: salvo cuando voy a Ibiza o Punta Cana. Aunque, reconozco que os admiro y quiero a los dos. Si de veras, vais a dedicaros a cultivar la Justicia divina, es mejor que no mezclemos las actividades profesionales. Almudena creo que te debo una disculpa por todo el daño que te hice. Cuando queráis y podáis cenamos los tres, y, sin tapujos iremos hablando de cómo os va la vida y en que podemos ayudarnos

—Expuso Pablo, haciendo un alarde de sinceridad.

Pablo se me acercó. Me dio un abrazo y después fue hasta Almudena e intentó darle un afectuoso y sensual beso. Ella le correspondió con dos roces en la mejilla, manteniendo colocados sus brazos delante de Pablo, para evitar el contacto físico que buscaba su antiguo amor. Finalizada la conversación con Pablo, fui despacho por despacho para despedirme de mis compañeros y presentarles a Almudena. Por último, me acerqué hasta Aurora.

—Aurora, he tenido una larga conversación con Pablo. He decidió montar un Bufete independiente; durante esta semana vendré por aquí para ir retirando algunas cosas personales y expedientes. Ha sido un placer trabajar contigo; para mí eres mucho más que una trabajadora; siempre te he tenido como una amiga leal, cariñosa y buena profesional. Dejar de trabajar contigo me va a resultar no solo duro, sino también extraño.

Aurora, comenzó a llorar desconsoladamente. Sin mediar palabra le abracé, y me despedí con un beso en la frente; uno de esos besos de padre, que se solo se dan en ocasiones entrañables a personas que no son de la familia.

—Bueno...Aurora, no te pongas así que no me he muerto ni marchado de España, nos seguiremos viendo. Las cosas con mis socios, fundamentalmente con Pablo, han quedado estupendamente y me consta que seré bien recibido cuando venga por aquí, cosa que haré con frecuencia, y hemos acordado que seguiremos colaborando en algunos temas.

—Qué pena me da Manuel —dijo Aurora—. Eres el mejor abogado de este despacho, sin duda, la mejor persona que ha pasado por aquí. Almudena, te deseo mucha suerte, espero que si os casáis os acordéis de invitarme a la boda —dijo sonriendo y con lágrimas en los ojos.

—Ni lo dudes Aurora —contesté a mi secretaria—. ¿Quién sabe? pero si decidimos casarnos serás la primera en saberlo

Almudena centelleaba felicidad. Había pasado un momento difícil, pero estaba tocando el cielo en aquel momento. Salimos del despacho y bajamos por la calle Serrano hasta alcanzar Goya. Al llegar a la intersección vimos el rótulo del centro comercial El Jardín de Serrano. Pensamos que sería un buen sitio para merendar. Nuestro primer café lo tomamos en la misma cadena comercial, Mallorca; resultaba atractivo proseguir nuestra nueva vida tomando un ágape allí. Pedimos mesa para dos en la planta inferior del Centro Comercial, junto a una fuente con funciones de muro que creaba la ilusión óptica de caída de agua en vertical formando cilindros luminosos, lo

que daba una sensación de cierta intimidad decorativa: incluso, ofrecía dudas sobre si era un juego de luz o realmente la caída de agua era natural.

—Me has dejado sin palabras Manuel. Ese proyecto que le has dicho a Pablo que emprenderíamos ¿iba en serio?. Me he emocionado escuchándote: especialmente por tu solvencia ante la presión de Pablo para encerrarte en su mundo. Creo que para todos ha sido una desagradable sorpresa que Pablo sea la persona que me hizo perder la confianza en los hombres. No nos lo podíamos esperar nadie. Debemos alumbrar la parte positiva y, al final nos hemos encontrado en el camino de la vida y ésta nos ha ido enseñando las piedras con las que hemos tropezado.

—Lo siento Almudena. De haber sabido esto...no te habría pedido que vinieras. Claro que le dije en serio lo del proyecto. Podemos empezar trabajando desde mi casa; esta tarde vamos y así la conoces, y de paso te presento a Bonito. Es pequeña pero suficiente para empezar. Pero...háblame de tu vida, ya sabes todo sobre mí y me has contado pocas cosas de tu familia y amigos.

—Tienes razón. Te lo iré detallando mientras tomamos un té —Dijo Almudena.

Se acercó una camarera con chaquetilla roja para ofrecernos la carta con un amplio listado de postres y dulces de repostería fina. Nos aconsejó las especialidades que tenían más éxito entre los clientes; escogimos y continuó nuestra conversación con la enorme luz que inundaba la estancia gracias al diseño acristalado de los techos del edificio. Almudena me cogió la mano y mirándome a los ojos continuó...

— ¿Con quién vas a pasar la Nochebuena?

—Normalmente estoy solo esa noche, es así de triste, pero algún peaje se debe pagar cuando tu vida se ha centrado en el egoísmo. Natalia tiene a su hija y su vida. Mis amigas, son circunstanciales. Pablo... conoces su historia mejor que yo. Me quedan pocas opciones en estos momentos para hacer un encuentro en familia: solo tengo a Bonito. Mis momentos felices los he vivido en veranos, fiestas, noches... Pero todo eso, cuando llega la Navidad desaparece; cada persona tiene su vida, su mundo. El egoísmo ha sido también mi amante y su fruto siempre es el mismo: la soledad.

—Tú hermano ¿no te invita a que compartas esas fechas con su familia?

—Sí, pero me siento un extraño en mi propia familia, prefiero la sensación de soledad verdadera, que el dolor de una falsa y artificiosa soledad desnuda ante el espejo de la cena de Nochebuena. Desde que murió mi madre no he

vuelto a sentir el calor de la Navidad, ella era una persona de fe, como tú, tenía esa enorme suerte. La Natividad significaba mucho para ella: el nacimiento real de Jesucristo. Si te soy sincero, nunca lo pude entender, pero apreciaba su felicidad montando el Belén, leyendo el pasaje del nacimiento de Jesús en la Biblia; ella vivía ese momento con una plenitud envidiable, a pesar del desprecio y las humillaciones de mi padre, que le trataba como si fuera tonta.

—Manuel, este año como no lo vas a pasar en familia ¡Vienes a mi casa y conocerás a mis hermanos y mi madre!: ten la seguridad de que no vas a sentirte ante un mundo de diseño, sino entorno a la verdad. Por cierto, Bonito también está invitado, a mi familia le apasionan los perros.

—Lo acepto. Sabes que a ti no te puedo negar nada y más aún, cuando lo que me propones siempre es para compartir momentos extraordinarios. Bueno dime ¿cuántos hermanos sois?

—Cuatro, dos varones y dos mujeres. Cumplimos de forma estricta la Ley de Paridad, mis padres fueron muy respetuosos con las normas y no quisieron hacer discriminaciones por razón de sexo —dijo Almudena, con enorme alegría.

Manuel sonrió después de una mañana en la que tuvo que pasar el momento difícil de dar un giro radical a su vida y abrirse con esperanza a la búsqueda de landas vitales, cargadas de luz y colores distintos a los grises que le habían marcado durante tanto tiempo.

—Tenemos otro tema pendiente Manuel. El trabajo que iniciamos la semana pasada sobre el Proceso Sumarísimo de Sanjurjo. Dime ¿te inventaste este tema con el biblioteca- rio para ligar conmigo? o ¿te interesaba de verdad?.

—Pues, si te soy sincero; una noticia del periódico me llamó la atención «la posible declaración de independencia en Cataluña» y cómo tenía un cierto bloqueo mental por las razones que hemos ido hablando, fui como un zombi hasta el Colegio de Abogados y, cuando noté que te interesabas por el tema, lo utilicé para ligar ¿contenta?

—Sí desde luego. Pero... ¿no te interesa realmente?.

—Claro que me interesa, has conseguido abrirme los ojos a una historia fascinante, de la que, por cierto, no me has revelado las fuentes de todo ello, a pesar de la promesa que me hiciste.

—Te di mi palabra y lo cumpliré hoy mismo.

—Por cierto, te encontré muy afectada cuando visitamos el Campo de la

Marinha, donde murió Sanjurjo; si me permites, creo que eres tan sensible que has hecho propia la historia: no puedes hacer tuyo el dolor de cuántas personas o relatos conoces, te vas a hacer un daño tremendo.

—Sí, es cierto, siento que me lo notaras. Era la primera vez que visitaba el lugar. Te contaré lo ocurrido en realidad. Sobre esto se ha escrito mucho y no siempre cierto. —Te escucho con atención. Pero ¿por qué va a ser más cierto lo que tú conoces, que lo escrito sobre el tema.

—Fíate de mí.



## CAPÍTULO 18

—Buenos días Maruja. Comienzan unos momentos terribles para España. Franco ¡por fin! ha decidido sumarse al Alzamiento; si no hubieran asesinado de esa forma a Pepe Calvo Sotelo, no sé si lo hubiera hecho: es una persona muy complicada para conocerla en profundidad. Los planes han cambiado, el Dragón Rápido, que tenía contratado para que saliera de Inglaterra a recogerme en el aeropuerto de La Alberca para llevarme hasta Casablanca y desde allí tomar el mando de nuestras fuerzas y avanzar por el Estrecho hasta tomar Andalucía, le he ordenado que siguiera de Portugal hasta Canarias para recoger a Franco.

— ¿Qué vamos a hacer nosotros Pepe? ¿Los niños y yo te seguiremos donde vayas? Ninguna guerra me va separar de ti, aunque me cueste la vida —dijo Maruja preocupada. —Hemos tenido incidencias en el segundo avión que venía a recogerme. Tuve que contratar éste segundo aparato en Toulouse. Para mí este avión era esencial, porque en él venía el documento firmado con la conformidad de Mola —contestación a mi carta de 9 de julio— en el que les di instrucciones para organizar un Gobierno Militar sin adscripciones políticas hasta que el país se calme. Mi idea es contener las aspiraciones de mando y control del Alzamiento de los Falangistas, Alfonsistas, Carlistas y Cedistas, cuyas diferencias parecen insalvables. El avión que traía el documento fue interceptado en Burgos, en el aparato viajaba Lizarza que ha sido apresado y trasladado a Madrid. Este documento es esencial; Lizarza traía la carta de Mola donde se me reconoce como Jefe Supremo del Alzamiento por todas las fuerzas: lamentablemente ha quedado en el avión según dice el piloto francés que tripuló durante el vuelo. Al final vendrá Ansaldo a recogerme en su avioneta Puss Moth, aunque no está autorizado para llevarme en ese cacharro; pero no voy a negarme a ir con Ansaldo, tengo que llegar a España de inmediato y dirigir el Alzamiento desde el Norte como sea.

— ¡Nosotros vamos contigo, Pepe!

— ¡De ninguna manera Maruja! En esa avioneta no cabéis; si hubiera dispuesto del Dragón Rápido o el extraordinario bimotor de Lacombe, os

dejaría en San Juan de Luz, para que bajéis hasta Pamplona en el momento en que pacifiquemos la ciudad. Tengo dispuesto un segundo avión para vosotros y mi equipaje, que vendrá hasta Portugal para recogeros entre hoy y mañana.

Fal Conde pasó por Santa Leocadia a recoger al General y su familia, acompañado de dos vehículos. En unos minutos estaba todo dispuesto para acudir al hipódromo de Cascais para despegar; en los aeropuertos de la zona había una multitud de espías, periodistas y curiosos debido a la tensión surgida en Portugal por la presencia del Jefe del Alzamiento en este país: era vox populi que el General iba a salir hacia España a tomar el mando del Alzamiento, bien desde el aeropuerto de la Alberca —civil— o Santa Cruz —militar—.

—Maruja, ha llegado el momento. Tengo que despedirme, nos veremos en Pamplona pronto, si Dios quiere.

—Te quiero Pepe —le dio un gran abrazo y un beso en presencia de Fal y un grupo leales. Maruja vestía un traje blanco y azul de muselina, y unos zapatos de charol de los mismos colores—. Carlotita, tenía meses y un poco de fiebre.

—Yo también te quiero Maruja. Ten mucho cuidado —dio un beso a sus hijos, despidiéndose como siempre, sin saber si sería su último beso—. Hizo un saludo militar a todos los compañeros y leales, y subió a la avioneta de Ansaldo.

Comenzó a tomar velocidad en el hipódromo. La longitud de la pista era excesivamente corta y, el cacharro de Ansaldo llevaba un extra de combustible de cincuenta litros para aumentar la autonomía de vuelo. El avión se elevó levemente y consiguió sobrevolar un bosquecillo de álamos.

— ¡AHHHHH! —Grito Maruja— ¡El avión ha tocado algo!

— Fal Conde le intentó tranquilizar. Ninguno de los presentes había percibido nada extraño en el despegué.

Cuando iban a montarse en los respectivos coches, se oyó una fuerte explosión y una columna de humo se alzó allende del bosquecillo. Maruja sufrió un desmayo y to a la puerta del Ford del General. Los niños comenzaron a llorar, mientras Carmen, Fal Conde y los amigos de la familia trataban auxiliar a Maruja, calmar a los niños y poner un poco de orden en ese momento terrible.

— ¡Rápido! ¡Llevaros a Maruja y los niños al hospital más próximo! ¡Esto puede ser una tragedia para España! ¡Venir conmigo de inmediato dos personas! ¡Vamos a comprobar si han podido salvarse! No les ha dado

tiempo a alcanzar mucha altura —Dijo, nervioso e incrédulo Fal.

Fal, se puso al volante y tomó la carretera hacía el punto donde se elevaba la columna de humo. Unos minutos después, vio el avión reventado en una zona árida y desarbolada. A unos cincuenta metros distinguió una persona que les llamaba levantando el brazo desde el suelo, vestido de uniforme.

— ¡Dios mío! ¡Creo que están vivos! —dijo, Fal.

Llegaron hasta el herido: era Ansaldo. El avión se encontraba en llamas, era imposible que dentro pudiera haber alguien con vida.

—Juan Antonio ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Pepe? —dijo Fal.

—Ansaldo de rodillas y con las manos sobre la cabeza, confirmó la muerte de Sanjurjo— El General murió en el acto. No ha podido sobrevivir al impacto contra el suelo: pude ver el movimiento brutal de su cuello hacía delante y atrás; ha muerto de un traumatismo cervical. Durante la caída estaba perfectamente. He intentado sacarle del avión, pero me ha resultado imposible.

—! Esto es una tragedia¡¡un caos! Tenemos que informar de inmediato a Mola y Franco.

En unos minutos comenzaron a llegar vehículos militares y civiles portugueses. Recogieron a Juan Antonio Ansaldo para atenderlo en un servicio hospitalario, y trabajaron para la extinción de incendio. El Embajador de España acudió al lugar del accidente, lo primero que preguntó a los servicios especializados fue qué si había apariencia de sabotaje. Nada parecía indicar eso en principio. No obstante, habría tiempo para investigación y especulaciones. Lo único cierto es que Sanjurjo había muerto, y la historia de España cambiaría de inmediato.

## CAPÍTULO 19

La merienda en El Jardín Serrano se iba dilatando con el final de la historia. Mi curiosidad de aumentaba por momentos y estaba llegando el momento de despejar enigmas.

— ¡Magnífico relato Almudena! Pero con tú historia no coinciden la mayoría de los patrones que manejan los investigadores que se han ocupado de la República y el Alzamiento en España. Casi todos coinciden en que Sanjurjo iba cargado con dos maletas en el avión; y, que la sobrecarga provocó el accidente. Tú dices que eso no es cierto ¿En qué te basas, para contradecir esta afirmación? —dije, mientras tomaba tarta de chocolate, acompañada de una taza de café.

—Pues en varias cosas incuestionables. La primera: las maletas están en mi casa. La segunda: me lo dijo mi abuela que estaba presente. La tercera: porque me lo corroboró Carmen, que también estuvo allí; que, por cierto, es mi madrina. — ¡Queee! ¡Eres nieta de Sanjurjo! ¡Parezco idiota! Debí darme cuenta cuando estuvimos juntos en Portugal. No era normal que conocieras con tanto detalle cuestiones tan personales e inéditas sobre el Alzamiento. Desde luego... ¡resulta imposible aburrirse contigo! Ese trabajo que estoy iniciando, en realidad te corresponde hacerlo a ti, y despejar momentos todavía oscuros de la historia de España. ¡Tú abuelo! ¡Soy imbécil! —bromeé sobre mi estulticia—... por eso no pudiste soportar nuestra visita al lugar del accidente...

—Así es, Manuel. Y este es el final de la historia que vamos a escribir y el principio de lo que habría supuesto para España que mi abuelo hubiera sobrevivido al accidente.

— ¿Cuando murió tu abuela, Almudena?

— Casi nos crió a los cuatro hermanos, junto a Carmen y mis padres. Falleció cuando yo tenía veintiocho años; hace poco tiempo... —sonrió con picardía Almudena.

—Si era tan maravillosa como tú, me habría encantado conocerla.

—Mucho más. Aunque no tuvo una vida fácil. Nunca superó la muerte de mi abuelo, fue una historia de amor de las que nadie cree, pero te aseguro que

existen. Tan real como el amor que siento por ti.

—Gracias Almudena, pero me estás volviendo loco, cuento los minutos para sentir otra noche el calor de tu cuerpo ¿Qué clase de bruja eres? —reí irónico— ¿Por qué crees que la historia de España habría cambiado?

—Vale, idiota...—dijo Almudena—. Me baso en varios hechos. La carta que traía Lizarza a cuyo hijo conocí y con quién compartí varias conversaciones sobre estos temas. Ese documento, era esencial, en él se recogía por escrito la incuestionable autoridad de mi abuelo en el Alzamiento. No sabemos dónde está realmente este documento, pero resulta raro que no haya aparecido nunca, a pesar de que tanto mi abuelo, como Fal Conde, Lizarza, Lacombe —el piloto— y otras personas eran perfectamente conocedores de su existencia y contenido.

Otro punto esencial fue algo que el gran pensador y conspirador, amigo de mi abuelo, Pedro Sainz Rodríguez dijo «al morir Sanjurjo tuve la seguridad de que el Alzamiento Nacional entraba en cauces absolutamente ajenos a lo que había sido»: Pedro, era la parte esencial en el proyecto político del Alzamiento; mi abuelo no tenía intención de instaurar una dictadura sine die, habría instaurado la Monarquía y la Transición se habría hecho en pocos años. En mi familia estamos convencidos de que en la cena de Lisboa en el Hotel Hispano Americano se acordó la creación de un Directorio Militar presidido por el Príncipe don Juan, que habría restablecido las relaciones correctas y armoniosas entre la Iglesia y el Estado, con la derogación de la Constitución Republicana de aquellos artículos establecidos para perseguir a la Iglesia Católica; la dictadura se pactó por los insurgentes con duración temporal; se acordó la disolución del Tribunal de Garantías de la República; el establecimiento de un régimen corporativo y participativo. Y al final habríamos desembocado en un Régimen más parecido al actual y menos al de 1931. Sobre estas bases se desarrolló la cena de Lisboa y, así consta en los documentos cruzados entre mi abuelo, Mola, Zamanillo, Fal Conde, Lizarza...

—Que distinto es lo que me cuentas y lo que se conoce. Trabajaremos sobre ello, tenemos una gran empresa que llevar a cabo —dije entusiasmado—; para sacar este ensayo disponemos de toda una vida de estudio e investigación.

La tarde de noviembre se tornaba en fría y desapacible. Pagó Almudena la merienda y, cogiéndome por la cintura salimos del centro comercial. En la

calle Goya olía a castañas asadas. El olor nos llevó hasta una señora que se encontraba junto a un banco de metal, asando en un bidón protegiéndose del frío con unos guantes negros, cortados por los dedos y, un abrigo que le llegaba hasta los pies. Compramos un cucurucho. Paramos un taxi, para ir de camino a mi casa. Nos llevó por el Paseo de la Castellana, bordeamos el estadio Santiago Bernabéu y gracias a la fluidez del tráfico, en quince minutos estábamos en mi apartamento de Paseo de la Habana. Pagué al taxista, Almudena salió por el lado de la acera sacando los pies con sus impecables zapatos de ante, y un pantalón de pana tipo brich que le hacía una esbeltísima figura que pude observar desde atrás.

Entramos en el portal de casa y cuando comenzó a subir el ascensor, escuchamos los primeros ladridos de Bonito.

—Creo que nos están esperando Almudena. Ya tenemos a Bonito inquieto por conocerte, pero no le hagas mucho caso, que ten la seguridad de que me pondré celoso enseguida.

Se abrió la puerta del ascensor y nos acercamos hasta la puerta de casa, que abrí quitando las distintas cerraduras de seguridad. Empuje la hoja de la puerta y Bonito saltó sobre mí como si llevará sin verme varios días. Después continuó con Almudena: saltó sobre sus piernas, quedándose a dos patas moviendo las delanteras para mantener el equilibrio y verticalidad. Almudena entró en casa. Se tiró en el sofá y Bonito saltó sobre su pecho, y comenzó a besuquearle la cara.

—Te lo dije Almudena. Voy a terminar poniéndome celoso.

—Me encanta tu perro y tu casa. Es muy acogedora —dijo ella.

—Muchas gracias. A mí me parece simple, quizá algo anodina.

—Veré el resto...

Almudena, revisó un poco la cocina americana. Entró en el cuarto de baño, de encimera de mármol de dos grifos. Disponía de jacuzzi y calefacción con forma adecuada para calentar las toallas. Entró en el dormitorio.

— ¿Así qué, este es tu nidito de amor? ¿El sitio dónde traías a todas tus conquistas?

—Bueno, es mi casa. Mi pequeño hogar y espero que sea tu casa, la empresa y muchas cosas más que se nos vayan ocurriendo.

—La tienes impecable. Se ve que Nana te quiere mucho. Pone un interés muy especial en convertir tu apartamento en un pequeño hogar.

—Es cierto, Almudena. Es una persona estupenda.

—Pues creo que es el momento de quitarnos el pestazo a cocina, que tanto

le ha conmovido a Pablo.

Almudena fue al cuarto de baño, abrió las llaves del jacuzzi, se fue quitando la ropa: primero los zapatos, continuó con el jersey... se introdujo en el jacuzzi. Mientras se perdía en el olvido del agua cálida masajeando cada punto de su cuerpo, Manuel, fuera del mismo, la observaba deseoso y contenido, mientras ella flotaba en la superficie de la bañera redonda: estirándose y relajándose... En unos minutos, volvimos a sentirnos juntos para el resto de la vida. Almudena se secó y entró en mi habitación como si fuera su casa; fue al vestidor y se puso una camisa de lana de leñador con cuadros grandes que le hacía casi la función de camisón. Se secó el pelo rizado y hermoso frente al espejo del cuarto de baño, mientras relucían sus ojos azules hasta iluminar la estancia. Yo la miraba absorto, como si no hubiera visto a una mujer en esa situación nunca. Salió del cuarto de baño descalza, vestida únicamente con mi camisa y fue a por un poco de jamón y abrió una de mis botellas de tinto Pesquera que sirvió en dos copas de balón. Yo encendí una chimenea de diseño Lumen, que era lo que convertía mi casa en algo parecido a un hogar.

—Ven, Manuel, sentémonos en el suelo y nos tomamos un vinito mientras charlamos. Esto es maravilloso...

—Gracias Almudena, tú sí qué eres maravillosa. Brindemos —chocamos nuestras copas de vino, balanceándose el líquido con un color entre morado y rojizo con destellos de chimenea en su tonalidad vibrante—. Cada vez me encajan más las piezas, ahora comprendo por qué me llevaste a ver el Cristo de Velázquez y me recitaste el verso de Unamuno ¿Cómo era?

—Te lo recuerdo —dijo Almudena, tomando un sorbo de vino: “Méteme, Padre eterno, en Tu pecho, misterioso hogar. Dormiré allí, pues vengo deshecho del duro bregar”

— ¿Me ves fuera del pecho de Jesucristo y deshecho por el duro bregar? —pregunté a Almudena.

—Te veo buscándole, pero sin saber dónde encontrarle: ya hablamos en otro momento de cómo y dónde podías Verle y Sentirle —dijo Almudena.

— ¿No te parece una contradicción hablar de guerra, alzamientos, violencia y ver el sufrimiento de tanta gente ésta mañana, y creer firmemente en Dios?

—Me parece una contradicción que los que sufran, no tenga otra vida mejor dónde encontrar el misterioso hogar: no tendría sentido el dolor, el sufrimiento; sin esperanza en el hogar de Arriba.

—Cada vez me lo pones más difícil —afirmé casi abducido por Almudena.

—No es tan complicado; permíteme que saque mi vertiente de profesora de Humanidades: S. Agustín dijo en sus Confesiones que Jesús hizo un nuevo modo de ganar en la vida, ganar la felicidad y el bien: no haciendo víctimas, sino haciéndose víctima. Todo ese dolor que has visto en la comida de hoy, hace a las que padecen los más cercanos hijos de Dios. Están más próximos a Él que al resto de los hombres; la Cruz simboliza ese tremendo sacrificio que el ser humano sobrelleva siempre en su vida, de un modo u otro, y que nos hará libres en un lugar distinto a éste.

—Me cuesta mucho aceptar esa forma de entender la vida, Almudena. Lo siendo, no sé por qué hemos de sufrir para salvarnos; me parece terrible —dije, con cierta angustia.

—Pues lo deberías entender, porque tú has sufrido mucho en la vida y el amor te está salvando: te está mostrando el camino de la felicidad. No lo digo por los sentimientos que tienes hacía mí, sino por el amor al prójimo que has demostrado en el comedor social y en nuestra conversación con Pablo.

—Y la guerra...de la guerra ¿qué me dices? —insistí desconcertado.

—La vida es guerra, lucha, tensión. Fue una guerra la difícil situación de mis abuelos frente a la sociedad: mi abuelo, un militar viudo que conoce a mi abuela en plena tensión política en España. Se enamoran y luchan por su amor, entre ellos y contra todos. Una guerra fue la relación entre tus padres, que según me cuentas, debió ser un infierno y tu madre vivió exclusivamente envuelta en el manto del amor. Es una guerra, la relación con tus socios, en concreto, con Pablo. También lo es, la relación que tuviste con la pobre Natalia, y Natalia vive en guerra con su marido y con Pablo, probablemente también con su hija. Es una guerra la sociedad, y este gran holocausto que es la vida solo se frena con una medicina que se llama, amor.

—Lo veo, te escucho y puedes tener razón, pero detesto la violencia y su lenguaje. Me he formado con lecturas que llevan a un pacifismo, agnóstico y socialdemócrata, que me hacen repeler ese lenguaje.

— ¿Qué lenguaje? ¿El del amor al prójimo? El del amor con o sin razón. El Amar a los mendigos, a Pablo, a los Marqueses de Monteagudo, a tu padre y hermano. A cuantos te hagan daño en ésta vida. Eso es el sacrificio que exige mi forma de entender el mundo; sé que no es fácil, pero así lo he elegido.

—No, el lenguaje que utilizas justifica la guerra —le dije con profundo desacuerdo a Almudena. —Insisto. No justifico la guerra, te equivocas; digo



que la guerra existe y solo se combate amor. No hay política exterior, interior o mediopensionista que la evite, salvo el amor —aclaró Almudena.

—Conforme. Pero en el caso de tu abuelo ¿estaba preparando una guerra? ¿Participó en varias?

—Mi abuelo no inició nada. La guerra estaba en la calle, formaba parte de ese mundo endémico y cainita que fue el paradigma de los años en que estuvo en vigor la República —dijo Almudena.

—Pero eso es más una cuestión que deben resolver los historiadores, y el problema estriba en que todo lo relacionado con la Guerra Civil ha sido más una consolidación de ideas políticas que históricas. Yo también detesto la violencia —dijo Almudena—; comparto con Rene Girard que la «violencia es un residuo arcaico». Es tan primaria, como el hombre. Carece de fundamento, es una opción terrible.

— No sabes lo que me alegra el que me hables así, porque me temía que ibas a postular- te con cierta comprensión ante las agresiones militares o civiles.

— ¿Cómo puedes pensar eso? Si me conoces lo suficiente, en estos cuatro días he hablado más contigo, que con todos mis amigos juntos durante veinte años —dijo Almudena—. Tú problema estriba en que la razón tiende a tapar la realidad, y ésta implica dolor. El problema es cómo afrontar este dolor, y solo hay un modo, amando. Un amigo con cáncer necesita tu amor; un padre con alzhéimer necesita sentir que le quieres, aunque no te reconozca; un bebe necesita el amor de sus padres, aunque no distinga nada más que la imagen borrosa de unos gigantes, que le cogen en brazos y le ponen un biberón templado en la boca que sacia su hambre y sed. O una madre que aborta, también necesita amor y apoyo: Todo hombre anhela el amor y paz interior.

— ¿Qué entiendes por paz? ¿La mera actitud de no agredirse entre los distintos pueblos? —preguntó Manuel, ante tanto argumento de calado espiritual.

Continuábamos sentados en el suelo sobre la alfombra; apoyando la espalda en el sillón y recibiendo el calor de la chimenea. Almudena estaba bellísima con el pelo ensortijado, repleta de caracolas doradas que le caían sobre los hombros, nos mirábamos mientras se perdía nuestra conversación por todos los rincones de la habitación, de la vida y de nuestro viaje. La luz de la chimenea iluminaba nuestras caras y el calor del pellets inundaba la habitación: Almudena tenía las piernas enrojecidas por el calor, estaba maravillosa cubierta únicamente con mi camisa semiabrochada, sus pies

desnudos se escondían bajo la mesa, a ratos bajo mis piernas y la charla seguía y seguía interminable.

— ¿Cómo puedo hacer de toda esa teoría una realidad? ¿Cómo puedo encontrar ese amor? —le dije a Almudena, casi con impotencia.

—Comienza por hacer con tu hermano lo que hiciste con Pablo. Acércate a él y haz que se sienta querido. Me has contado cuánto has sufrido tú, pero en ningún momento me has hablado de cuánto ha podido sufrir él. Le juzgas por parecerse a tú padre, pero no te planteas por qué es así, qué problemas tiene, que frustraciones esconde.

—Me da miedo Almudena. Es pura cobardía, temo perderle para siempre y es lo único que tengo por alejado que éste de mí. Ahora has entrado en mi vida, pero antes qué te- nía: tan solo al pobre Bonito.

Bonito, dormía sobre las piernas de Almudena y ella le acariciaba la espalda, mientras el perro roncaba en su felicidad existencial.

—Almudena contestó— la historia no la hacen los cobardes y tú no lo eres; si en algún momento necesitas ayuda, comprensión, alguien con quien hablar, solo tenías a Nana. Tu hermano tiene a su familia, pero si ha adquirido un mimetismo con la de tú padre, tampoco tendrá a nadie donde reposar su corazón. Os necesitáis el uno al otro, como os necesita vuestro padre. No pierdas la oportunidad de hacerlo y ahora tienes una buena excusa, presentarme en una cena para que nos conozcamos; eso le chocará menos y podremos ir hablando poco a poco, yo te ayudaré, pero no te escondas a la verdad. De poco sirve que hagas caridad con los demás si no lo haces con quienes tienes más cerca, y dentro de ellos el primero de la lista está tu hermano —dijo Almudena.

—Lo haré, pero no te olvides que su vida es aún peor que la de Pablo. Para mi hermano estas historias de tu fe, de la caridad y del amor, van a sonarle a algo más que frikis —como dice Pablo—: mi hermano, es duro, frío y hermético; siento decírtelo, pero es un poco resentido, odia al mundo y se odia así mismo.

—Te estás acobardando y le prejuizas. ¿Le has preguntado qué siente por tu madre? ¿Qué recuerdos tiene de ella? ¿Qué opina de tu padre? Quizá algún día podréis ir a los dos a ver a vuestro padre y darle un poco de cariño...

Fuimos a la barra de la cocina y nos preparamos unos Gin-tonic Hendrich con pepinillo y especias; en vaso de base ancha y muy cargados de hielo. Nos sentamos en los taburetes de madera de la barra, Almudena apoyó sus pies descalzos de las traveseras de madera. Agitamos la bebida con cucharillas

largas de metal. Brindamos por nuestro futuro y, nos besamos apoyando mi mano en lo más alto de sus piernas, mientras ella me cogía por el cuello.

—Almudena ¿Cómo puedes vivir con esa paz?

—Después de haber pedido muchas veces perdón, por todo el daño que he hecho y que me he hecho a mí misma a lo largo de mi vida.

—Venga...deja de decir tonterías, si eres una santa.

—Tan santa cómo cualquiera de los personajes más siniestros que conozcas ¿Qué te crees que no tengo pasado? ¿Qué toda mi vida he sido así...? Mi vida tiene tantas manchas como la tuya y la de todo el mundo, pero estoy en continuo. Hice cosas que me han pesado como un saco de piedras en el alma, pero la suerte que tengo es que no solo estoy arrepentida de haber hecho mal, sino que además me siento perdonada.

— ¿Es ese tú secreto, la confesión? —pregunté a Almudena.

—En parte sí, en parte no; debo añadir que entiendo que mi vida con los hombres se ha de mover en dos planos; vertical, con Dios y, a partir de este, horizontal con los hombres. Sin amor a Dios, el problema es que el hombre se ama tanto así mismo, que se imposibilita para amar a los demás.

—Perdona Almudena, pero no lo comparto. Yo no creo en Dios y, me siento capacitado para tener una relación de amistad con el resto de la humanidad. —Por que estás buscando a Dios por extraños vericuetos... te pierdes; es muy sencillo, confía porque Él siempre sale a tu encuentro —dijo Almudena.

—Almudena, me sigues volviendo loco, a ver si tiene razón Pablo y vives en un mundo de ensoñación, eres un poco Quijote.

—Pues entonces tú serías Dulcinea. La bella mujer que era una fregona, y que Sancho veía como la más apuesta de las damas... —nos reímos los dos a carcajadas.

—Será por las pintas que llevo ahora ¿no? Almudena.

—Creo que va llegando el momento de que nos pongamos serios: ¿Qué vamos a hacer? ¿Tienes que pagar el apartamento? ¿Se reducirán tus ingresos? —dijo preocupada Almudena.

—Por eso no te preocupes, tengo unos ahorrillos y con lo que voy a dejar de gastar en salir, casi tengo la mitad del piso pagado. Empezaremos por ordenar mi casa, abrir un archivo en la pequeña habitación de invitados, y allí colocaremos los expedientes que voy a traerme del despacho. Esos asuntos no me harán rico, pero con lo que me ahorro de los gastos generales del despacho puedo sacar un sueldito. Creo que deberíamos crear una página web

e intentar hacer publicidad de nuestro proyecto: corremos riesgos, y es que nos vengan toda clase de cara duras a intentar aprovecharse de nuestra buena fe; pero eso, lo iremos arreglando. Los dos sabemos hacerlo. Deberíamos coger asuntos con distintas asociaciones con fines sociales; personas en paro, desahucios financieros etcétera. Tú te encargarías de estar conmigo en las entrevistas, así podemos estudiar cada caso y buscar soluciones concretas. Por ejemplo, personas que vinieron a Madrid por los movimientos migratorios y se instalaron en cinturones industriales; podríamos intentar reubicarles en pueblos pequeños donde puedan tener trabajos sencillos, y vivan con más dignidad. Tendríamos que recorrer la sierra de Madrid y Segovia. Incluso, informarnos en Comunidades Autónomas con escasa densidad de paro, para poder sugerir algún trabajo de empleo rural... no sé Almudena, ese es tú negociado.

—Veo que tienes razón, crea o no crea una persona, puede acogerse a los altos valores espirituales del humanismo; Manuel, te terminaré llamando Miguel, porque te estás transformando en Unamuno.

—Que graciosa...siempre llevándome a tú terreno. Vuelves al Cristo de Velázquez. Tengo que reconocer que me impresionaste en la visita al Prado —le dije con sincera humildad.

—Yo tengo que reconocer, que me impresionaste desde que te conocí —nuevamente nos besamos—. Tenemos que estructurar nuestro ensayo —dijo Almudena.

—Empezaremos después de Nochebuena, si te parece bien. Sería interesante comenzar con el estudio de la financiación; podemos ver esos documentos que tienes en casa. También sería interesarte desarrollar cuál fue el verdadero papel de Franco. Según los documentos y testimonios que tienes, parece que no quería sumarse y cuando vio que el Alzamiento se consumaba se incorporó respaldado por su prestigio y juventud. Incluso qué habría sido de España en el caso de vivir tu abuelo...

—Me parece estupendo. Hablaremos con mi madre en Nochebuena y, comenzaremos a ordenar y reorganizar documentación.

—No podía ni imaginar que cuando vi pasar unos zapatos preciosos en el Paseo de la Castellana mientras tomaba un café, la mujer que los llevaba iba ser mía y maravillosamente mía.

—Ni podía imaginarme que el tipo con tan buena pinta que estaba sentado en la Castellana, tomando un café y haciéndome una radiografía grotesca con la mirada, sería el hombre que me iba a arrancar todo el dolor de mi vida

—dijo Almudena.

—No sabes cuánto te quiero —le dije entregándole mi amor con por completo.

—Y yo a ti, Manuel.

# EPÍLOGO

Llegó la cena de Nochebuena, allí conocí a Carlotita. Una señora estupenda, con pelo blanco y tez lechosa como su padre. Andaba erguida como un soldado y se desbrozaba una simpatía y naturalidad arrolladora. Nos contó que fue de ellos después de la muerte de su padre: vivieron en Portugal hasta finalizar la Guerra Civil, con apoyo económico de la aristocracia española y portuguesa.

Una vez acabada la guerra regresaron a la España de posguerra que fue dura para todos, incluso para ellos; tuvieron que ser auxiliados por algunos familiares y amigos, hasta que la vida les fue colocando poco a poco en mejor situación. Carmen fue el bastión de Maruja desde el mismo momento en que murió el General hasta su fallecimiento, ya muy anciana y con los nietos —porque era una abuela más—incorporados al mundo laboral y universitario. Maruja no perdió la elegancia hasta su último aliento, pero no hubo un día de su vida que no hablará de Pepe como si aquel fatídico veinte de julio de mil novecientos treinta y seis, no hubiera montado en la avioneta de Ansaldo.

—Adiós Pepe, te quiero.

—Maruja, un beso y otro a los niños, espérame... nos veremos pronto. Te quiero.

«Se vive como se nace Sin querer y sin saber En esa ilusión de ser El tiempo muere y renace. Sin que se sienta correr»

**FIN**

José Sanjurjo Sacanell Marqués de Rif





---

Capitán Justo Sanjurjo y General José Sanjurjo, 10 de agosto 1932 -Sevilla-



En el País

Esta fotografía recuerda a los héroes de nuestra gloriosa historia al lado del  
insigne General Canjiao que todo lo sacrificó por España.  
May honrade a la patria de los héroes

En la 2a Mayo de 1936

Antonio V. G. G. G.

María Prieto Taberner -Marquesa Vda. del Rif- Rosario Sanjurjo. Pepe y Carlota Sanjurjo





Osos Justavoy y  
de Chuchij



Hotel Vier Jahreszeiten

HAMBURG  
Neuer Jungfernstieg

Restaurant Haertlin

fuerte viaje: mañana volveré  
por Berlín y al siguiente día por  
Sarmisele.

Estoy muy bien a los dardos y mucho  
de Carlota y de ti.

Saluda a todos los





HOTEL METROPOLE  
WIEN I  
FRANZ JOSEF PLATZ

(Berlins)

Handwritten address: *Mrs. & Mrs. [illegible]*

Handwritten address: *1011 1st Avenue  
New York City*



Hotel Metropole, Wien, O.

Photo. [illegible]



**¡GRACIAS!**

Gracias por el tiempo que le has dedicado a leer «*Historia de un Legajo*». Si te gustó este libro y lo has encontrado útil te estaría muy agradecido si dejas tu opinión en Amazon. Me ayudará a seguir escribiendo libros relacionados con este tema. Tu apoyo es muy importante. Leo todas las opiniones e intento dar un feedback para hacer este libro mejor.

Si quieres contactar conmigo aquí tienes mi email:

[enrique@bufetegarza.com](mailto:enrique@bufetegarza.com)